

COMEDIA FAMOSA
DEL GALLARDO ESPAÑOL.

Hablan en esta primera Jornada las personas siguientes.

Arlaxa, Mora.
Alimuzel, Moro.
D. Alonso de Cordoba, Conde de Alcaudete, General de Oràn.
Don Fernando de Saavedra.
Guzmàn, Capitan.
Fratin, Ingeniero.
Un Soldado.
Cebrian, Moro, criado de Alimuzel.
Nacor, Moro.
Don Martin de Cordoba.
Uno con una peticion.
Buytrago, Soldado.
Un Pagecillo.
Oropesa, Cautivo.
Robledo, Alferez.

JORNADA PRIMERA.

Salen Arlaxa, Mora, y Alimuzel, Moro.

Ar. Es el caso, Alimuzel,
que à no traerme el Christiano,
te serà el amor tyrano,
y yo te serè cruel.
Quierole preso, y rendido,

aunque ſano , y ſin cautela.
Ali. Poſsible es , que te deſvela
deſeo tan mal nacido?
Contentate que le mate,
ſi no pudiere rendille,
que detener al herille
el brazo , ſerà dislate.
Partiréme à Oràn al punto,
y deſafiarè al Chriſtiano,
y harè por traerle ſano,
pues no le quieres difunto.
Pero ſi acaſo el rigor
de la cólera me incita,
y ſu muerte ſolicita,
tengo de perder tu amor?
Eſtà tan pueſto en razon
Marte , deſnuda la eſpada,
que la tenga nivelada
al peſo de tu aficion?
Arl. Alimuzel, yo confieſſo,
que tienes razon en parte,
que en las hazañas de Marte
hay muy pocas ſin exceſſo;
el qual ſe ſuele templar
con la cordura , y valor:
yo he pueſto precio ẽ mi amor,
mira ſi le puedes dàr.
Quiero vèr la bizarria
deſte, que con miedo nombro,
de eſte eſpãto,de eſte aſſombro
de toda la Berberìa:
de eſte Fernando valiente,
enſalzador de ſu Criſma,
y coco de la Moriſma,
que nombrar ſu nombre ſiente:
de eſte Athlante de ſu Eſpaña:
ſu nuevo Cid , ſu Bernardo,
ſu Don Manuel el gallardo
por una , y otra hazaña.
Quiero de cerca miralle;
pero rendido à mis pies.
Ali. Haz quenta que ya lo vès,
pueſto que dè en ayudalle
todo el Cielo.
Arl. Pues què eſperas?
Ali. Eſpero à vèr ſi te burlas;
aunque para mì tus burlas
ſiempre han ſido puras veras.
Comedido , como amante,
ſoy , y ſolo sè decirte,
que el deſeo de ſervirte
me hace ſer arrogante.
Puedes de mì prometerte
impoſsibles ſobre humanos,
mil priſioneros Chriſtianos,
que vengan à obedecerte.
Arl. Traeme ſolamente al fuerte
Don Fernando Saavedra,
que con èl verè que medra,
y ſe mejora mi ſuerte;
y aun la tuya , pues te doy
palabra , que he de ſer tuya,
como el hecho ſe concluya
à mi guſto.
Ali. Quizà oy
oiràn los muros de Oràn
mi voz en el deſafio;
y aun de los Cielos confio
(que luz , y vida nos dàn)
que han de acudir à mi intento
con ſuceſſo venturoſo.
Arl. Parte , Alimuzel famoſo.
Ali. Fuerzas de tu mandamiento
me llevan tan alentado,
que acabarè con valor
el impoſsible mayor,
que ſe huviere imaginado.
Ar. Vè en paz,q̃ de aqueſta guerra
la

la vitoria te adivino.

Entrase Arlaxa.

Ali. Queda en paz, rostro divino,
Angel que mora en la tierra,
bizarra sobre los hombres,
que à guerra à Marte provocan:
à quien de excelencias tocan
mil titulos, y renombres:
en extremo poderosa
de dàr tormento, y placér:
yelo, que nos hace arder
en viva llama amorosa:
Queda en paz, que sin tu sol
ya camíno en noche escura:
resucite mi ventura
la muerte de este Español.
Mas ay, que no he de matalle,
sino prendelle, y no mas.
Quièn tal deseo jamàs
viò, ni pudo imaginalle?

Entrase Alimuzel.

Salen Don Alonso de Cordoba, Conde de Alcaudete, General de Oràn: Don Fernando de Saavedra: Guzmàn, Capitan: Fratin, Ingeniero.

Frat. Háse de alzar, señor, esta cortina
à peso de aquel cubo, que responde
à este, que descubre la marina.
De la silla esta parte no se esconde:
mas què aprovecha, si no està en defensa,
ni Almarza à nuestro intento corresponde?

Alon. El cerco es cierto, y mas cierta la ofensa,
si ya no son cortinas, y muralla
de vuestros brazos la virtud inmensa.
Donde el deseo de la fama se halla,
las defensas se estiman en un cero,
y à campo abierto salta à la batalla.
Venga pues la Morisma, que yo espero
en Dios, y en vuestras manos vencedoras,
que volverà el Leon manso Cordero.
Los Argos, centinelas veladoras,
miren al mar, y miren à la tierra,
en las del dia, y las nocturnas horas.
No hay disculpa al descuido, que en la guerra
se hace, por pequeño que parezca:
que pierde mucho quien en poco yerra.

Y si aviniere que el cabello ofrezca
la ligera ocasion, ha de tomarse,
antes que à espaldas vueltas desparezca:
que en la guerra el perderse, ò el ganarse
suele estàr en un punto, que si passa,
vendrà el de estàr quexoso, y no vengarse.
En su pagiza, pobre, y débil casa
se defiende el Pastor del Sol ardiente,
que el campo agosta, y la montaña abrasa;
Quiero inferir, que puede ser valiente
detràs de un muro un corazon medroso,
quando à sus lados, que le anìman siente.

Entra un Soldado.

Sold. Señor, con ademàn bravo, y ayroso,
picando un alazàn un Moro viene,
y à la Ciudad se acerca presuroso.
Bien es verdad, que à veces se detiene,
y mira à todas partes recatado,
como quien miedo, y osadìa tiene.
Adarga blanca trae, y alfange al lado;
lanza con vandereta de seguro,
y el bonete con plumas adornado.
Puedes, si gustas, verle desde el muro.
Al. Bien de aqui se descubre, ya le veo:
si es embaxada, yo le doy seguro.
Fer. Antes es desafio, à lo que creo.

Entra Alimuzel à cavallo, con lanza, y adarga.

Ali. Escuchadme los de Oràn,
Cavalleros, y Soldados,
que firmais con nuestra sangre
vuestros hechos señalados:
Alimuzel soy, un Moro
de aquellos, que son llamados
galanes de Meliona,
tan valientes, como hidalgos.
No me trae aqui Mahoma
à averiguar en el campo,
si su secta es buena, ò mala,
que èl tiene de esso cuidado:
Traeme otro Dios mas brioso,
q̃ es tan sobervio, y tan manso,
que

que ya parece cordero,
y ya leon irritado:
y este Dios, que assi me impele,
es de una Mora vassallo,
que es Reyna de la hermosura,
de quien soy humilde esclavo.
No quiero decir, que hiendo,
que destrozo, parto, ò rajo,
que animoso, y no arrogante,
es el buen enamorado.
Amo en fin, y he dicho mucho
en solo decir que amo,
para daros à entender,
que puedo estimarme en algo.
Pero sea yo quien fuere,
basta que me muestro armado
ante estos sobervios muros,
de tantos buenos guardados:
que si no es señal de loco,
serà indicio de que he dado
palabra, que he de cumplilla,
ò quedar muerto en el campo:
y assi à tì te desafio,
D. Fernando el fuerte, el bravo,
tan infamia de los Moros,
quanto prez de los Christianos.
Biẽ se verà en lo que he dicho,
q̃ aunque haya otros Fernãdos,
es aquel de Saavedra
à quien à batalla llamo.
Tu fama, que no se encierra
en límites, ha llegado
à los oìdos de Arlaxa,
de la belleza milagro.
Quiere verte, mas no muerto,
sino preso; y háme dado
el assumpto de prenderte:
mira si es pequeño el cargo.
Yo prometì de hacello,
porque el que està enamorado,
los mas arduos impossibles
facilita, y hace llano.
Y para darte ocasion
de que salgas mano à mano
à verte conmigo agora,
de estas cosas te hago cargo:
Que peleas desde lejos:
que el arcabuz es tu amparo:
que en comunidad aguijas,
y à solas te vàs despacio:
Que eres Ulises nocturno,
no Telamon al Sol claro:
que nunca mides tu espada
con otra, à fuer de hidalgo.
Si no sales, verdad digo:
si sales, quedarà llano,
ya vencido, ò vencedor,
que tu fama no habla en vano.
Aqui junto à Canastel,
solo te estarè esperando,
hasta que mañana el Sol
llegue al Poniente su carro.
Del que fuere vencedor
ha de ser el otro esclavo:
premio rico, y premio honesto:
vèn, que espero, D. Fernando.

Vase.

Al. D. Fernando, què os parece?
Fer. Que es el Moro comedido,
y valiente, y que merece
ser de amor favorecido
en el trance que se ofrece.
Al. Luego pensais de salir?
Fer. Bien se puede esso inferir

de ſu demanda , y mi zelo,
pues ya ſe ſabe , que ſuelo
à lo que es honra acudir.
Déme vueſtra Señorìa
licencia , que es bien que ſalga
antes que ſe paſſe el dia.
Al. No es poſsible, q̃ aora os valga
vueſtra noble valentia.
No quiero que allà ſalgais;
porque hallareis, ſi mirais
à la ſoldadeſca ley,
que obligado à vueſtro Rey,
mucho mas que à vos, eſtais.
En la guerra uſanza es vieja,
y aun ley caſi principal,
à toda razon anexa,
que por cauſa general
la particular ſe dexa;
porque no es ſuyo el Soldado,
que eſtà en preſidio encerrado,
ſino de aquel que le encierra;
y no ha de hacer otra guerra,
ſino à la que ſe ha obligado.
En ningun modo ſois vueſtro,
ſino del Rey ; y en ſu nombre
ſois mio , ſegun lo mueſtro,
y yo no aventuro un hombre,
que es de la guerra maeſtro,
por la ſimple niñeria
de una amoroſa porfia:
Don Fernando , eſto es verdad.
Fer. De eſtraña reguridad
uſa vueſtra Señorìa
conmigo : què dirà el Moro?
Al. Diga lo que èl mas quiſiere,
que yo guardo aqui el decoro,
que la guerra pide , y quiere,
y de ella ninguno ignoro.
Fer. Reſpondaſele à lo menos,
y ſepa , que por tus buenos
reſpetos allà no ſalgo.
Guz. No os tẽdrà por eſto el galgo,
ſeñor D. Fernando , en menos.
Al. Lleve el Capitan Guzmàn
la reſpueſta.
Guz. Sì harè;
y voto à tal , ſi me dàn
licencia , que yo le dè
al Morico ganapan
tal rato , que quede frio
de amor con el deſafio.
Al. Reſpondedle corteſmente,
con el termino prudente,
que de vueſtro ingenio fio.

Vanſe Don Alonſo , y Fratin.

Guz. Quereis q̃ en vez de reſpueſta
os le dè una mano tal,
que ſe concluya la fieſta?
Fer. Que me eſtarà à mì mui mal
eſſo , es coſa manifieſta.
Solo à mì me deſafia,
y gran mengua me ſerìa,
que otro por mì peleaſſe;
mas ſi el Moro me eſperaſſe
alli ſiquiera otro dia,
yo le ſaldrè à reſponder,
à peſar de todo el mundo,
que lo quiera defender.
Guz. En què os fundais?
Fer. Yo me fundo
en eſto que pienſo hacer:
El Lunes ſoy yo de ronda;
y quando la noche eſconda
la luz con ſu manto eſcuro,

arrojaréme del muro
à la cava.
Guz. Està muy honda,
y podriais peligrar.
Fer. Poneme en los pies el brio
mil alas para volar.
Todo aquesto de vos fio.
Guz. Ya sabeis que sè callar.
Dexadme salir primero,
porque de mi industria espero,
que saldreis bien de este hecho.
Fer. Sois amigo de provecho.
Guz. Sì porque soy verdadero.

Vanse, y salen Alimuzel, y Cebrian su criado, que en Arabigo quiere decir Lacayo, ò Mozo de Cavallos.

Ali. Atale alli, Cebrian,
al tronco de aquella palma:
repose el fuerte alazàn,
mientras reposa mi alma
los cuidados que le dàn.
Aqui à solas darè al llanto
las riendas, ò al pensar santo
en las memorias de Arlaxa,
en tanto que al campo baxa
aquel que se estima en tanto.

Baxa la cabeza Cebrian, y vase.

Venturoso tù, Christiano,
que puedes à tus despojos
añadir el mas que humano,
que ès querer verte los ojos
del cielo, que adoro en vano.
Y mas que pena recibo
de esto que en el alma escribo
con zeloso desconcierto,
q̃ à mì me quieren vèr muerto,
y à tì te quieren vèr vivo.
Pero yo no harè locura
semejante, que si venzo,
ò por fuerza, ò por ventura,
darè à mis glorias comienzo,
dandote aqui sepultura.
Mas si te hago morir,
cómo podrè yo cumplir
lo que Arlaxa me ha mandado?
O triste, y dudoso estado,
insufrible de sufrir!
Parleras aves, que al viento
esparcìs quexas de amor,
què harè en el mal que siento?
Darè la rienda al rigor,
ò al cortès comedimiento?
Mas demosla al sueño agora:
perdonadme, hermosa Mora,
si aplíco sin tu licencia
este alivio à la dolencia,
que en mi alma triste mora.

Echase à dormir, y sale al instante Nacor, Moro, con un turbante verde.

Nac. Mahoma, ya que el amor
en mis dichas no consiente,
muestrame tù tu favor,
mira que soy tu pariente
el infelice Nacor.
Xarife soy de tu casta,
y no me respeta el hasta
de amor, q̃ blande en mi pecho,
un blanco à sus tiros hecho,

do todas ſus flechas gaſta,
y mas; y no sè què es eſto,
que con ſer enamorado,
ſoy de tan baxo ſupueſto,
que no hay conejo acoſado
mas cobarde, ni mas preſto.
De eſto ſerà buen teſtigo
el vèr aqui mi enemigo
dormido, y no oſar tocalle,
deſeando de matalle
por venganza, y por caſtigo.
Que eſtè zeloſo, y con miedo!
Por Alà que es coſa nueva.
Llegarè, ò eſtarme he quedo?
Cortarè en ſegura prueba
eſte Gordiano enredo?
Que ſi eſte quito delante,
podrà ſer que vuelva amante
el pecho de Arlaxa ingrato.
Muerome porque no mato:
oſo, y tiemblo en un inſtante.

Entra el Capitan Guzmàn con eſpada, y rodela.

Guz. Eres tù el deſafiador
de Don Fernando, por dicha?
Nac. No tengo yo eſſe valor,
que el corazon con deſdicha
es morada del temor.
Aquel es, que eſtà alli echado,
Moro tan afortunado,
que Arlaxa le manda, y mira.
Guz. Pareceme que ſuſpira.
Nac. Sì harà, que eſtà enamorado.
Guzm. Alimuzèl?
Ali. Quien me llama?
Guz. Mal acudiràs durmiendo
al ſervicio de tu dama.
Ali. En el ſueño và adquiriendo
fuerzas la amoroſa llama,
porque en èl ſe repreſentan
viſiones, que me atormentan;
obligaciones, que guarde,
miedos, que me hacen cobarde;
y zelos, que mas me alientan.
Mirandote eſtoy, y veo
quan proprio es de la muger
tener eſtraño deſeo:
coſas hay en tì que vèr,
no que admirar.
Guz. Yo lo creo.
Pero por què dices eſſo?
Ali. Don Fernando, yo confieſſo;
que tu buen talle, y buen brio
llega, y ſe aventaja al mio;
pero no en muy grande exceſſo:
y ſi no es por el gran nombre,
que entre la Moriſma tienes
de ſer en las armas hombre,
ninguna coſa contienes,
que enamores, ni que aſſombre:
y yo no sè por què Arlaxa
tanto ſe anguſtia, y trabaja
por verte, y vivo, que es mas;
Guz. Engañado, Moro, eſtàs:
tu vano diſcurſo ataja,
que yo no ſoy Don Fernando.
Ali. Pues quien eres?
Guz. Un ſu amigo,
y Embaxador.
Ali. Dime quando
eſpera verſe conmigo?
porque le eſtoy aguardando.
Guz. Has de ſaber, Moro dieſtro;
que el ſabio General nueſtro,
que

que salga no le consiente.
Ali. Pues por què?
Guz. Porque es prudente,
y en la guerra gran maestro.
Teme el cerco que se espera,
y no quiere aventurar
en empressa tan ligera,
una espada, que en cortar
es, entre muchas, primera.
Pero dice Don Fernando,
que le estès aqui aguardando
hasta el Lunes, que èl te jura
salir en la noche escura,
aũque rompa qualquier vando.
Si aquesto no te contenta,
y quieres probar la suerte
con menos daño, y afrenta,
tu brazo gallardo, y fuerte,
con este, que es flaco, tienta,
y à tu Mora llevaràs,
si me vences, quizà mas,
que en llevar à Don Fernando.
Ali. No estoy en esso pensando:
muy descaminado vàs.
No eres tù por quien me embia
Arlaxa; y aunque te prenda,
no saldrè con mi porfia:
haz que D. Fernando entienda,
que le aguardarè esse dia
que pide; y si le venciere,
y entonces tu gusto fuere
probarme en el Marcial juego,
mi voluntad harà luego
lo que la tuya quisiere:
que ya sabes que no es dado
dexar la empressa primera
por la segunda al Soldado.
Guz. Es verdad.
Ali. De essa manera
bien quedarè desculpado.
Guz. Dices muy bien.
Ali. Sì, bien digo:
vuelvete, y dile à tu amigo,
que le espero, y que no tarde.
Guz. Tu Mahoma, Ali, te guarde.
Ali. Tu Christo vaya contigo.

Vase Guzmàn.

Nacor, què es esto? à què vienes?
Nac. A vèr como en esta empressa
tan peligrosa te avienes;
y por Alà que me pesa
de vèr, que en punto la tienes,
q̃ el de tu muerte està à punto.
Ali. En què modo?
Nac. En que barrunto,
que si de noche peleas,
sobre tì no es mucho veas
todo un exercito junto.
Esto de no estàr en mano
de Don Fernando salir,
tenlo por ligero, y vano,
que se suele prevenir
con astucias el Christiano.
De noche quieren cogerte,
porque al matarte, ò prenderte,
aun el Sol no sea testigo:
no creas à tu enemigo,
Ali, procura volverte,
que bien disculpado iràs
con Arlaxa, pues has hecho
lo que es possible, y aun mas.
Ali. Consejos de sabio pecho
son, Nacor, los que me dàs;
pero no puedo admitillos,

ni

ni menos con gusto oìllos,
que tiene el amor echados
à mis oìdos candados,
à los pies, y alma grillos.

Nac. Para mejor ocasion
te guarda, porque es cordura
prevenir à la intencion
del que à su salvo procura
su gloria, y tu perdicion.
Vèn, que à Arlaxa darè cuenta
de modo, que diga, y sienta,
que eres vencedor osado,
pues si no sale el llamado,
en sì se queda la afrenta.
Quanto mas, que quando venga
el cerco de esta Ciudad,
que ya no hay quien le detẽga,
podràs à tu voluntad
hacer lo que mas convenga,
q̃ entonces saldrà el Christiano,
si es arrogante, y lozano,
al campo abierto sin duda.

Ali. Bien es, Nacor, que yo acuda
à tu consejo, que es sano.
Vèn, y vamos, pues podrè
en esse cerco que dices
cumplir lo que aqui faltè;
mas mira, que me autorices
con Arlaxa.

Nac. Sì harè.
Sentirà Arlaxa la mengua,
q̃ tanto al Christiano amengua,
haciendole de ella alarde:
vos quedareis por cobarde,
ò mal me andarà la lengua. *ap.*

Vanse, y salen Don Alonso de Cordoba, General de Oràn, Conde de Alcaudete, y su hermano Don Martin de Cordoba, y Don Fernando de Saavedra.

Con. Señor D. Martin, conviene,
que vuessa merced acuda
à Mazalquivir, que tiene
necessidad de la ayuda,
que vuestro esfuerzo contiene,
que alli acudirà primero
el enemigo ligero;
mas que venzais no lo dudo,
que el cobarde està desnudo,
aunque se vista de azero.
En su muchedumbre estriva
aquesta Mora canalla,
que assi se nos muestra esquiva;
mas quando defensa halla,
se humilla, postra, y derriba.
Sus gustos, sus algazaras,
si bien en ello reparas,
son el canto del medroso:
calla el leon animoso
entre las balas, y jaras.

Mar. Por mi Caudillo, y mi hermano
te obedezco, y harè quanto
fuere, señor, en mi mano,
que ni de gritos me espanto,
ni de tumulto Pagano.
Dame, señor, municiones,
que en el trance que me pones
pienso, si no faltan ellas,
poner sobre las estrellas
los Españoles blasones.

Entra uno con una peticion.

Uno. Señor, dame licencia que te lea

aqueſta peticion.

Cond. Lee en buen hora.

Uno. Doña Iſabèl de Avellaneda, en nombre
de todas las mugeres de eſta tierra,
dice, que llegò ayer à ſu noticia,
que por temor del cerco que ſe eſpera,
quieres que quede la Ciudad vacìa
de gente inutil, embiando à Eſpaña
las mugeres, los viejos, y los niños:
reſolucion prudente, aunque medroſa;
y apelan de eſto à tì de tì, diciendo,
que ellas ſe ofrecen de acudir al muro,
ya con tierra, ò fagina, ò ya con lienzos
bañados en vinagre, con que limpien
el ſudor de los fieros combatientes,
que aſsiſtan al rigor de los aſſaltos:
que tomaràn la ſangre à los heridos:
que las mas pequeñuelas haràn hilas,
dando la mano al lienzo, y voz al Cielo
con tiernas virginales rogativas,
pidiendo à Dios miſericordia, en tanto
que los robuſtos brazos de ſus padres
defiendan ſus murallas, y ſus vidas:
que los niños daràn de buena gana
para embiar à Eſpaña con los viejos,
pues no pueden ſervir de coſa alguna;
mas ellas, que por utiles ſe tienen,
no iràn de ningun modo, porque pienſan,
por Dios, y por ſu ley, y por ſu patria,
morir ſirviendo à Dios, y en la muerte
(quando el hado les fuere inexorable)
dàr el ultimo vale à ſus maridos,
ò ya cerrar los ojos à ſus padres,
con triſtes, y chriſtianos ſentimientos.
En fin, ſeràn, ſeñor, de mas provecho,
que daño, por lo qual te ruegan todas,
que revoques, ſeñor, lo que ordenaſte,
en quanto toca à las mugeres ſolo,

que

que en ello haràs à Dios servicio grande,
merced à ellas, y favor inmenso.
Esto la peticion, señor, contiene.
Cond. Nunca tal me passò por pensamiento;
nunca tanto el temor se ha apoderado
de mì, que hiciesse prevencion tan triste.
Por respuesta llevad, que yo agradezco,
y admito su gallardo ofrecimiento,
y que de su valor tendrà la fama
cuidado de escrivirle, y de gravarse
en láminas de bronce, porque viva
siglos eternos; y esto les respondo,
y andad con Dios.
Uno. Por cierto que has mostrado
de Espartanas valor, de Argivas brio.

Entra el Capitan Guzmàn.

Cond. Pues Capitan Guzmàn, que dice el Moro?
Guzm. Ya se fue mal contento.
Fer. Es ido cierto? *ap. à Guzmàn.*
Guzm. Aguardando te està, porque es valiente,
y discreto ademàs en lo que muestra.
Fern. Saldrè sin duda.
Guzm. No sè si lo aciertas,
que està muy cerca el cerco.
Fern. Si le venzo
presto me volverè: si soy vencido
muy poca falta harè, pues poco valgo.
Cond. Bravo parece el Moro.
Guzm. Bravo cierto,
y muy enamorado, y comedido.

Entra à esta sazon Buytrago, un Soldado, con la espada sin bayna, oleada con un orillo, tiros de soga; finalmente muy malparado: trae una tablilla con demanda de las Animas del Purgatorio, y pide para ellas: y esto de pedir para las Animas

quento verdadero, que yo lo vì; y la razon por que pedia, se dice adelante.

Buyt. Denme para las Animas, señores,
pues saben que me importa.
Cond. O buen Buytrago,
quanto ha caìdo oy?
Buyt. Hasta tres quartos.
Mart. De ellos què haveis comprado?
Buyt. Casi nada:
una assadura sola, y cien sardinas.
Mart. Harto havrà para oy.
Buyt. Por Santo Nuflo,
que apenas hay para que masque un diente.
Mart. Comereis oy conmigo.
Buyt. De esse modo
havrà para almorzar en lo comprado.
Mart. Y la racion?
Buyt. Que la racion ya asiste
à un lado del estomago, y no ocupa
quanto una casa de axedrèz pequeña.
Fern. Gran comedor!
Guzm. Tan grande, que le ha dado
el Conde esta demanda, porque pueda
sustentarse con ella.
Buyt. Què aprovecha?
que como saben todos, que no hay anima
à quien haga decir solo un responso,
si me dàn medio quarto es por milagro,
y asi pienso pedir para mi cuerpo,
y no para las Animas.
Mar. Serìa
gran discrecion.
Buyt. O pese à mi linage!
No sabe todo el mundo, que si como
por seis, que suelo pelear por siete?
Cuerpo de Dios conmigo: denme ripio
suficiente à la boca, y denme Moros;

à las manos à pares, y à millares,
veràn quien es Buytrago, y si merece
comer por diez, pues que pelea por veinte.
Cond. Tiene razon Buytrago, mas agora,
si llega el cerco, mostrarà sus brios,
y harè yo, que le dèn siete raciones,
con tal que cesse la demanda,
Buyt. Cesse.
que entonces no havrà lengua, y havrà manos:
No hay pedir, sino dàr, no hay sacar Almas
del Purgatorio entonces, sino espiches,
para meter en el infierno muchas
de la Mora canalla, que se espera.

Un Pagecillo diga.

Pag. Daca el alma, Buytrago, daca el alma.
Buyt. Hijo de puta, y puto, y miente, y calle:
No sabe el cornudillo, sea quien fuere,
que aunque tenga cien cuerpos, y cien almas
para dàr por mi Rey, no darè una,
si me la piden de esse modo? infame.
Mart. Otra vez, Cereceda.
Pag. Daca el alma.
Buyt. Por vida de:::
Cond. Buytrago con paciencia:
no la deis vos, por mas que os la demanden.
Buyt. Que tenga atrevimiento un Pagecillo
de pedirme à mì el alma! Voto à Christo,
que à no estàr aqui el Conde don hediondo,
que os sacára la vuestra à puntillazos,
aunque me lo impidiera el mismo diablo,
por prenda suya.
Cond. No haya mas, Buytrago:
guardad vuestra alma, y dadnos vuestras manos,
que seràn menester, yo os lo prometo.
Buyt. Denme para las Animas agora,
què todo se andarà.

Mart.

Mart. Tomad.
Buyt. O invicto
Don Martin generoso: por mi diestra,
que he de ser tu soldado, si por dicha
vàs à Mazalquivir, como se ha dicho.
Mart. Sereis mi camarada, y compañero.
Buyt. Vive Dios, que eres bravo Cavallero.

Vanse, y sale Arlaxa, y Oropesa su cautivo.

Arl. Mucho tarda Alimuzel,
Christiano, no sè que sea.
Orop. Fuiste, señora, con èl
otra segunda Medèa,
famosa, por ser cruel.
A una empressa le embiaste,
que parece que mostraste,
que te era en odio su vida.
Ar. Yo fuì parte en su partida:
tù el todo, pues la causaste.
Las alabanzas estrañas,
que aplicaste à aquel Fernando,
contandome sus hazañas,
se me fueron estampando
en medio de las entrañas:
y de alli naciò un deseo,
no lascivo, torpe, ò feo,
aunque vano, por curioso,
de vèr à un hombre famoso,
mas de los que siempre veo.
Màs que discreta, curiosa
ordenè, que Alimuzel
fuesse à la empressa dudosa,
no por mostrarme con èl
ingrata, ni rigurosa.
Y muestrame su tardanza,
que me engañò la esperanza,
y que es premio merecido
del deseo mal nacido,
tenelle quien no le alcanza.
Yo tengo un alma bizarra,
y varonìl, de tal suerte,
que gusto del que desgarra,
y mas allà de la muerte
tira atrevido la barra.
Huelgome de vèr à un hombre
de tal valor, y tal nombre,
que con los dientes tarace,
con las manos despedace,
y con los ojos assombre.
Orop. Pues si viene Alimuzel,
y à D. Fernando trae preso,
no veràs, señora, en èl
ninguna cosa en excesso
de las que te he dicho de èl.
Tendrasme por hablador,
y serà mas el valor
de Alimuzel conocido,
pues la fama del vencido
se passa en el vencedor.
Pero si acaso dà el Cielo
à Don Fernando vitoria,
cierto està tu desconsuelo,
pues su fama en tu memoria
alzarà mas alto el vuelo.
y de no poderle vèr,

ven-

vendrà el deseo à crecer
de velle.
Ar. Tienes razon:
parienta es la confusion
del discurso de muger.

Entran Alimuzel, y Nacor.

Ali. Dadle la mano, señora,
ò los pies, à aqueste esclavo,
que con el alma os adora.
Ar. Cómo en corazon tan bravo
tanta humildad, señor, mora?
Alzaos, no esteis de esse modo.
Ali. A tu gusto me acomodo.
Ar. Sois vencido, ò vencedor?
Ali. Todo lo dirà Nacor,
que se hallò presente à todo.
Nac. No quiso el desafiado
acudir al desafio,
aunque bien se ha disculpado.
Arl. Esse es Soldado de brio,
tan temido, y alabado?
Cómo pudo dàr disculpa
buena de tan fea culpa?
Nac. Su General le detuvo,
que èl ninguna culpa tuvo,
aunque Alimuzel le culpa:
que èl saliera al campo abierto,
à esperarle un dia mas,
segun quedò en el concierto.
Ali. Nacor, endiablado estàs:
no sè como no te he muerto.
Nac. Mal haces de amenazarme,
ni sobervio ocasion darme
para que contigo rife,
pues sabes que soy Xarife,
y que peças en tocarme.
Ar. Passo, mi señor valiente,
que entiendo de este contraste,
sin que ninguno le cuente,
que ni èl saliò, ni esperaste.
Nac. Es assi.
Ali. Un Xarife miente?
Por Alà que es gran maldad.
Nac. No se muestra la verdad
en que te vienes sin èl?
Ali. Pude yo verme con èl
encerrado en la Ciudad?
No sabes lo que passò,
y la embaxada que truxo
quien por èl me respondiò?
Nac. Sè, que à esperar se reduxo
el trance, y màs no sè yo.
Ali. Por consejo no me diste,
que me volviesse?
Nac. Hiciste
mal, yo bien, porque pensaba
que à un cobarde aconsejaba.
Ali. El diablo se me reviste,
è incita à hacerte pedazos.
Nac. Xarife soy, no me toques
con los dientes, ni los brazos;
ni à que te dè me provoques
duros, y fuertes abrazos,
que ya sabes, que Mahoma
por suya la causa toma
del Xarife, y le defiende;
y al sobervio que le ofende,
à sus pies le humilla, y doma.

Entran dos Moros, y traen cautivo à Don Fernando, en cuerpo, y sin espada.

Ali. Què es aquesto?

Prim. A este Christiano
cautivò tu Esquadra ayer
junto à Oràn.
Fern. Miente el villano:
yo me entreguè, sin poner
pies à huìr, ni à espada mano.
Si no quisiera entregarme,
no pudieran cautivarme
tres Esquadras, ni aũ trecientas.
Ali. Estàs cautivo, y rebientas
de bravo.
Fern. Puedo alabarme.
Arl. Quièn eres?
Fern. Soy un Soldado,
que me he venido à entregar
à vuestra prision de grado,
por no poder tolerar
ser valiente, y mal pagado.
Arl. Luego quieres ser cautivo?
Fer. De serlo gusto recibo:
dadme patron que me mande.
Ar. Què disparate tan grande!
Fer. Yo de disparates vivo.
Oro. Este es Don Fernando cierto,
el que yo tanto alabè;
y ni viene preso, ò muerto,
ni como viene no sè,
ni atino su desconcierto:
El callar serà acertado,
hasta hablalle en apartado,
que me admira su venida.
Ali. Sereis, Arlaxa, servida
de que os sirva este Soldado?
Que si ayer fue el primer dia
que saliò de Oràn, dirà,
si hice lo que debia,
que yo entiendo, que sabrà
mi valor, ò cobardìa.
Dime, oìste un desafio,
que hizo un Moro, vacìo
de ventura, y de fé lleno?
Fer. Y fue tenido por bueno,
bien criado, y de gran brio:
El retado no saliò,
que lo estorvò el General,
por cierta ley que hallò;
pero despues, por su mal,
que vino al campo sè yo,
pensando de hallar alli
al valeroso Alì;
porque salimos los dos,
èl à combatir con vos,
yo para venir aqui,
que ya os conozco en el talle.
Ali. Pues esto es verdad, señora,
bien serà que Nacor calle.
Oro. O si llegasse la hora *ap.*
en que pudiesse hablalle,
què de cosas le diria!
Nac. No se vè tu cobardìa,
si el Christiano saliò à verte,
y tù quisiste volverte,
sin esperar mas de un dia?
Ali. Si tù no hicieras alarde
de tu ingenio caviloso,
yo volviera nunca, ò tarde.
Nac. Consejos de Religioso
presto los toma el cobarde.
Ali. Arlaxa, yo volverè,
y à tu presencia traerè,
ò muerto, ò preso al Christiano.
Nac. Ya tu vuelta serà en vano.
Arl. No le quiero, dexale,
que pues à la vez primera
no saltò de la muralla,
y empuñò la espada fiera,

la fama que en èl se halla
no debe ser verdadera:
y assi ya no quiero velle;
aunque si puedes traelle
sin tu daño, darme has gusto.

Fer. Es Don Fernando robusto,
y havrà que hacer en prẽdelle.
Conozcole como à mì,
y sè que es de condicion,
que sabrà volver por sì,
y aun buscarà la ocasion
para responder à Alì.

Arl. Es valiente?

Fer. Como yo.

Arl. De buen rostro?

Fer. Aquesso no,
porque me parece mucho.

Ali. Todo esto con rabia escucho.

Arl. Tiene amor?

Fer. Ya le dexò.

Arl. Luego tuvole?

Fer. Sì creo.

Arl. Serà mudable?

Fer. No es fuerza
que sea eterno un deseo.

Arl. Tiene brio?

Fer. Y tiene fuerza.

Arl. Es galan?

Fer. De buen asséo.

Arl. Raxa, y hiende?

Fer. Tronca, y parte.

Arl. Es diestro?

Fer. Como otro Marte.

Arl. Atrevido?

Fer. Es un leon.

Arl. Partes todas estas son,
Christiano para adorarte,
à ser Moro.

Ali. Calla, Arlaxa;
pues tienes aqui delante
quien por tu gusto trabaja.

Arl. Gusto yo de un arrogante,
que bravèa, hiende, y raja.
Vuelve, Ali, por el Christiano,
que te doy mi fé, y mi mano,
si le traes, de ser tu esposa.

Fer. Tù le mandas una cosa,
donde ha de sudar en vano.

Na. Sobervios sois los Christianos.

Fer. Eslo, al menos, quien se alaba.

Ali. Aqui hay quien con ufanos
brios quitarà la clava
à Hercules de las manos.
Aqui hay quien à pesar
de quien lo quiera estorvar;
Arlaxa, harà lo que mandas.

Fer. A veces se mandan mandas,
que nunca se piensan dàr:
y à las veces las promete
quien no las quiere cumplir,
ni puede.

Nac. Qièn te mete
à tì en esso?

Fer. Sè decir,
que en parte à mì me compete,
que es D. Fernando mi amigo,
y soy cierto, y buen testigo
dèl mucho valor que encierra.

Ali. Traen los casos de la guerra
diversos fines consigo.
El valiente, y fanfarron
tal vez se ha visto vencido
del flaco de corazon,
que Alà dà ayuda al partido
que defiende la razon.

Fer. Pues què razon lleva en este
Ali?

Ali? *Oro.* Tù haràs que te cueste
la vida tu lengua necia. *ap.*
Ali. Si al que ama, el amor precia,
su santo favor me preste,
que sin razon, y con èl,
à Don Fernando el valiente
vencerà el flaco Muzel.
Ar. Què platica impertinente! *ap.*
Ali. Què corazon tan cruel! *ap.*
Ar. Quede el Christiano conmigo.
Alà vaya, Ali, contigo,
y con Nacor.
Nac. El te guarde.
Ar. Volvedme à vèr esta tarde.

Entranse todos, sino Don Fernando, y Oropesa.

Oro. Ola, Soldado, à quien digo?
què noramala, señor,
os ha traìdo à este puesto,
tan contrario à vuestro honor?
Fer. En buena te dirè presto
de mi fortuna el rigor.
No quiso el General mio,
que saliesse al desafio,
que me hizo aqueste Moro:
yo por guardar el decoro,
que corresponde à mi brio,
me descolguè por el muro;
y quando pensè hallar
lo que aun agora procuro,
un esquadròn vino à dàr
conmigo, estando seguro.
Era la noche cerrada;
y como vì defraudada
mi esperanza tan del todo,
con el tiempo me acomodo:
mentì, rendiles la espada.
Dixeles, que mi intencion
era venir à ponerme
de grado en su sujecion,
y que quisiessen traerme
à reconocer patron.
Dixeronme, que este Ali:
era su señor, y assi
vine sin fuerza, y forzado:
de todo cuenta te he dado:
no hay mas que saber de mì.
Calla mi nombre, que veo,
que aquesta Mora hermosa
tiene de verme deseo.
Oro. De tu fama valerosa,
que està enamorada creo.
No te dès à conococer,
que deseos de muger
se mudan à cada passo.
Fer. Vuelve Muzel, habla passo:
Oro. No sè què pueda querer.

Entra Alimuzel.

Ali. Oropesa, escucha, y calla:
y guardame aquel secreto,
que en tu discrecion se halla;
que à tu bondad le prometo
con la mia de premialla.
Yo te darè libertad;
y à tì, si tu voluntad
fuere de volverte à Oràn,
mis designios te daràn
honrosa comodidad.
Solo os pido en cambio de esto;
que me descubrais un modo
tan honroso, y tan compuesto,
que en las partes, y en el todo

 eche

eche de hidalguia el resto,
el qual me vaya mostrando
en què parte, cómo, ò quando,
ya en el campo, ò estacada,
pueda yo medir mi espada
con la del bravo Fernando:
quizà està en su vencimiento,
como Arlaxa significa,
de mi bien el cumplimiento,
si ya mi esperanza rica
no la empobrece su intento;
que debe de ser doblado,
pues de lo que me ha mandado
todo se puede temer,
y no hay bien, que venga à ser
seguro en el desdichado.
Fer. Yo te darè à tu enemigo
à toda tu voluntad,
como estoy aqui contigo,
sin usar de deslealtad,
que nunca alvergò conmigo.
Ali. No es enemigo el Christiano,
contrario sì, que el lozano
deseo de Arlaxa bella,
presta para esta querella
la voz, el intento, y mano.
Fer. Presto te pondrè con èl,
y fia aquesto de mì,
comedido Alimuzel,
y aun pienso hacer por tì
lo que un amigo fiel,
porque la ley que divide
nuestra amistad, no me impide
de mostrar hidalgo el pecho;
antes con lo que es bien hecho
se acomoda, ajusta, y mide.
Vè en paz, que yo pensarè
el tiempo que mas convenga
para hacer lo que harè
Ali. Mahoma sobre tì venga;
y lo que puede te dè. *Vase.*
Fer. Gentil carga.
Oro. Y gentil presa.
Fer. Pesa mucho?
Oro. Poco pesa,
que està en fuego convertida:
Fer. Mira que importa la vida
tener secreto, Oropesa.

Vanse, y salen riñendo el Capitan Guzmàn con el Alferez Robledo.

Guz. Señor Alferez Robledo,
pongase luego entredicho
à essa platica.
Rob. No puedo,
que lo que sin miedo he dicho;
no lo desdigo por miedo.
O èl se fue à renegar,
ò hizo mal en dexar
su presidio en tiempos tales.
Guz. De los hombres principales
no se debe assi hablar.
El renegar no es possible;
y si en ello os afirmais,
mentìs.
Meten mano.

Rob. O trance terrible!
Guz. Agora sì que os hallais
en mas dudoso impossible,
si quereis satisfaceros.

Entra el Conde de Alcaudete, Don Martin de Cordova, acompañados.

Cond. Passo, teneos, cavalleros.
Por què ha sido la pendencia?
Guz. Mas agudo es de conciencia
este hidalgo, que de azeros.
Ha afirmado, que se es ido
à renegar Don Fernando;
y vive Dios, que ha mentido,
y mentirà cada, y quando
lo diga.
Cond. Descomedido,
llevenle luego à una torre.
Guz. Ni me afrenta, ni me corre
este agravio, porque nace
de la justicia que hace
al que su amigo socorre.
Cond. Vaya el Alferez tambien,
y mientras que el cerco passa
hagan treguas.
Rob. Hazme un bien,
que sea la torre mi casa.
Mart. Sì, porque juntos no estèn.

Llevan al Alferez.

Uno. Señor, la Guarda ha descubierto agora
un Baxèl por la vanda de Poniente.
Mart. Què vela trae?
Uno. Entiendo, que Latina.
Cond. Vamos à recibirle à la Marina.

Fin del primer Acto.



SEGUNDA JORNADA.

Los que hablan en ella son:

Arlaxa.
Don Fernando.
Oropesa.
Nacor.
Vozmediano, anciano.
Doña Margarita, doncella, en habito de hombre.
Buytrago.
Don Martin.
El Conde.
Guzmàn el Capitan.
Alimuzel.
Vayran, Renegado.
Un Moro.

Salen Arlaxa, Don Fernando, y Oropesa.

Ar. Cómo te llamas, Christiano?
q̃ tu nombre aun no he sabido.
Fer. Es mi nombre Juan Lozano,
nombre, que es bien conocido
por el distrito Africano.
Ar. Nunca le he oìdo decir.
Fer. Pues èl suele competir
con el del bravo Fernando.
Ar. Mucho te vàs alabando.
Fer. Alabome sin mentir.
Ar. Pues q̃ hazañas has tù hecho?
Fer. He hecho las mismas que èl,
con el mismo esfuerzo, y pecho,
y ya me he visto con èl
en mas de un marcial estrecho.
Ar. Es tu amigo?
Fer. Es otro yo.
Ar. Por ventura, dì, saliò
à combatir con mi Moro?
Fer. Siempre de bravo el decoro
en todo trance guardò.
Ar. De esse modo, Ali es cobarde?
Fer. Esso no, que pudo ser
salir Don Fernando tarde,
quando no pudiesse hacer
Ali de su esfuerzo alarde.
Y imagino, que este Moro
Xarife, no con decoro
de amigo, à Muzel dà culpa.
Ar. De su esfuerzo, y de su culpa
toda la verdad ignoro.
Fer. Haz cuenta, que te trae preso
à Fernando tu Muzel:
què piensas hacer por esso?
Ar. Estimarè mucho en èl
de su esfuerzo el grãde excesso.
Tendrè en menos al Christiano,
cuyo nombre sobre humano
me incita, y mueve el deseo
de velle.
Oro. Pues yo le vèo
en solo vèr à Lozano.

Arl. Què, tanto se le parece?
Oro. Yo no sè què diferencia
entre los dos se me ofrece:
esta es su misma presencia,
y el brazo que le engrandece.
Ar. q̃ hazañas ha hecho esse hõbre
para alcanzar tan gran nombre
como tiene?
Oro. Escucha una
de su esfuerzo, y su fortuna,
que podrà ser que te assombre.
Diò fondo en una Caleta
de Argèl una Galeota,
casi de Oràn cinco millas,
poblada de Turcos toda.
Dieron las Guardas aviso
al General, y con tropa
de hasta trecientos soldados
se fue à requerir la Costa.
Estaba el Baxèl tan junto
de tierra, que se le antoja
dàr sobre èl: ved què batalla
tan nueva, y tan peligrosa.
Dispararon los Soldados
con priessa una vez, y otra,
tanto, que dexan los Turcos
casi la cubierta sola.
No hay ganchos para acercar
à tierra la Galeota;
pero el bravo Don Fernando
ligero à la mar se arroja.
Ase recio de gumena,
que ya el Turco apriessa corta,
porque no le dàn lugar
de que el ancora recoja.
Tirò àcia sì con tal fuerza,
que qual si fuera una gondola,
hizo que el Baxèl besasse
el arena con la popa.
Saliò à tierra, y de ella un salto
diò al Baxèl (cosa espantosa!)
que piẽsa el Turco, que el Cielo
Christianos llueve, y se assõbra.
Reconocido su miedo,
Don Fernando, con voz ronca
de la colera, y trabajo,
grita: vitoria, vitoria.
La voz dà al viento, y la mano
à la espada vitoriosa,
con que matando, y hiriendo
corriò de la popa à proa.
El solo rindiò el Baxèl:
mira, Arlaxa, si esta es obra
para que la fama diga
los bienes que de èl pregona:
Probado han bien sus azeros
los lindos de Meliona.
los Elches de Tremecèn,
y los Leventes de Bona.
Ciẽ moros ha muerto en trãces,
siete en estacada sola,
docientos sirven al remo,
ciento tiene en las mazmorras.
Es muy humilde en la paz,
y en la guerra no hay persona,
que le iguale, ya Christiana,
ò ya que sirva à Mahoma.
Ar. O què famoso Español!
Oro. Hercules, Hector, Roldàn,
se hicieron en su crisol.
Ar. Mejor no le ha visto Oràn,
Oro. Ni tal no le ha visto el Sol.

Entra Nacor.

Ar. Aqueste Nacor me enfada:

no me dexeis sola.
Oro. Honrada
te le muestra, y comedida.
Fer. Dà à sus razones salida,
que espere, y no espere en nada.
Nac. Hermosa Arlaxa, yo estoy
resuelto en traerte preso
al Christiano, y assi voy
à Oràn luego.
Ar. Buen sucesso,
y aguero espero, y te doy;
porque iràs en gracia mia,
y en verte tomo alegria
desusada el corazon.
Nac. Tienes, Arlaxa, razon,
que yo la tendrè algun dia
de rogarte que me quieras.
Ar. Dexate agora de burlas,
pues partes à tantas veras.
Fer. Harà Nacor, si no burlas,
sus palabras verdaderas,
que amante favorecido
es un leon atrevido,
y romperà, por su dama,
por la muerte, y por la llama
del fuego mas encendido.
Oro. Concluyeras tù esta empressa
harto mejor que no èl.
Fer. Calla, y escucha, Oropesa.
Nac. Ya en este caso Muzel
por vencido se confiessa,
pues no hace diligencia
por traer à tu presencia
el que yo te traerè presto.
Ar. Partete, Nacor, con esto,
que gusto, y te doy licencia.
Nac. Dame las manos, señora,
por el favor con que animas
al alma que mas te adora.
Ar. En poco, Nacor, te estimas;
pues te humillas tanto agora.
Eres Xarife, levanta,
que verte à mis pies me espãta:
què dirà de esto Mahoma?
Nac. Estos rendimientos toma
èl por cosa buena, y santa.
Queda en paz.

Vase Nacor.

Ar. Vayas con ella,
que con el fin de este trancẽ
le tendrà el de tu querella.
Fer. Echado ha el Moro buen lãce.
Oro. Ella es falsa, quanto es bella.
Ar. Venid, que havemos de ir
los tres à vèr combatir
à mis amantes valientes.
Oro. Si nos vieren ir las gentes,
tarde nos veràn venir.

Vanse, y sale Vozmediano, anciano, y Doña Margarita en habito de hombre.

Voz. Priessa por llegar à Oràn,
y priessa por salir de èl:
muy bien nuestras cosas vàn.
Mar. Preciase amor de cruel,
y tras uno dà otro afán.
Voz. Ya os he dicho, Margarita,
que su daño solicita
quien camina tras un ciego.
Mar. Ayo, y señor, yo no niego,
que essa razon es bendita:
pero què puedo hacer,

si he echado la capa al toro,
y no la puedo coger?
Voz. Menos te la podrà un Moro,
si bien lo miras, volver.
Mar. Que sea Moro D. Fernando?
Voz. Assi lo vàn pregonando
los niños por la Ciudad.
Mar. Que haya hecho tal maldad!
(de colera estoy rabiando)
No lo creo, Vozmediano.
Voz. Haces bien, pero yo veo,
que ni Moro, ni Christiano
parece.
Mar. Verle deseo.
Voz. Siempre tu deseo es vano.
Mar. Quierelo assi mi ventura;
pero no serà tan dura,
que no dè fin a mis penas,
con darme en estas arenas
Berberisca sepultura.
Voz. No diràs, señora, al menos,
que no te he dado consejos,
de bondad, y de honor llenos.
Mar. Los prudentes, y los viejos
siempre dàn consejos buenos;
pero no vè su bondad
la loca, y temprana edad,
que en sì misma se embaraza;
ni cosa prudente traza
fuera de su voluntad.

Entra Buytrago con la demanda.

Buyt. Vuestras mercedes me dèn
para las Animas luego,
que les estarà muy bien.
Mar. Si ellas arden en mi fuego.
Voz. Passito, Anastasio, tèn.
No digas alguna cosa
mal sonante, aunque curiosa.
Mar. Vayase, señor soldado,
que no tenemos trocado.
Buyt. La respuesta està donosa.
Denme, pese à mis pecados:
siempre yo de aquesta guisa
medro con almidonados:
denme, que vengo de prisa,
y ellos estàn muy pausados.
O què novatos que estàn
de lo que se usa en Oràn
en esto de las demandas.
Descoja sus manos blandas,
y dè limosna, galàn.
Què me mira? acabe ya:
eche mano, y no à la espada,
que su tiempo se vendrà.
Voz. La limosna que es rogada
mas facilmente se da,
que la que se pide à fuerza.
Buy. Usase en aquesta Fuerza
de Oràn pedirse de este arte,
que son las almas de Marte,
y piden siempre con fuerza.
Nadie muere aqui en el lecho,
à almidones, y almendradas,
à pistos, y purgas hecho:
aqui se muere à estocadas,
y à balazos roto el pecho.
Baxan las almas feroces,
tan furibundas, y atroces,
que piden, que acà se pida,
para su pena afflixida,
à cuchilladas, y à voces.
En fin las almas de Oran,
que tienen comedimiento,
aunque en Purgatorio estàn,

di-

dicen, que vuelva en ſuſtento
la limoſna que me dàn.
A la parte voy con ellas,
remediando ſus querellas
à fuerza de Ave Marias,
y mis hambrientas porfias
con lo que me dan para ellas.
Voz. Hermano, yo no os entiendo,
y no hay limoſna que os dàr.
Buy. De gana me voy riendo,
y à donde ſe vino à hallar
el parenteſco tremendo?
Hace burla en vèr el trage
entre picaro, y ſalvage?
Pues ſepa, que eſte ſayàl
tiene encubierto algun al,
que puede honrar un linage.
El Conde es eſte, què pieza,
que quando me dà, le dàn
mil vaguidos de cabeza.
Pobretas almas de Oràn,
q̃ eſtais en vueſtra eſtrecheza,
rogad à Dios que me dèn,
porque ſi yo como bien,
rezarè mas de un roſario,
y os harè un aniverſario
por ſiempre jamàs. Amen.

Entra el Conde, Don Martin, el Capitan Guzmàn, y Nacor.

Nac. Digo, ſeñor, que entregarè ſin duda
la preſa, que he contado, facilmente
en el ſilencio de la noche muda,
con muy poquito numero de gente:
y porque al hecho la verdad acuda,
las manos à un cordel darè obediente:
dexaréme llevar, ſiendo yo guia,
que os mueſtre el Aduar antes del dia:
y ſolo quiero de eſta rica preſa,
por quien mi induſtria, y mi traycion trabaja,
un cuerpo, que à mi alma tiene preſa:
quiero à la bella, ſin igual Arlaxa:
por ella tengo tan infame empreſſa,
por iluſtre, por grande, y no por baxa:
que por reynar, y por amor no hay culpa,
que no tenga perdon, y halle diſculpa.
No ſiento, ni deſcubro otro camino
para ſer poſſeſſor de aqueſta Mora,
que hacer eſte amoroſo deſatino,
pueſto que en èl crueldad, y traycion mora:

ámola por la fuerza del destino:
y aunque mi alma su beldad adora,
quierola cautivar para soltalla,
por si puedo moverla, ò obligalla.
Cond. No estamos en sazon, que nos permita
sacar de Oràn un minimo Soldado,
que el cerco que se espera solicita,
que ponga en otras cosas mi cuidado.
Nac. La vitoria en la palma traygo escrita:
en breves horas te darè acabado,
sin peligro, el negocio que he propuesto:
si presto vamos, volverèmos presto.
Cond. Esta tarde os darè, Nacor, respuesta:
esperad hasta entonces.
Nac. Soy contento.

Vase Nacor.

Mart. Empressa rica, y sin peligro es esta,
si cierta fuesse.
Guz. Yo por tal la cuento:
hace la lengua al alma manifiesta:
declarado ha Nacor su pensamiento
con tal demonstracion, con tal afecto,
que si vamos, el saco me prometo.
Mart. Cubre el traydor sus malas intenciones
con rostro grave, y ademàn sincèro;
y adorna su traycion con las razones,
de que se precia un pecho verdadero:
de un Sinon aprendieron mil Sinones;
y asi el que es General, al blando, ò fiero
razonar del contrario, no se rinde,
sin que primero la intencion deslinde.
Cond. Hermano, asi se harà, no tengais miedo,
que yo me arroje, ò precipite en nada.
Hicisteis ya la tregua con Robledo,
y queda ante Escrivano confirmada?
Mart. Gran cólera teneis, Guzmàn.

Guz.

Guz. No puedo
tenerla en la ocasion mas enfrenada.
Cond. Podreis darle la rienda entre enemigos,
y es prudencia cogerla con amigos.
Pues Buytrago, què hacemos?
Buyt. Aqui assisto,
procurando sacar de aqueste esparto
jugo de algun plus ultra, y no le he visto,
siquiera de una tarja, ni de un quarto:
assi guardan la ley de Jesu-Christo
aquestos, como yo, quando estoy harto,
que no me acuerdo si hay Cielo, ni tierra,
solo à mi vientre acudo, y à la guerra.
Marg. Pide limosna en modo este Soldado,
que parece que grita, ò que reniega,
y yo estoy en España acostumbrado
à darla a quien por Dios la pide, y ruega.
Buyt. Quierosela pedir arrodillado,
verè si la concede, ò si la niega.
Voz. Ni tanto, ni tan poco.
Buyt. Soy Christiano.
Marg. Ya no le han dicho, que no hay blanca, hermano?
Buyt. Hermano? lleve el diablo el parentesco,
y el ladron que le hallò la vez primera.
Descosa, pese al mundo, esse grigüesco;
desgarre essa olorosa faltriquera.
De aquestas pinturitas à lo fresco
què se puede esperar?
Vozm. Essa es manera
de hacer sacar la espada, y no el dinero.
Cond. Passo, Buytrago.
Marg. A fé de Cavallero:::
Mart. No os enfadeis, galan, que de este modo
se pide la limosna en esta tierra:
todo es aqui braveza: es aqui todo
rigor, y duros terminos de guerra.
Buyt. Y yo, que à lo de Marte me acomodo,
y à lo de Dios es Christo, doy por tierra

con

con todo el bodegon, si con floreos
responden à mis gustos, y deseos.

Mart. En fin, que aqueste galan
es de Xerèz?
Vozm. Y de nombre
de los buenos que alli estàn,
y hijo, señor, de un hombre,
que en Francia fue Capitan.
Quedò rico, y con hacienda:
dexómele à mì por prenda
mi hermana, que fue su madre,
y yo quise, que del padre
siguiesse la honrada senda.
Supe el cerco que se espera,
y con su gusto le truxe,
que sin èl no le traxera,
y à esta dura le reduxe,
de su vida placentera:
que en los grados de alabanza,
aunque pervierta la usanza
el adulador liviano,
no alcanza un gran cortesano
lo que un buen soldado alcãza.
Cond. Assi es verdad, y agradezco
venida de tales dos,
y à serviros la me ofrezco.
Buy. Que no me daràn por Dios
lo que por mì no merezco?
Voto à Christoval del Pino,
que si una vez me amohino,
q̃ han de vèr quien es Calleja's:
busquen alivio à sus quexas,
almas por otro camino.
Buscaréle yo tambien
para mi hambre insolente,
ò me dèn, ò no me dèn,
que nunca muere un valiente
de hambre.
Mart. Dices muy bien:
Buy. No digo sino muy mal:
es esso por escusarse
de no sacar un real?
Con. Vamos, que ya de enojarse
Buytrago nos dà señal,
y no quiero que lo estè.

Vanse el Conde, y Don Martin.

Buy. Con aquesso comerè:
no fuera yo Motilon,
ò mozo de bodegon,
y no soldado.
Marg. Por què?
Buy. Yo me entiendo, so galan:
vaya, y guarde su dinero:
à Dios mi señor Guzmàn.
Guz. No, no: combidaros quiero,
por vida del Capitan:
venid, Buytrago, conmigo.
Buy. En seguirte sè que sigo
à un Alexandro, y à un Marte.

Vanse el Capitan, y Buytrago.

Mar. Señor, llegate à esta parte,
que tengo que hablar contigo.
Resuelta estoy.
Voz. En tu daño.
Mar. No me atajes, dexame
relatar mi mal estraño.
Voz. Ya no sabes que lo sè,
por mi mal, mas ha de un año?

Mar. Dime, señor, tù no sientes,
que con nuevos accidentes
cada dia amor me enviste?
Voz. Y sè que no los resiste
tu alma, pues los consientes.
Mar. Dexate de aconsejarme,
y dame ayuda, si quieres,
que lo demàs es matarme.
Voz. Por quien soy, y por quiẽ eres
siempre te oirè sin cansarme:
y siempre te ayudarè,
porque à ello me obliguè,
quando de venir contigo,
como ayo, y como amigo,
te dì la palabra, y fé.
Di en fin, què piensas hacer?
Ma. Yo por soldado à esta ẽpressa,
con estraño parecer,
pues procurarè ser presa,
puesto que vaya à prender.
Procurarè ser cautiva,
que de la dura, y esquiva
tormenta, que siente el alma,
el sosiego, gusto, y palma
en disparates estriva.
Sabrè cautiva, de quien
me cautivò sin sabello,
pensando de hacerme bien:
darè al Moro perro el cuello,
porque à mi alma me dèn:
que no es posible sea Moro
quien guardò tanto el decoro
de Christiano Cavallero;
y si fuere esclavo, quiero
dàr por èl mil montes de oro.
De que los halle no dude
nadie, que el Cielo al deseo
del aflicto siempre acude.
Voz. El gran Dios, de esse deseo
impertinente te mude.
Mar. Havrà mas de rescatarme,
dando tiempo al informarme
de lo que voy à saber?
que en el mal de irme à perder
consiste el bien de ganarme.
Venid, señor Vozmediano,
negociareis mi salida
con el esquadron Christiano.
Voz. Dónde quieres ir, perdida?
Mar. Aconsejarme es en vano.
Voz. Yo harè con su Señorìa,
que se oponga à tu partida.
Mar. Si esto me impedìs, señor,
harè otro yerro mayor,
con que lloreis mas de un dia.
Echada està ya la suerte:
yo he de seguir mi destino,
aunque me lleve à la muerte.
Voz. Del amor el desatino,
qualquier bien en mal cõvierte.
En mal punto me encarguè
de tì: en mal punto dexè
la patria por tus antojos.
Ma. Tal vez tras nubes de enojos,
de esperanza el Sol se vè.

Vanse, y salen Arlaxa, Alimuzel, Oropesa, y Don Fernando.

Ar. A donde està Alimuzel?
Oropesa, do te has ido?
y mi Lozano què es de èl?
Cielo, escucha mi gemido,
no te me muestres cruel.
Al. Bella Arlaxa aqui me tienes.
Ar. Amigo à buen tiempo vienes.

Or. Què es lo que mandas, señora?
Ar. Vengas, amigo, en buen hora.
Lozano, en què te detienes?
Fer. Aqui estoy, señora mia,
què me mandas? dilo, acaba.
Ar. Desdichada dicha mia.
Ali. Què has, Arlaxa?
Ar. Yo soñaba,
que esta noche, al Alva fria,
daban sobre este Aduar
Christianos, y à mi pesar,
Nacor me llevaba presa,
y despertè con la priessa
del assalto, y del gritar;
y he venido à socorrerme
de vosotros con el miedo,
que el sueño pudo ponerme;
y aunque os veo, apenas puedo
sossegarme, ni valerme.
Tengo à Nacor por traydor,
y no me dexa el temor
fiar de vuestra lealtad.
Ali. No son los sueños verdad:
no tengas miedo, mi amor;
y si lo son, juzga, y piensa,
que à tu lado hallaràs
quien no consienta tu ofensa.
Ar. Contra el hado es por demàs,
que valga humana defensa.
Fer. No te congoges, señora,
que si llegáre la hora
de verte en aquesse aprieto,
librarte de èl te prometo,
por el Dios que mi alma adora,
si no quedasse Christiano
en Oràn, y aqui viniesse
tan arrojado, y ufano,
que la vitoria tuviesse
tan cierta como en la mano.
Serà esta mia bastante
para que el mas arregante
vuelva humilde, y sin despojos;
temple aquesto tus enojos:
no passe el miedo adelante.
que harè mas de lo que digo;
y de que prometo poco,
mis obras seràn testigo.
Oro. O està Don Fernando loco,
ò es ya de Christo enemigo.
Pelear contra Christianos
promete: venid, hermanos,
que yo con mejor conciencia
passarè la diligencia
à los pies, y no à las manos.
Fer. Ali, dame tù una espada,
y un turbante, con que pueda
la cabeza estàr guardada.
Oro. Señora, donde se queda
tu condicion arrojada?
Agora veràs hender,
herir, matar, y romper:
dexa venir al Christiano.
Ar. Es accidental, y vano
tal deseo en la muger,
y facilmente se trueca;
y antes que la espada, agora
tomaria vèr la rueca.
Ali. El que te ofende, señora,
contra todo el mundo peca.
Vèn, Christiano, à tomar armas.
Oro. Mira contra quien te armas,
Lozano.
Fer. Calla, Oropesa.
Oro. En armarte à tal empressa,
de tu valor te desarmas.
Entranse todos.

Salen Nacor, atadas las manos atràs con un cordèl, y traele Buytrago, el Capitan Guzmàn, Margarita, y otros Soldados, con sus arcabuces.

Nac. Valeroso Guzmàn, este es sin duda
el vendido Aduar: el paraìso
do està la gloria, que mi alma busca.
Con la cavalleria, como es uso,
le puedes coronar à la redonda,
porque apenas se escape un solo Moro.
Guz. No tengo tanta gente para tanto.
Nac. Cerca, pues, por lo menos esta parte,
que responde derecha à una montaña,
que està cerca de aqui, donde sin duda
haràn designio de acogerse quantos
sobresaltados fueren esta noche.
Guz. Dices muy bien.
Nac. Pues manda que me suelten,
porque vaya à buscar el grande premio,
que pide la amorosa traycion mia.
Buy. Esso no, vive Dios: hasta que vea
cómo se entabla el juego, so Mahoma,
estése atraillado como galgo,
porque hasta ver las liebres no le suelto.
Nac. Señor Guzmàn agravio se me hace.
Guz. Buytrago, sueltale, y à Dios, y embiste.
Buy. Contra mi voluntad le suelto: vaya.
Nac. Venid, que yo pondrè la gente en orden,
de modo, que no haya algun desorden.

Vanse, y queda sola Margarita.

Mar. Pobre de mì, dónde quedo?
A donde me trae la suerte,
confusa, y llena de miedo?
què cosa harè con que acierte,
si ninguna cosa puedo?
O amoroso desvarìo!
que ciegas el alvedrio,
y la razon tienes presa:

què ſacarè de eſta empreſſa,
de quien temo, y de quien fio?
Soy Mariposa inocente,
que deſpreciando el ſoſsiego,
ſimple, y preſuroſamente
me voy entregando al fuego
de la llama mas ardiente.
Eſtos paſſos ſon teſtigos,
que huyo de los amigos;
y llena de ceguedad,
de mi propria voluntad
me entrego à los enemigos;

Suena dentro arma, arma, Santiago, cierra, cierra, Eſpaña, Eſpaña: ſalga al theatro Nacor, abrazado con Arlaxa, y à ſu encuentro Buytrago.

Buy. Por aqueſte portillo ſe deſagua
el Aduar, ſoldados, aqui, amigos:
tente, perro cargado: tente galgo.
Nac. Amigo ſoy, ſeñor.
Buy. No es eſte tiempo
para eſtas amiſtades: tente perro:
Nac. Muerto ſoy, por Alà.
Buy. Por San Benito,
que he paſſado à Nacor de parte à parte;
y que eſta debe ſer ſu amada ingrata.
Arl. Chriſtiano, yo me rindo, no enſangrientes
tu eſpada en mugeril ſangre mezquina;
llevame do quiſieres.

Sale Ali.

Ali. La voz oygò
de Arlaxa bella, que ſocorro pide:
Ha perro, ſuelta.
Buy. Sueltala tù, podenco ſin provecho;
no hay quien me ayude aqui?
Ar. Mientras pelean
aqueſtos dos, podrà ſer èſcaparme;
ſi acaſo acierto de tomar la parte,
que lleva à la montaña.
Marg. Si me guias
ſerè tu eſclavo, tu defenſa, y guarda;
haſta ponerte en ella; vèn, ſeñora,

Vaſe Arlaxa, y Margarita: ſale Don Fernando, y Guzmàn.

Buy. Animas de Purgatorio,
favorecedme, ſeñoras,
que mi peligro es notorio,
ſi ya no eſtais à eſtas horas
durmiendo en el dormitorio.
De vueſtro divino aliento
con mayor fuerza me ſiento:
perro el huìr no te cale:
aora veràn ſi vale
Buytrago por mas de ciento.

Entraſe Ali, y Buytrago tras èl.

G. O eres diablo, ò no eres hombre:
quièn te diò tal fuerza, perro?
Fer. No os admire, ni os aſſombre,
Guzmàn, que haga eſte yerro
quien reſpeta vueſtro nombre.
Guz. Sois à dicha Don Fernando?
Fer. El miſmo que eſtais mirando,
aunque no me veis amigo.
Guz. Sois ya de Chriſto enemigo?
Fer. Ni de veras, ni burlando.
Guz. Pues cómo ſacas la eſpada
contra èl?
Fer. Vendrà ſazon
mas llana, y acomodada,
en que te dè relacion
de mi pretenſion honrada.
Chriſtiano ſoy, no lo dudes.
Guz. Por què à defender acudes
eſte Aduar?
Fer. Porque encierra
la paz que cauſa eſta guerra,
la ſalud de mis ſaludes.
Dos prendas has de dexar,
y carga, amigo, con todo
quanto hay en eſte Aduar.
Guz. A tu guſto me acomodo:
no quiero mas preguntar;
pero porque no ſe diga,
que tengo contigo liga,
tù, pues baſtas, lo defiende.

Vaſe Guzmàn, y vuelve Buytrago, y Alimuzel.

Buy. En vano, Moro, pretende
tu miedo, que no te ſiga,
que tengo para ofenderte
dos manos, y dos mil almas,
que à mis pies han de ponerte.
Fer. Otros deſpojos, y palmas
puedes, amigo, ofrecerte,
que eſte no.
Ali. Dexa, Lozano,
que eſte valiente Chriſtiano
en grande aprieto me ha pueſto.
Fer. Vè tù à ſocorrer el reſto,
y eſte dexale en mi mano,
que yo darè cuenta de èl.

Arlaxa dentro.

Arl. Lozano, que voy cautiva:
que voy cautiva, Muzel.
Ali. Fortuna, à mi ſuerte eſquiva:
Cielo embidioſo, y cruel,
executad vueſtra rabia
en mi vida, ſi os agravia,
dexad libre la de aquella,
que os podeis honrar con ella,
por hermoſa, honeſta, y ſabia.

Sale

Sale Arlaxa, defendiendola Margarita del Capitan Guzmàn, y de otros tres soldados.

Fer. Todos sois pocos, soldados.
Guz. Esta es la Mora en quien tiene
Don Fernando sus cuidados:
dexarsela me conviene. *Vase.*
Buy. Aqui hay Moros encantados,
ò Christianos fementidos:
que ha llegado à mis oìdos,
creo, el nombre de Lozano.
Fer. Vuestro trabajo es en vano,
Christianos mal advertidos,
que esta Mora no ha de ir presa:
entrad en el Aduar,
y hallareis mas rica presa.
Buy. De esta iràs à señalar,
perro, el tanto de tu fuessa.
Ali. Muerto soy, Alà me ayude.
Ar. Acude, Lozano, acude,
q̃ han muerto à tu grãde amigo.

Cae Ali dentro, y entrase Arlaxa tras èl.

Fer. Vengaréle en su enemigo,
aunque de intencion me mude:
no te retires, aguarda.
Buy. Yo retirar? bueno es esso:
si tuviera una alabarda,
le partiera hasta el huesso.
O cómo el perro se guarda!
Fer. Este que và à dàr el pago
de tus bravatas, Buytrago,
mejor Christiano es que tù.
Buy. Que te valga Bercebù,
y à mì Dios, y Santiago.
Dì quien eres, que sonando
el eco, me trae con miedo
la habla de Don Fernando.
Fer. El mismo soy.
Buy. O Robledo,
verdadero, y memorando,
y quànta verdad dixiste!
Sin razon le desmentiste,
Guzmàn, atrevido, y fuerte:
yo quiero huìr de la muerte,
que en essas manos assiste.
Fer. Cómo, dì, tù no peleas?
Te retiras, ò te vàs
antes que tu prision veas?
Marg. Estraños consejos dàs
à quien la muerte deseas:
mas no puedo retirarme,
ni pelear, y he de darme,
de cansado, à Moras manos,
que se vàn ya los Christianos,
y tù no querràs dexarme.

Dentro diga Guzmàn.

Guz. Al retirar, Christianos, toca Robles:
à retirar, à retirar, amigos:
no se quede ninguno, y los cansados
à las ancas los suban los ginetes,
y en la mitad del esquadron recojan
la presa; al retirar, que viene el dia.

Fer. Yo te pondrè en las ancas de un cavallo
de los tuyos, amigo, no desmayes.
Marg. Mayor merced me haràs si aqui me dexas.
Fer. Quieres quedar cautivo por tu gusto?
Marg. Quizà mi libertad consiste en esso.
Fer. Hay otros Don Fernandos en el mundo?
Démos lugar que los Christianos passen:
retiraos à esta parte.
Marg. Yo no puedo.
Fer. Dadme la mano, pues.
Marg. De buena gana.
Fer. Jesus, y què desmayo!
Marg. Gentil-hombre,
llevaisme à los Christianos, ò à los Moros?
Fer. A los Moros os llevo.
Marg. No querria,
que fuessedes Christiano, y me engañassedes.
Fer. Christiano soy; pero por Dios que os llevo
à entregar à los Moros.
Marg. Dios lo haga.
Fern. De novedades anda el mundo lleno.
Estais herido acaso?
Marg. No estoy bueno. *Vanse.*

Sale Oropesa cargado de despojos.

Oro. No sino estaos atenido
à los consejos de un loco,
enamorado, y perdido:
mucho llevo en esto poco:
voy libre, y enriquecido.
Ya en mi libertad contemplo
un nuevo, y estraño exemplo
de los casos de fortuna,
y adornaràn la coluna
mis cadenas de algun templo.

Salen el Conde, y Don Martin, y Vayran el Renegado.

Vayr. Digo, señor, que la venida es cierta,
y que este mar veràs, y esta ribera,
èl de Baxeles lleno, ella cubierta

de gente innumerable, y vocinglera:
De Barbarroja el hijo se concierta
con Alabez, y el Cuco, de manera,
que en su favor mas Moros dàn, y ofrecen,
que en clara noche estrellas se parecen.
Los Turcos son seis mil, y los Leventes
siete mil, toda gente vencedora:
veinte y seis las Galeras, suficientes
à traer municiones de hora en hora.
Andan en pareceres diferentes,
sobre qual de estas Plazas se mejora
en fortaleza, y sitio, y creo se ordena
de dàr à San Miguèl la buena estrena.
Esto es, señor, lo que hay del campo Moro;
y en Argèl el Armada queda à punto;
y Azan el Rey, guardando su decoro,
que es diligente, la traerà aqui al punto.

Cond. De sus designios poco, ò nada ignoro,
mas por tu relacion cuerda barrunto,
que à San Miguèl el Barbaro amenaza,
como mas flaca, aunque importante Plaza;
pero puesto le tengo en tal reparo,
tales soldados dentro de èl he puesto,
que al Barbaro el ganarle serà caro,
muy mas que en su designio trae propuesto.
Idos à reposar, mi amigo caro;
y el agradecimiento, y paga de esto
esperadla de mì, con la ventaja,
que aquel merece, que qual vos trabaja.

Vase Vayran.

No tarda ya Guzmàn.

Mart. Las Centinelas
le han descubierto ya.

Cond. Venga en buen hora.

Mart. Su premio havrà Nacor de sus cautelas
cobrado su adorada ingrata Mora:

amor, como otro Marte, nos desvelas:
furia, y rigor en tus entrañas mora:
hasta las religiosas almas dañas,
y fundas en trayciones tus hazañas.

Entra el Capitan Guzmàn, Oropesa, Buytrago, Vozmediano, y otros soldados.

Guz. Tus manos pido, y de las mias toma,
ò por mejor decir, de tus soldados,
amorosos despojos de Mahoma.
Volvemos, como fuimos, alentados,
mejorados en honra, y buena fama,
y en ropa, y en esclavos mejorados.
Nacor no trae à su hermosa dama,
que Buytrago apagò con fuerte azero
del Moro infame la amorosa llama.
Buyt. Passéle, por la fé de Cavallero,
por entrambas hijadas, ignorando,
que fuesse el que el aviso diò primero;
y si no lo estorvára Don Fernando,
diera con mas de dos patas arriba,
que con èl se me fueron escapando.
Cond. Que en fin se volviò Moro?
Oro. No se escriva,
se diga, ò piense tal, de quien su intento
en ser honrado, y valeroso estriva.
Yo sè de Don Fernando el pensamiento,
y sè que presto volverà à servirte,
con las veras que ofrece su ardimiento.
Guz. Que èl es Christiano sè, señor, decirte,
que èl se nombrò conmigo, combatiendo.
Mart. Y procuraba por ventura herirte?
Guz. Con tiento pareciò que iba esgrimiendo,
y palabras me dixo en el combate,
por quien fuì sus designios conociendo,
Mart. De este caso, señores, no se trate:
ya por lo menos ha caìdo en culpa,

y no hay dìsculpa à tanto disparate.

Cond. Saliò sin mi licencia, ya le culpa,
y mas el escalar de la muralla:
insulto, que jamàs tendrà disculpa.

Guz. Precipitóle honor, vistiò la malla,
por conservar su credito famoso:
huyóle el Moro, fue à buscar batalla.

Mart. Por cierto, ò buen Guzmàn, que estais donoso;
pues cómo no se ha vuelto, ò cómo muestra
contra Christianos animo brioso?

Orop. El darà presto de su intento muestra,
sacando, en gloria de la Ley Christiana,
à luz la fuerza de su honrada diestra.

Cond. Venid, repartirè de buena gana
lo que de este despojo à todos toca,
que el gusto crece lo que asi se gana;

Vanse, y queda Buytrago, y Vozmediano.

Voz. Valgame Dios! si se quedò la loca?
si se quedò la sin ventura, y triste,
que asi su suerte, y su valor apoca?
Dime, señor, si por ventura viste
aquel Soldado, que partiò conmigo,
quando à la empressa, do has venido, fuiste?
Aquel visoño manicorto digo,
que no te quiso dàr limosna un dia,
y havrà hasta seis que vino aqui conmigo?

Buy. No es aquel del entono, y bizarria,
de las plumas volantes, y del rizo,
que me hablò con remoques, y azedìas?

Voz. Aquesse mismo.

Buy. No sè què se hizo. *Vase.*

Voz. A dónde estaràs agora,
moza, por tus pies llevada
do toda miseria mora,
de mandar à ser mandada,
esclava de ser señora?
Que es posible que un deseo
incite à tal devaneo?
y este es en fin de tal sèr,

que nò lo puedo creer,
y con los ojos lo veo. *Vase.*

Salen Arlaxa, Don Fernando, y Margarita.

Fer. Para ser mozo, y galan,
y al parecer bien nacido,
muchos desmayos os dàn:
señal de que haveis comido
mucha liebre, y poco pan.
Quien se rinde à su enemigo,
en sì presenta testigo
de que es cobarde.
Marg. Es verdad;
pero trae mi poca edad
grande disculpa consigo.
El que mis cuitas no siente,
hara de mi miedo alarde;
pero yo sè claramente,
que hice mas en ser cobarde,
que no hiciera en ser valiente.
Desdichada de la vida,
à terminos reducida,
que busca con ceguedad
en la prision libertad,
y à lo impossible salida.
Ar. Què sabes si este Soldado,
qual tù, tiene aquella quexa
de valiente mal pagado?
Fer. Facil conocer se dexa,
que le aflige otro cuidado,
que sus años, qual èl muestra,
no havràn podido dàr muestra,
por ser pocos, de los hechos,
que por ser mal satisfechos
muestran voluntad siniestra;
y el ofrecerle cavallo
para que volviesse à Oràn;
y el no querer acetallo,
unas sospechas me dàn,
que por su honra las callo:
quizà la vida le enfada
soldadesca, y desgarrada;
y como el vicio le doma,
viene tras la de Mahoma,
que es mas ancha, y regalada.
Mar. En mi edad, aunq̃ està en flor,
he alcanzado, y conocido,
que no hay mal de tal rigor,
que llegue al verse ofendido,
el que es honrado, en su honor:
y mas si culpa no tiene:
que quando la infamia viene
à quien la busca, y procura,
es menor la desventura,
que la deshonra contiene;
y assi me serà forzoso,
para huir la infamia, y mengua
de mal Christiano, y medroso,
que os descubra aqui mi lengua
lo que apenas pensar oso.
Si gustais de estarme atentos,
vereis, que pàran los vientos
su velòz curso à escucharme;
y vereis, que fue el quedarme
honra de mis pensamientos.

Entra Alimuzel.

Ali. El remedio que aplicaste,
bella Arlaxa, de tu mano,
fue tal, que en èl te mostraste
ser un Angel soberano,
que à la vida me tornaste.
Consagrotela dos veces,

una porque la mereces,
y la otra te consagro
por el estraño milagro
con que tu fama engrandeces;
Ar. Sosiegate, y no me alabes,
que el Medico ha sido Alà
de tus heridas tan graves:
comienza, Christiano, ya
la historia, que alegre acabes.
Mar. Si harè, mas tù veràs
en el cuento que me oiràs,
que no dàn los duros hados
à principios desdichados
alegres fines jamàs.
Nacì en un Lugar famoso,
de los mejores de España,
de padres, que fueron ricos,
y de antigua, y noble casta,
los quales, como prudentes,
apenas mi edad temprana
diò muestras de entendimiento,
quando me encierran, y guardan
en un santo Monesterio
de la Virgen Santa Clara,
que soy muger sin ventura,
que soy muger desdichada.
Ar. Santo Alà, què es lo que dices?
Marg. De esto poquito te espantas?
tèn silencio, hermosa Mora,
hasta el fin de mis desgracias,
q̃ aunque ellas jamas le tengan,
yo me animarè à contallas,
si es posible, en breve espacio,
y con sucintas palabras.
No me encerraron mis padres,
sino para la crianza,
y fue su intencion, que fuesse,
no Monja, sino casada.
Faltaronme antes de tiempo,
que la inexorable parca
cortò el hilo de sus vidas,
para añadirle à mis ansias.
Quedè con solo un hermano,
de condicion tan bizarra,
que parece que en èl solo
hizo assiento la arrogancia.
Llegò la edad de casarme:
hicieronle mil demandas
de mì, no acudiò à ninguna,
fundandose en leves causas;
y entre los que me pidieron,
fue uno, que con la espada
satisfizo à la respuesta,
segun se la dieron mala.

Suenan dentro atambores.

Ali. Escucha, que oygo clarines,
oygo trompetas, y caxas:
algun esquadròn es este
de Turcos, q̃ ácia Oràn marcha.

Entra uno.

Mor. Si lo que dexò el Christiano
no quieres, hermosa Arlaxa,
que lo acaben de talar
diez esquadrones que passan,
vèn, señora, à defenderlo,
que con tu presencia, Arlaxa,
pararàs al Sol su curso,
y suspenderàs las armas.
Ali. Bien dice, señora, vamos,
que lugar havrà mañana
para oìr si aquesta historia
en fin triste, ò alegre acaba.

Ar. Vamos, pues, y vos hermoſa,
y laſtimada Chriſtiana,
no os pene, ſi à vueſtras penas
el oìllas ſe dilata.

Vanſe Arlaxa, y Ali tras ella, y Margarita à lo ultimo, y Don Fernando tras ella, y dicen antes.

Marg. Como no tengo, ſeñora,
ningun alivio en contarlas,
tengo à ventura el eſtorvo,
que de tal ſilencio es cauſa.
Fer. Valgame Dios, què ſoſpechas
me vàn encendiendo el alma!
Muchas coſas imagíno,
y todas me ſobreſaltan.
Deſeſperado eſperando
he de eſtàr haſta mañana,
ò haſta el punto que el fin ſepa
de la hiſtoria comenzada.

Fin del ſegundo Acto.



TER-

TERCERA JORNADA.

Los que hablan en ella son.

Arlaxa.
Margarita.
Vozmediano.
Don Fernando de Saavedra.
Guzmàn.
Buytrago.
El Conde de Alcaudete.
Don Martin.
Don Juan de Valderrama.
Alimuzel.
Roama, Moro.
Azan, Rey de Argèl.
El del Cuco.
El de Alabez.
Y acompañamiento.

Salen los Reyes del Cuco, y Alabez, Don Fernando de Moro, Alimuzel, Arlaxa, y Margarita.

Cuco. Hermosissima Arlaxa, tu belleza
puede volver del mesmo Marte ayrado
en mansedumbre su mayor braveza,
y dàr leyes al mundo alborotado.
Alab. Puedes con tu extremada gentileza
suspender los extremos del cuidado,
que amor pone en el alma que cautiva,
y hacer, que en gloria sossegada viva.
Cuc. Puede la luz de essos serenos ojos
prestarla al Sol, y hacerle mas hermoso:
puede colmar el carro de despojos
del Dios antojadizo, y riguroso.
Alab. Puede templar la ira, los enojos
del amante olvidado, y del zeloso:
puedes en fin parar, sin duda alguna,
el curso volador de la fortuna.
Arl. Nace de vuestra rara cortesìa

la

la ſin par que me dais dulce alabanza,
porque no llega la baxeza mia
à donde ſu pequeña parte alcanza:
tendrè por feliciſsimo eſte dia,
pues en èl toma fuerzas mi eſperanza
de vèr mis Aduares mejorados,
viendo à ſus robadores caſtigados.
Cien canaſtos de pan blanco apurado,
con treinta orzas de miel, aun no tocada,
y del menudo, y mas gordo ganado
caſi os ofrezco entera una manada:
dulce lebeni, en zaques encerrado,
agrio yagurt, y todo aqueſto es nada,
ſi mi deſeo no tomais en cuenta,
que en ſu virtud la dadiva ſe aumenta.
Cuc. Admitimos tu oferta, y prometemos
de vengarte de aquel que te ha ofendido,
que en fé de haverte viſto, bien podemos
moſtrar el corazon algo atrevido.
Alab. Arlaxa, queda en paz, porque tenemos
el tiempo limitado, y encogido.
Arl. Vivais alegres ſiglos, y infinitos,
Reyes del Cuco, y Alabez invitos.

Vanſe los Reyes.

Vuelve à ſeguir tu comenzada hiſtoria,
Chriſtiana, ſin que dexes coſa alguna,
que puedas reducir à la memoria
de tu adverſa, ò tu proſpera fortuna.
Marg. Paſſadas penas en preſente gloria,
el contarlas la lengua no repugna;
mas ſi el mal eſtà en ſer, que ſe padece,
al contarle la lengua ſe emmudece.

Quedè, ſi mal no me acuerdo,
en una mala reſpueſta,
que diò mi bizarro hermano
à un Cavallero de prendas,
el qual por ſatisfacerſe,
muy mal herido le dexa.

Aun

Ausentóse, y fuese à Italia,
segun despues tuve nuevas.
Tardò mi hermano en sanar
mucho tiempo, y no se acuerda
en mucho mas de su hermana,
como si ya muerta fuera.
Vì que volaban los tiempos,
y que encerraban las rejas
el cuerpo, mas no el deseo,
q̃ es libre, y muy mal se encierra.
Vì que mi hermano aspiraba,
codicioso de mi hacienda,
à dexarme entre paredes,
medio viva, y medio muerta.
Quise casarme yo misma;
mas no supe en què manera,
ni con quien, que pocos años
en pocos casos aciertan.
Dexóme un viejo mi padre,
hidalgo, y de intencion buena,
con el qual me aconsejasse
en mis burlas, y en mis veras.
Comuniquéle mi intento:
respondióme, que èl quisiera,
que el Cavallero que tuvo
con mi hermano la pendencia,
fuera aquel que me alcanzára
por su legitima prenda,
porque eran tales las suyas,
que por extremo se cuentan.
Pintómele tan galan,
tan gallardo en paz, y en guerra,
que en relacion vì a un Adonis,
y à otro Marte vì en la tierra.
Dixo, que su discrecion
igualaba con sus fuerzas,
puesto que valiente, y sabio
pocas veces se conciertan.
Estaba yo à sus loores
tan descuidada, y atenta,
que tomò el pincèl la fama,
y en el alma las assienta:
y amor, que por los oìdos
pocas veces dicen que entra,
se entrò entonces hasta el alma
con blanda, y honrada fuerza:
y fue de tanta eficacia
la relacion verdadera,
que adorè lo que los ojos
no vieron, ni vèr esperan:
....
que rendida à la inclemencia
de un antojo honrado, y simple,
mudè trage, y mudè tierra.
A mi sabio consejero
fuerzo à que conmigo venga,
que ánimo determinado
de imposibles no hace cuenta.
Arl. No te suspendas, prosigue
tu bien comenzado cuento,
que ninguna cosa siento
en èl, que à gusto no obligue,
y aun à pesar. *Fer.* Y es de modo,
segun que voy discurriendo,
que al alma và suspendiendo
con la parte, y con el todo.
Marg. Enamorada de oìdas
del Cavallero que dixe,
me salì del Monesterio,
y en trage de hombre vestíme.
Dexè el hermano, y la patria,
y entre alegre, y entre triste,
con mi consejero anciano
à la bella Italia vine.
De la mitad de mi alma,
para que yo mas le estíme,
su-

ſupe alli, que en eſtacada
venciò à tres, y quedò libre;
y que la parlera fama,
que mas de lo que oye dice,
le truxo à encerrar à Oràn,
que eſpera el cerco terrible.
En alas de mi deſeo
deſde Napoles partíme:
lleguè à Oràn, facilitando
qualquier dudoſo impoſsible;
y apenas pisè ſu arena,
quando albororada fuíme
à ſaber, ſin preguntallo,
de quien me tiene tan triſte.
De èl ſupe, y pluguiera al Cielo,
que conſuela à los que aflige,
que nunca yo lo ſupiera.

Fer. Dì preſto lo que ſupiſte.

Mar. Supe, que à volverſe Moro
(coſa à penſarla impoſsible)
dexò los muros de Oràn,
y que en vueſtra ſecta vive:
yo, por no vivir muriendo
entre ſoſpechas tan triſtes,
à trueco de ſer cautiva
todo el hecho ſaber quiſe;
y aſsi arrojada, y anſioſa,
entre los Chriſtianos vine,
de quien fue Nacor la guia,
que los truxo à lo que viſtes.
Ya me quedè, y ſoy cautiva,
y ya os pregunto ſi viſtes
à eſte Chriſtiano que buſco,
ò à eſte Moro que acogiſtes?
Llamabaſe Don Fernando
de Saavedra, de inſignes
coſtumbres, y claro nombre,
como ſu fama lo dice.
Por èl, y por mi reſcate,
ſi de èl ſabeis, ſe apercibe
mi lengua à ofreceros tanto,
que paſſe de lo poſsible.
Eſta es mi hiſtoria, ſeñores,
nunca alegre, ſiempre triſte:
ſi os he canſado en contalla,
lo que me mandaſtes hice.

Arl. Chriſtiana, de tu dolor
caſi ſiento la mitad,
que tal vez curioſidad
fatiga como el amor:
y al que te enciende en la llama
de amor con tantos extremos,
como tù, le conocemos
ſolamente por la fama.

Ali. Debaxo de qual eſtrella
eſſe Chriſtiano ha nacido,
que aun de quien no es conocido
los deſeos atropella?
Eſſe amigo por quien lloras,
y en quien pones tus theſoros,
las vidas quita à los Moros,
y las almas à las Moras.

Fer. Que no es Moro eſtà en razon,
que no muda un bien nacido,
por mas que ſe vea ofendido,
por otra ſu Religion.
Puede ſer, que à eſſe Eſpañol,
que agora tanto ſe encubre,
alguna cauſa le encubre,
como alguna nube al Sol.
Mas dime, quién te aſſegura,
que deſpues de haverle viſto,
quede en tu pecho bien quiſto,
q̃ engendra amor la hermoſura?
Y ſi èl carece de ella,
como imagino, y aun creo,

fal-

faltando cauſa, el deſeo
faltarà, faltando en ella:
Mar. La fama de ſu cordura,
y valor, es la que ha hecho
la herida dentro del pecho,
no del roſtro la hermoſura,
que eſſa es prenda, que la quita
el tiempo breve, y ligero:
flor, que ſe mueſtra en Enero,
que à la ſombra ſe marchita.
Anſi, que aunque en èl hallaſſe,
no el roſtro, y la lozanìa,
que pintè en mi fantasìa,
no hay penſar que no le amaſſe.
Fer. Con eſſa ſeguridad
preſto me ofrezco moſtrarte
al que puede aſſegurarte
el guſto, y la libertad.
Muda eſſe trage indecente,
que en parte tu sèr deſdora,
y viſtete en el de Mora,
que la ocaſion lo conſiente;
y con Arlaxa, y Muzel
los muros de Oràn verèmos,
donde ſin duda hallarèmos
tu piadoſo, ò tu cruel:
que no es poſsible dexar
de hallarſe en aqueſta guerra,
ſi no le ha hundido la tierra,
ò le ha ſorbido la mar.
Alimuzel, no te tardes,
vèn, y mira que es razon,
que en ſemejante ocaſion
no es bien parecer cobarde.
Ali. Haz cuenta, que à punto eſtoy.
Arl. A mì nada me detiene.
Mar. Ya veis ſi à mì me conviene
ſeguiros.
Fer. Pues paſſe oy;
y mañana, quando dàn
las aves el alborada,
démos à nueſtra jornada
principio, y al fin de Oràn.
Queda aſsi?
Ali. No hay que dudar.
Arl. Cómo te llamas, ſeñora?
Mar. Margarita, mar do mora
guſtos que me han de amargar.
Arl. Vèn, que el amor favorece
ſiempre à honeſtos penſamiẽtos.
Fer. Què atropellados contentos
la ventura aqui me ofrece!

Entranſe todos.

Sale Buytrago ſolo à la muralla.

Arma, arma, ſeñor, con toda prieſſa,
porque en el charco azul columbro, y veo
pintados leños de una armada grueſſa,
hacer un medio circulo, y rodeo:
el viento el remo impele, el lienzo ateſa:
el mar tranquilo ayuda à ſu deſeo:
arma, pues, que en un vuelo ſe avecina,
y viene à tomar tierra à la marina.

A la muralla el Conde, y Guzmàn:

Cond. Turcos cubren el mar, Moros la tierra:
Don Fernando de Carcamo al momento
à San Miguèl defienda, y à la guerra
se dè principio con furor sangriento.
Mi hermano, que en Almarza ya se en cierra;
mostrarà de quien es el bravo intento,
que este perro (que nunca otra vez ladre)
es el que en Mostagàn mordiò à su padre.
Guzm. Mal puedes defenderle la ribera.
Cond. No hay para què, si todo el campo cubre
del Cuco, y Alabez la gente fiera,
tanta, que hace orizonte lo que encubre:
y los que vàn poblando la ladera
de aquel cerro empinado, que descubre;
y mira essento nuestros prados secos,
son los Moros de Fèz, y de Marruecos.
Coronen las murallas los soldados,
y reiterese el arma en toda parte:
estèn los Artilleros alistados,
y usen certeros de su industria, y arte.
Los à cosas diversas diputados,
acudan à su oficio, y dése à Marte
el que à Venus se daba; y haga cosas,
que sean increibles de espantosas.

Entrense de la muralla el Conde, y Guzmàn;

Buyt. Animas, si quereis que al exercicio
vuelva de mis plegarias, y Rosario,
pedid, que me haga el Cielo beneficio,
que siquiera no falte el ordinario:
que aunque de Marte el trabajoso oficio
en mi estomago pide extraordinario,
con diez hogazas que me embie, sienta;
que à seis bravos soldados alimenta.

En-

Entranse, y suenan chirimias, y caxas: entra Azan Baxà, y Vayran, con el Rey del Cuco, y el Alabez.

Vayr. Don Francisco, el hermano del valiente
Don Juan, que naufragò en la Herradura,
apercibe gran numero de gente,
y socorrer à esta Ciudad procura.
Don Alvaro Bazàn, otro excelente
Cavallero, famoso, y de ventura,
tiene quatro Galeras à su cargo,
y este ha de ser de tu designio embargo.
Azan. Su arena piso ya, de Oràn colijo,
no aquella lozanìa que dixiste,
solo por tocar arma ya me afixo,
y vèr quien serà àquel que me resiste.
Alab. Quien al padre venciò, vencerà al hijo:
no hay que esperar, ò grande Azan, enviste,
que el tiempo que te tardas, esse quitas
à tus vitorias raras, è infinitas.

Entren à esta sazon Arlaxa, y Margarita en habito de Moro, Don Fernando como Moro, y Alimuzel.

Cuc. Tienes presente, ò Rey Azan, la gloria
de la Africa, y la flor de Berberìa,
un Angel es, que anuncia tu vitoria,
que el Cielo, donde èl vive, te le embia.
Az. Tendrè yo para siempre en la memoria
esta merced, ò gran señora mia,
bella, y sin par Arlaxa, en quanto el Cielo
pudo de bien comunicar al suelo.
Què buscas entre el aspero ruido
del cóncabo metal, que el ayre hiriendo,
no ha de llevar à tu sabroso oìdo
de Apolo el sòn, mas el de Marte horrendo?

Arl. El tantaran del atabal herido,
el bullicio de guerra, y el estruendo
de gruessa, y disparada artilleria,
es para mì suave melodìa:
quanto mas que yo vengo à ser testigo
de tus raras hazañas, y excelentes,
y à servirte estos dos truxe conmigo,
que quanto son gallardos, son valientes.
Az. De agradecer tanta merced me obligo
quando corran los tiempos diferentes
de aquestos, porque el fruto de la guerra,
en la paz felicissima se encierra.

Entra Roama, Moro, con un Christiano galan, atadas las manos.

Roam. El Vergantin, que de la vez se llama
cautivaron anoche tus Fragatas,
y este, que es un Don Juan de Valderrama,
venia en èl.
Az. Por què no le desatas?

Como entra el cautivo, se cubre Margarita el rostro con un velo.

Alab. Cómo sabes su nombre tù, Roama?
Roa. El me lo ha dicho assi.
Az. Pues mal le tratas:
si es Cavallero, sueltale las manos.
Juan. Què es lo que veo, Cielos soberanos:

Mira à Don Fernando.

Az. De què tierra eres, Christiano?
Juan. De Xerèz de la Frontera.
Az. Eres hidalgo, ò villano?
Alab. Vestir de aquella manera
los villanos, no es muy llano.
Juan. Cavallero soy.
Az. Y rico?
Juan. Esso no, pues que me aplico
à ser soldado, señal
que de bienes me và mal,

y esto os juro, y certifico.
Alab. De Christianos juramentos
está preñada la tierra,
lleno el mar, densos los vientos.
Az. Y venias?
Juan. A la guerra.
Az. Honrados son tus intentos.
Mar. Este es mi hermano, señora.
Arl. Dissimula como Mora,
y cubrete el rostro mas.
Cuc. Buena guerra agora haràs.
Juan. Y como la hago agora.
Az. Què nuevas hay en España?
Juan. No mas de la de esta guerra,
y que ya estàs en campaña.
Az. Diràn, que mi intento yerra
en emprender tal hazaña.
El socorro aprestaràn,
el mundo amenazaràn,
y estandole amenazando,
llegaràn à tiempo quando
yo estè en sossiego en Oràn.
Presentote este Christiano,
Arlaxa, como en indicio
de lo que en servirte gano;
y acepta el primer servicio,
que recibes de mi mano:
que otros pienso de hacerte,
con que mejores la suerte
de tu Aduar saqueado.
Arl. Tenga el grande Alà cuidado,
grande Azan, de engrandecerte.
Az. Vamos, que Marte nos llama
à exercitar el rigor,
que enciende tu ardiente llama.
Arl. Mahoma te dè favor,
que aumente tu buena fama: [ta
vèn, Christiano, y darme has cuẽ-
de quien eres.

Entranse todos, excepto Don Juan, y Don Fernando.

Juan. No consienta *ap.*
el Cielo, que este sea aquel,
que enamorado, y cruel
pudo hacerme honrada afrenta.
Fer. Escucha, Christiano, espera.
Juan. Ya espero, ya escucho, y veo
lo que nunca vèr quisiera, *ap.*
si me pinta aqui el deseo
esta vision verdadera.
Fer. Què murmuras entre dientes?
Juan. Què me quieres?
Fer. Que me cuentes
quien eres.
Juan. Pues què te importa?
Fer. Hacer tu desgracia corta.
Jua. Podrà ser que me la aumentes.
Muestran que no es opinion
los sobresaltos que passo; *ap.*
mas cosa puesta en razon,
que sin duda hace caso
tal vez la imaginacion;
pues pienso que estoy mirando
el rostro de Don Fernando,
su habla, su talle, y brio;
pero que esto es desvarìo
su trage me và mostrando.
Fer. Todo ha de ser murmurar,
Christiano?
Juan. Perdona, Moro,
que no me dexan guardar
el cortesano decoro
las ansias de mi pesar;
y mas que tù me enmudeces,

porque tanto te pareces
à un Christiano, que me admiro,
que le veo si te miro,
y el mismo en tì mismo ofreces.

Fer. En Oràn hay un Christiano,
que dicen que me parece,
como esta mano à esta mano:
y que si acaso se ofrece
vestir habito Africano,
ningun Moro hay que le vea,
que no diga, que yo sea,
y juzgue con evidencia,
que solo nos diferencia
su vestido, y mi librèa.
No le he visto, y voy trazando
verle, que verle deseo,
ya en paz, ò ya peleando.

Juan. Cómo se llama?

Fer. Yo creo,
que se llama Don Fernando,
y tiene por sobrenombre
Saavedra.

Juan. Esse es el hombre,
por quien con mil males lucho.

Fer. De essa manera, no es mucho,
que mi presencia te assombre.

Entra Roama el Moro.

Roa. Arlaxa, y Fatima estàn
esperandote, cautivo.

Fer. Vè en paz, que rendido Oràn,
si el otro yo queda vivo,
tendrà remedio tu afán.

Juan. Estímo tu buen deseo;
mas con todo aquesto creo;
pero no, no creo nada,
què es cosa desvariada
dàr credito à lò què veo.

Entranse Don Juan, y Roama.

Fer. Entre sospechas, y antojos,
y en gran confusion metido,
và Don Juan lleno de enojos,
pues le estorva este vestido
no dàr credito à sus ojos.
No se puede persuadir,
que yo pudiesse venir
à ser Moro, y renegar,
y assi se dexa llevar
de lo que quise fingir.
Su confession està llana,
y mas lo estarà, si mira,
y si conoce à su hermana,
que entonces no havrà mentira,
que no se tenga por vana.
Pregunto, en què ha de parar
este mi dissimular,
y este vestirme de Moro?
en que guardarè el decoro
con que mas me pueda honrar.

Entrase.

Tocase arma, salen à la muralla el Conde, y Guzmàn, y al theatro Azan, el Cuco, y Alabez.

Cond. Veinte assaltos creo que son
los que han dado à San Miguèl,
y este, segun es cruel,
me muestra su perdicion.
No podrà mas Don Fernando
de Carcamo.

Guz. No sin duda;
mas si no se le dà ayuda,

su fin le està amenazando.
Fuerza que no se socorre,
haz cuenta que està rendida.
Az. San Miguèl và de vencida,
que gran Morisma allà corre.

Suena mucha vocerìa de li, li, li, y atambores: sale Roama.

Roa. San Miguèl se ha entrado ya,
y sobre el muro Español
son tus medias lunas sol,
el mas bello que hizo Alà.
Fueronse à Mazalquivir
algunos que se escaparon.
Az. Algun tanto dilataron
essos perros el vivir.
Alab. De esta huìda no se arguye
el refràn, que el vulgo trata,
que es hacer puente de plata
al enemigo que huye.
Cuc. Oy de aquel gran capilludo
las memorias quedaràn
enterradas con Oràn,
pues tù puedes mas que èl pudo.
Az. Valeroso Don Martin,
que te precias de otro Marte,
espera, que voy à darte
à tu usanza un San Martin.

Entranse todos, salen Arlaxa, y Margarita cubierto el rostro con un velo, y Don Juan como cautivo.

Juan. Ayer me entrò por la vista
cruda rabia à los sentidos,
y oy me entra por los oìdos
sin haver quien la resista.
Ayer la suerte inhumana,
à quien mil veces maldigo,
me hizo vèr mi enemigo,
y oy me hace oìr mi hermana.
Quitate el velo, señora,
y sacarme has de una duda,
por quien tiēbla el alma, y suda.
Mar. Otra vez: no puedo agora.
Juan. Ay Dios! que la voz es esta
de mi buscada enemiga.
Mar. Si el oìrme te fatiga,
jamàs te darè respuesta.
Juan. No me tengas mas suspenso;
descubrete, que me dàs,
mientras que cubierta estàs,
un dolor, que llega à inmenso.
Arl. Fatima, por vida mia,
que te descubras, verèmos,
por què hace estos extremos
este Christiano.
Marg. Sì haria,
si no me importasse mucho
encubrirme de esta suerte.
Jua. Los ecos son de mi muerte,
los que en esta voz escucho.
Ar. Descubrete, no te assombres,
que has de saber, si lo ignoras,
que nunca para las Moras
los Christianos fueron hombres:
Ya no es nadie el que es esclavo;
no tienes que recelarte.
Mar. Yo darè, por contentarte,
con mis designios al cabo.
Ar. Que te conozca no importa;
quanto mas, que has de negallo;
Mar. Dudosa en todo me hallo.
Ar. Tèn animo, no seas corta.

Mar. Deſcubrome: veſme aqui,
Chriſtiano, mirame bien.
Jua. O el miſmo roſtro de quien
aqui me tiene ſin mì!
O hembra la mas liviana,
que el Sol ha viſto jamàs!
O hermana de Satanàs,
primero que no mi hermana!
Por exemplos mas de dos
he viſto pueſto en efeto,
que en perdiendoſe el reſpeto
al mundo, ſe pierde à Dios.
Ar. Què dices, perro?
Juan. Que es eſta
mi hermana.
Ar. Fatima?
Juan. Sì.
Ar. En mi vida vì, ni oì
tan linda, y glacioſa fieſta.
Tuya mi hermana? eſtàs loco?
Mirala bien.
Juan. Ya la miro.
Ar. Què dices, pues?
Juan. Que me admiro,
y en el juicio me apoco.
Por dicha hace Mahoma
milagros?
Ar. Mil à montones.
Jua. Y hace transformaciones?
Ar. Quando voluntad le toma.
Juan. Y ſuele mudar tal vez
en Mora alguna Chriſtiana?
Arl. Sì.
Jua. Pues aqueſta es mi hermana,
y la tuya eſtà en Xerèz.
Arl. Roama, Roama, vèn.

Entra Roama.

Roa. Señora, què es lo que mandas?
Arl. Que pongas las carnes blandas
à eſte perro.
Roa. Eſtà bien.

Vuelveſe.

Arl. Con un corvacho procura
ſacarle de la intencion
una cierta diſcrecion,
que dà indicios de locura.
Mar. De qualquiera maleficio,
Arlaxa, que al hombre culpa,
le viene à ſobrar diſculpa
en la falta del juicio.
No le càſtigues anſi
por coſa que es tan liviana.
Ju. Juro à Dios, q̃ eres mi hermana,
ò el diablo eſtà hablando en tì.

Suena dentro aſſalto.

Arl. No oyes, Fatima, que dàn
aſſalto à Mazalquivir,
que haſta aqui ſe hace ſentir
en el conflicto en que eſtàn?
Dexa à eſſe perro, y acude,
por ſi lo podrèmos vèr.

Entranſe Arlaxa, y Margarita.

Mar. Siempre te he de obedecer.
Jua. Y quieren, que de eſto dude?
Por ſer grande la diſtancia,
q̃ hay de mi hermana à ſer Mora,
imagino, que en mì mora
gran cantidad de ignorancia.
Eſtraño es el devanèo

con quien vengo à contender,
pues no me dexa creer
lo que con los ojos veo.

Entrase, salen à la muralla Don Martin, el Capitan Guzmàn, y Buytrago, con una mochila à las espaldas, y una bota de vino, comiendo un pedazo de pan.

Mart. Gente sobervia, y cruel,
à quien ayuda la suerte,
no penseis que es este el Fuerte
tan flaco de San Miguèl.
Bravo Guzmàn, gran Buytrago,
oy ha de ser vuestro dia.
Buyt. Dexeme V. Señorìa, *bebe.*
que me esfuerce con un trago.
Echenme de estos alanos
agora de dos en dos,
porque yo les juro à Dios,
que han de vèr si tengo manos.

Salen al theatro Azan, el Cuco, el Alabez, Don Fernando, y otros Moros con escalas.

Az. Al envestir no se tarde,
porque quiero estàr presente,
para honrar al que es valiente,
y dàr infamia al cobarde.
Muzel, una escala toma,
y muestranos que te dàn,
como à Meliones galan,
manos las del gran Mahoma.
Ea, al envestir amigos:
amigos, al envestir,
que oy serà Mazalquivir
sepultura de enemigos.

Envisten, anda la grita, lleva Muzel una escala, sube por ella, y otro Moro por otra, deciende al Moro Buytrago, y Don Fernando ase à Muzel, y derribale: pelea con otros, y matalos, todos han de caer dentro del vestuario: desde un cabo mira Azan, el Cucò, y el Alabez lo que passa.

Fer. Ya no es tiempo de aguardar
à designios prevenidos,
viendo, que estàn oprimidos
los que yo debo ayudar.
Baxa Muzel. *Muz.* Por ventura,
quieresme quitar la gloria
de esta ganada vitoria?
Fer. Aun mas mi intento procura.
Ali. Que me derribas, espera.
que ya baxo à castigarte.
Fer. Aunque baxasse el Dios Marte
aca de su quinta esfera,
no le estimarè en un higo.
O cómo que trepa el galgo!

Derriba al otro que sube.

Ali. Poco puedo, y poco valgo
con este amigo enemigo.
Por què contra mì, Lozano,
esgrimes el fuerte azero?

Riñen los dos.

Fe. Porque soy Christiano, y quiero

mostrarte que soy Christiano.
Mart. Disparen la artilleria:
aqui Buytrago, y Guzmàn:
Robledo, venga alquitràn:
arrojad essa alcancìa
alli, que se sube aquel.
Fer. Donde yo estoy, este muro
estarà siempre seguro,
y aunque le pese à Muzel,
este perro vendrà al suelo.

Derriba à otro.

Az. Quièn es aquel que derriba
à quantos suben arriba?
Cuc. Que es Renegado rezelo;
pero yo lo verè presto,
y le harè que se arrepienta.
Az. A un Rey no toca esta afrenta.

Vase el del Cuco contra Don Fernando.

Cuc. Mahoma se sirve en esto.
Guz. Buytrago, el que nos defiende
es sin duda Don Fernando.
Buyt. Aquesso estaba pensando,
porque à los Moros ofende.
Cuc. Renegado perro, aguarda.
Fer. Rey del Cuco perro, aguardo.
Cuc. Cómo en tu muerte me tardo?
Fer. Pues la tuya ya se tarda.
Alimuzel, de esta vàs;
y tù, Rey, iràs de aquesta:
concluyóse ya esta fiesta.
Cuc. Muy mal herido me has.
Al. Muerto me has, Moro fingido,
y Christiano mal Christiano.

Caen dentro del vestuario.

Fer. Tengo pesada la mano,
y alborotado el sentido.
Dios sabe si à mì me pesa:
gran Don Martin valeroso,
haz que deciendan al foso,
y recojan esta presa.
Guz. Don Fernando, señor, es,
que viene à hacer recompensa
de la cometida ofensa:
diez ha herido, y muerto à tres:
y el Rey del Cuco es aquel,
que yaze casi difunto.
Mar. Pues socorramosle al punto.
Guz. Y el otro es Alimuzel.
Mar. Vayan por la Casamata
al foso, y retirenlos.
Buy. Vamos por ellos los dos.

Quitanse del muro Guzmàn, y Buytrago.

Az. Ya no es la empressa barata,
pues me cuesta un Rey, y tantos,
q̃ en veinte assaltos han muerto.
Alboroto, y en el Puerto,
què podrà ser, Cielos Santos?

Suena todo.

Campanas en la Ciudad
suenan, señal de alegrias,
y tocan las chirimias:
aquesta es gran novedad.
Vamos à vèr lo que es esto,
y toquen à recoger.
Alab. No sè lo que pueda ser.

Az. Pues yo lo sabrè bien presto.
Entranse.

Salen Buytrago, y Guzmàn.

Guz. Al retirar, Don Fernando,
que en gran peligro estàs puesto.
Fer. No lo pienso hacer tan presto.
Buyt. Pues quando?
Fer. Menos sè quando.
Yo que escalè estas murallas,
aunque no para huir de ellas,
he de morir al pie de ellas,
y con la vida amparallas.
Conozco lo que me culpa;
y aunq̃ à la muerte me entregue,
harè la disculpa llegue
à donde llegò la culpa.
Buy. Yo sè muy poco, y diria,
(y està muy puesto en razon)
que la desesperacion
no puede ser valentia.
Guz. Menos riesgo està en ponerte
del Conde à la voluntad,
que hacer la temeridad,
donde està cierto el perderte.
Procurate retirar,
pues es cosa conocida,
que al mal de perder la vida,
no hay mal que pueda llegar.
En efecto has de ir por fuerza,
si ya no quieres de grado.
Fer. De vuestra fuerza me agrado,
pues mas obliga, que fuerza.
Retirad aquessos dos
del fosso, que es gente ilustre.
Buyt. Locura fuera de lustre
el quedarte, juro à Dios.
Entranse todos.

Salen Azan, Arlaxa, Margarita, Don Juan, Roama, que trae preso à Vozmediano.

Roa. Este, passando de Oràn
à Mazalquivir, fue preso.
Az. Este nos dirà el sucesso,
y por què alegres estàn.
Voz. Porque les entrò un socorro;
que por èl, ò gran señor,
à la hambre, y al temor
han dado carta de horro:
Un Don Alvaro Bazàn,
terror de Naciones fieras,
à pesar de tus Galeras
ha dado socorro à Oràn.
En la cantidad es poco,
y en el valor sobre humano.
Jua. Si aqueste no es Vozmediano,
concluyo con que estoy loco.
Voz. Suerte ayrada, por quien vivo
en pena casi infinita,
aquella, no es Margarita?
y su hermano aquel cautivo?
Az. Hay nuevas de otro socorro,
Christiano?
Voz. Dicen que sì.
Jua. De haver dudado hasta aquì
ya me averguenzo, y me corro:
No os llamais vos Vozmediano?
Voz. No señor.
Jua. Què me decìs?
Voz. Que no.
Jua. Por Dios que mentìs.
Voz. Estoy preso, y soy Christiano;
y assi no os respondo nada.

Jua. Aquella, no es Margarita?
viejo ruin.
Voz. Es infinita
vueſtra necedad penſada.
Pedro Alvarez es mi nombre,
ved ſi os haveis engañado.
Jua. El ſeſſo tengo turbado:
no hay coſa, q̃ no me aſſombre:
que ſi eſte no es Vozmediano,
y no es Margarita aquella,
y el que causò mi querella
no es el otro mal Chriſtiano,
tampoco ſoy yo Don Juan,
ſino algun hombre encantado.

Entra un Moro.

Moro. Cómo eſtàs tan ſoſſegado,
valeroſo, y fuerte Azan?
Si tardas un momento, no havrà Fuſta,
Galera, ni Baxèl de quantos tienes
en eſte mar, que no ſea miſerable
preſa del Eſpañol, que à remo, y vela
viene à enveſtirte, Rey Azàn, què aguardas?
Az. Todo Moro ſe ſalve, que los Turcos
ſolos ſe han de embarcar: à Dios amigos. *Vaſe.*
Arl. Fatima, no me dexes, vèn conmigo,
que tiempo havrà donde à tu guſto acudas.
Mar. No te puedo faltar: guia, ſeñora.

Entranſe las dos.

Jua. Solos quedamos, hombre, y ſolo quiero,
que me digas quien eres, que yo pienſo,
que eres un Vozmediano de mi tierra.
Voz. No es eſte tiempo para tantas largas:
la libertad tenemos en las manos,
dexalla de cobrar ſerà locura:
Pedro Alvarez me llamo por agora.
Entraſe.
Jua. Cómo podrè dexarte, hermana, ò Mora?

Entraſe: ſalen à la muralla Don Martin, Guzmàn, Don Fernando, y Buytrago.

Mart. O! que ſe embarca el perro, y que ſe eſcapa,
dobla la punta, General invicto,

y envistele.

Guz. Por mas que lo procura,
no es possibile alcanzarle.

Fer. A orza, à orza,
con la vela hasta el tope: ò! que se escapa:
de Canastel el Cabo dobla, y vase.

Mart. Los perros de la tierra en remolinos,
confusos con el miedo à las espaldas,
huyen, y dexan la campaña libre.

Buyt. Toda la artilleria se han dexado.

Guz. Las proas endereza nuestra Armada
al Puerto, y yà de Oràn el Conde insigne
ha salido tambien.

Mart. A la marina,
que el bravo Don Francisco de Mendoza
no tardarà en llegar.

Entrase Don Martin, y Buytrago.

Fer. Amigo, escucha:
No vès aquel monton, que và huyendo
de Moros por la falda del ribazo?

Guz. Muy bien: por què lo dices?

Fer. Alli creo,
que và de esta alma la mitad.

Guz. Và Arlaxa?

Fer. Arlaxa và.

Guz. Mahoma la acompañe.

Fer. Vèn, que con ella và la que me lleva
el alma, y me conviene detenellas:
sigueme, que has de hacer por mì otras cosas,
que me importan la honra.

Guz. Yo te sigo,
que hasta las aras he de serte amigo.

Entranse: sale, como que se desembarca, Don Francisco de Mendoza: recibenle el Conde, y Don Martin, Buytrago, y otros.

Cond.

Cond. Sea V. Señorìa bien venido,
quanto ha ſido el deſeo,
que de verle eſtas fuerzas han tenido.
Franc. El Cielo, à lo que creo,
en mi mucha tardanza ha ſido parte,
porque vieſſe eſta tierra mas de un Marte;
que de aqueſtas murallas las ruinas
mueſtran, que aqui huvo brazos
de fuerzas, que llegaron à divinas.
Buyt. Rompen por embarazos
impoſsibles los hartos, y valientes,
y eſto ſaben mis brazos, y mis dientes.
Mart. Paſſo, Buytrago.
Buyt. Yo, ſeñor, bien puedo
hablar, pues ſoy ſoldado
tal, que à la hambre ſola tengo miedo:
ya el cerco es acabado.
Mart. No es para aqui, Buytrago, aqueſſo, paſſo.
Buyt. Nadie ſabe la hambre que yo paſſo.
Cond. Cinquenta y ſiete aſſaltos reforzados
dieron los Turcos fieros
à eſtos terrones, por el ſuelo echados.
Buyt. Cinquenta y ſiete azeros
tajantes reſpondieron à ſus brios,
todos en peſo de eſtos brazos mios.
Cortè, y tajè mas de una Turca eſtambre.
Cond. Buytrago, baſta agora.
Buyt. Baſtàra, à no morirme yo de hambre.
Fran. En vueſtro pecho mora,
famoſo Don Martin, la valentia.
Buyt. Y en el mio la hambre, y ſed ſe cria.

Entra el Capitan Guzmàn, y lee un villete à Don Franciſco; y en leyendole, dice.

Franc. Haráſe lo que pide Don Fernando,
que todo lo merece
lo que de èl và la fama publicando.

co-

coyuntura se ofrece,
donde alegre, y seguro venir puede.
Guz. Tu gran valor, al que es mayor excede.

Entrase Guzmàn.

Fran. Pido en albricias de este buen sucesso,
señor Conde, una cosa,
que por algo atrevida la confiesso,
mas no dificultosa.
Cond. Què me puede mandar V. Señorìa,
que no haga, por deuda, ò cortesìa?
Fran. De Don Fernando Saavedra pido
perdon, porque su culpa
con su fogoso corazon la mido,
y èl darà su disculpa.
Cond. Muy mal la podrà dàr; pero con todo,
señor, à vuestro gusto me acomodo.

Entran Don Fernando, y Alimuzel, con una vanda, como que està herido: Arlaxa, Margarita, Don Juan, y Vozmediano.

Fer. Si confessar el delito,
con claro arrepentimiento,
mitiga en parte la ira
del Juez que es sabio, y recto:
yo arrepentido, aunque tarde,
el mal que hice confiesso,
sin dàr mas disculpa de èl,
que un honrado pensamiento.
A la voz del desafio
de este Moro corrì ciego,
sin echar de vèr los vandos,
que al mas bravo ponen freno;
pero no es este lugar
para alargarme en el cuento
de mi estraña, y rara historia,
que dexo para ótro tiempo.
Con. Agradecedlo al padrino
que haveis tenido, que creo,
que alli llegára la pena,
do llegò el delito vuestro.
Pero què Moras son estas,
y què cautivos? què es esto?
Fer. Todo lo sabràs despues,
y por agora te ruego,
que me dès, señor, licencia
para hablar solo un momento,
y acomodar muchas causas,
de quien veràs los efectos.
Con. Hablad lo que os diere gusto,
que del vuestro le tendrèmos,

que

que siempre vuestras palabras
responden à vuestros hechos.
Fer. Yo soy, Arlaxa, el Christiano;
y entiende que ya no miento,
Don Fernando el de la fama,
que te enamorò el deseo.
La palabra que le diste
à Alimuzel, tenga efecto,
que èl harà entrego de mì,
pues yo en sus manos me ẽtrego:
y vos, Don Juan valeroso,
cuyo honrado, y noble intento
os truxo à tal confusion,
que os turbò el conocimiento,
perdonad à vuestra hermana,
que el romper del Monesterio
redundarà en su alabanza,
señor, si vos gustais de ello.
Sin dote serà mi esposa,
que nunca falta el dinero
donde los gustos se miden,
y se estrechan los deseos.
En esta Mora en el trage
à vuestra hermana os ofrezco,
y à mi esposa, si ella quiere.
Mar. Yo sì quiero.
Fer. Yo sì quiero.
Jua No es aqueste Vozmediano?
Voz. El mismo.
Jua. Gracias al Cielo,
que tras de tantos nublados,
claro el Sol, y alegre veo.
No es este famoso dia
de venganzas, y no tengo
corazon à quien no ablande
tal sumission, y tal ruego.
Yo perdono à Margarita,
y por esposa os la entrego,
Alexandro de mi hacienda,
pues la mitad os ofrezco.
Arl. Y yo la mano à Muzel,
que aunque Mora, valor tengo
para cumplir mi palabra,
quanto mas que lo deseo.
Con. Tan alegre de estas cosas
estoy, quanto estoy suspenso,
porque de ellas veo el fin,
y no imagíno el comienzo.
Fer. Ya no te he dicho, señor,
que te lo dirè à su tiempo?

Entra uno.

Uno. En este punto espirò
el buen Alferez Robledo.
Guz. Dios le perdone, y mil gracias
doy al piadoso Cielo,
que me quitò de los hombros
tan pesado sobrehuesso.
Quien quiere tener la vida
rendida à qualquier encuentro,
y no tener gusto en ella,
ni velando, ni durmiendo,
afrente à algun bien nacido,
y verà presente luego
el rostro que el temor tiene,
las sospechas, y el recelo.
Buyt. Quien quisiere se le quite
todo temor, todo miedo,
tenga hambre, y verà como
cessa todo en no comiendo.
Mart. Yo añadirè las raciones,
Buytrago.
Buyt. Hagate el Cielo
vencedor nunca vencido,
por casi siglos eternos.

Con-

Con. Entremos en la Ciudad,
señor Don Francisco.
Fran. Entremos,
porque à la vuelta me llaman
estos favorables vientos:
y quiero de este principio
entender estos sucessos,
porque en ser de Don Fernando
gustarè de que sean buenos.
Buy. Toquense las chirimias,
y seràn, si bien comemos,
dulces, y alegres las fiestas.
Guz. Y si no?
Buy. Renegarémos.
Uno. Buytrago, daca el alma.
Buy. Hijo de puta, tenemos
mas almas que dàr? bellaco.
Uno. Daca el alma.
Buy. Por San Pedro,
que si os asgo, hi de poltron,
que haveis de saber si tengo
alma que daros.
Guz. Buytrago,
no haya mas, q̃ llega el tiempo
de dàr fin à esta Comedia,
cuyo principal intento
ha sido mezclar verdades
con fabulosos intentos.

Fin de esta Comedia.



COME-



COMEDIA FAMOSA DE LA CASA DE LOS ZELOS, Y SELVAS DE ARDENIA.

Los que hablan en ella son:

Reynaldos.
Malgesi.
Roldan.
Galalon.
Emperador Carlo Magno.
Angelica.
Bernardo del Carpio.
Una Dueña.
Un Escudero.
Argalia.
Espiritu de Merlin.
Marfisa.
Lauso, Pastor.
Corinto, Pastor.
Rustico, Pastor.
Clori, Pastora.
El Temor.
La Curiosidad.
La Desesperacion.
Los Zelos.
La Diosa Venus.
Cupido.
Mala fama.
Buena fama.
Ferraguto.
Castilla.

JORNADA PRIMERA.

Entra Reynaldos, y Malgesi.

Reyn. SIN duda, que el ser pobre es causa de esto;
pues vive Dios, que pueden estas manos
echar à todas horas todo el resto

con

con Barbaros, Franceses, y Paganos.
A mì, Roldàn? A mì se ha de hacer esto?
Levantate à los Cielos soberanos
el confalon que tienes de la Iglesia,
ò reniego, ò descreo:::
Malg. O hermano!
Reyn. O pesia:::
Malg. Mira que suenan mal essas razones.
Reyn. Nunca las passa mi intencion del techo.
Malg. Pues por què à pronunciallas te dispones?
Reyn. Rabio de enojo, y muero de despecho.
Malg. Ponesme en confusion.
Reyn. Y tù me pones:
dexame, que rebienta de ira el pecho.
Malg. Por Dios, que has de decirme en este instante
con quien las has.
Reyn. Con el señor de Aglante:
con aquesse bastardo, mal nacido,
arrogante, hablador, antojadizo,
màs de sobervia, que de honor vestido.
Malg. No me diràs, Reynaldos, què te hizo?
Reyn. Que à tanto desprecio he yo venido,
que asi ose atreverseme un mestizo!
pues juro à fé, que aunque le valga Roma,
que le mate, y le guise, y me le coma.
En un balcon estaba de Palacio,
y con èl Galalòn junto à su lado:
yo entraba por el patio muy de espacio,
qual suelo, de mì mismo acompañado;
los dos miraron mi bohemio lacio,
y no de perlas mi capelo ornado:
tomaronse à reìr, y à lo que creo,
la risa fue de vèr mi pobre arreo.
Subì, como con alas, la escalera,
de rabia lleno, y de temor vacìo:
no los hallè donde los vì, y quisiera
executar en mì mi furia, y brio:
entraronse allà dentro, y si no fuera

porque debo respeto al señor mio,
en su presencia le sacára el alma,
pequeña à tanta injuria, y débil palma.
De aquel traydor de Galalòn no hago
cuenta ninguna, que es cobarde, y necio:
de Roldàn sì, y en ira me deshago,
pues me conoce, y no me tiene en precio;
pero presto tendràn los dos el pago,
pagando con sus vidas mi desprecio,
aunque lo estorve:::

Malg. No vès que desatínas?

Reyn. Con aquessas palabras mas me indinas.

Malg. Roldàn es este: vesle aqui que sale,
y con èl Galalòn.

Reyn. Hazte à una parte,
que quiero vèr lo que este infame vale,
que es tenido en el mundo por un Marte.

Entra Roldàn, y Galalòn.

Agora sì, burlòn, que no te cale
en la estancia de Carlos retirarte;
ni à tì forjar trayciones, y mentiras
para volver pacificas mis iras.

Gal. Vuelvome, porque es este un atrevido,
y el decir, y hacer pone en un punto. *ap.*

Reyn. Bien os haveis de mi ademàn reìdo
los dos à fé.

Rold. Que està loco barrunto.

Reyn. Dónde està aquel cobarde?

Malg. Ya se ha ido.

Reyn. Tuvo temor de no quedar difunto,
si un soplo le alcanzàra de mi boca.

Rold. A risa su arrogancia me provoca.
Con quien las has, Reynaldos?

Reyn. Yo, contigo.

Rold. Conmigo? Pues por què?

Reyn. Yà tù lo sabes.

Rold. No sè mas de que siempre fuì tu amigo,
pues de mi voluntad tienes las llaves.
Reyn. Tu risa ha sido de esso buen testigo:
no hay para que tan sin por què te alabes.
Dime, puede por dicha la pobreza
quitar lo que nos dà naturaleza?
que yo truxera con anillos de oro
adornadas mis manos, y truxera
con pompa, à modo de Real decoro,
mi persona compuesta, à donde quiera,
rindiera yo con esto al fuerte Moro,
ò al gallardo Español, que nos espera?
No, que no dàn costosos atavìos
fuerza à los brazos, y à los pechos brios.
Mi persona desnuda, y esta espada,
y este indomable pecho, que conoces,
ancha se haràn à donde quiera, entrada,
como en la seca miès agudas hoces.
Mi fuerza conocida, y estimada
està por todo el orbe dando voces,
diciendo quien yo soy, y asi tu burla
contra toda razon de mì se burla.
Y porque veas que en razon me fundo,
mete mano à la espada, y haz la prueba,
veràs que en nada no te soy segundo,
ni es para mì el probarte cosa nueva:
què, de nuevo te ries? pese al mundo.
Rold. Què endiablado furor, primo, te lleva
à romper nuestras paces? ò què risa
asi el aviso tuyo desavisa?
Malg. Dice, que de èl hiciste burla, quando
entraba por el patio de Palacio,
su poco fausto, y soledad mirando,
y su bohemio por antiguo lacio:
pensólo, y su estrecheza contemplando,
y creyendo la burla, en poco espacio
la escalera subiò, y si alli os hallàra,
en llanto vuestra risa se tornàra.

Rold. Hiciera mal, porque por Dios os juro,
que no me passò tal por pensamiento,
y de esto puede estàr cierto, y seguro,
pues yo lo digo, y mas con juramento.
Al pilar de la Iglesia, al fuerte muro,
al amparo de Francia, y al aliento
de los pechos valientes, quièn osára,
aunque en ello la vida le importàra?
Esta disculpa baste, ò primo amado,
para templar vuestra no vista furia,
que no es costumbre de mi pecho honrado
hacer à nadie semejante injuria;
y mas à vos, que solo haveis ganado
mas oro, que tendrà, y tiene Liguria,
si es que la honra vale mas que el oro,
que en Tibar cierne el mal vestido Moro.
Dadme essa mano, ò primo, porque en uno,
estas dos que imagino sin iguales,
no siento yo que havrà valor alguno,
que de su puerta llegue à los umbrales.

Vuelve Galalòn con el Emperador Carlo Magno.

Emp. Que assi comenzò à hablar el importuno,
y descubriò en el modo indicios tales,
que presto de la lengua desmandada
passaria la cólera à la espada?
Gal. No los pongas en paz, porque es prudencia,
y en materia de estado esto se advierte,
tener à tales dos en diferencia,
que son ministros de tu vida, y muerte:
que haviendo entre dos Grandes competencia,
y entre dos Consejeros, de tal suerte,
el uno, y otro à sus contrarios temen,
que es fuerza que en virtud ambos se extremen,
por temor de las ciertas parlerìas,
que te podrà decir aquel de aqueste,
y no desprecies las razones mias,

si no quieres que caro no te cueste.

Emp. No estàn de aquel talante que decias.
Dì, Roldàn no es aquel? Reynaldos este?
En paz estàn, y asidos de la mano.

Gal. Señores, no haveis visto à Carlomano?

Rold. O grande Emperador.

Emp. O amados primos.
Haveis tenido algun enojo acàso?

Rold. Sin padrinos los dos nos avenimos,
quando torcemos de amistad el passo.
Muchas veces confiesso que reñimos,
mas ninguna de veras.

Gal. A hablar passo
Reynaldos, y sin cólera, no hiciera,
que nuestro Emperador aqui viniera,
que yo le truxe, imaginando cierto,
que estabades los dos ya en gran batalla.

Malg. Holgáraste que el uno fuera muerto, *ap.*
y aun los dos, que este intento en tì se halla.

Emp. Tu temor ha salido en todo incierto:
de lo que à mì me place es, que la malla,
y los azeros de estos dos varones,
requieren mas honrosas ocasiones.

Rold. Reynaldos, no le tengas ojeriza
à Galalòn, que à fé que es nuestro amigo.

Malg. Asi le viesse yo hecho ceniza *ap.*
ò de la suerte que en mi mente digo.
Este es el soplo, que aquel fuego atiza,
y enciende, por quien siempre es enemigo
nuestro buen Rey de nuestro buen linage.

Reyn. Quan sin aliento viene aqueste page.

Pag. Señor, si quieres vèr una aventura,
que en la vida se ha visto semejante,
ponte à esse corredor, que te asseguro,
que es aventicio hermoso, y elegante.

Reyn. Donoso ha estado el Page.

Pag. Yo lo juro
por vida de mi padre: trae delante

una Diosa del Cielo, dos salvages,
que sirven de escuderos, y de pages.
Una, que debe ser su bisabuela,
viene detràs, sobre una mula puesta:
digo que es cosa de admirar; mas hela
do assoma: ved si viene bien compuesta.

Malg. Si viene con mixtura de cautela
tan grande novedad?

Emp. Poco te cuesta
saberlo, si tu libro traes à mano.

Malg. Aqui le tengo, y el saberlo es llano.

Apartase Malgesi à un lado del theatro, saca un libro pequeño, ponese à leer en èl, y luego sale una figura de demonio por lo hueco del theatro, y ponese al lado de Malgesi, y han de haver comenzado à entrar por el patio Angelica la bella sobre un palafren, embozada, y la mas ricamente vestida que ser pudiere: traen la rienda dos salvages, vestidos de yedra, ò de cañamo teñido de verde: detràs viene una Dueña sobre una mula con gualdrapa: trae delante de sì un rico cofrecillo, y à una perrilla de falda: en dando una vuelta al patio, la apean los salvages, y và donde està el Emperador, el qual como la vè dice.

Emp. Digo, que trae gallarda compostura,
y que es gallardo el trage, y peregrino;
y que si llega al brio la hermosura,
que passa de lo humano à lo divino.

Malg. Aventura es aquesta? es desventura.

Emp. Què dices, Malgesi?

Malg. No determìno
aun bien lo que es.

Emp. Pues mira mas atento.

Malg. Ya procuro cumplir tu mandamiento.

Emp. Salid à la escalera à recebilla,
y traed à la dama à mi presencia.

Reyn. Cierto que es esta estraña maravilla:
Malg. Cierto que no yerra aqui mi ciencìa.
Emp. Què es esso, Malgesi?
Malg. Daràs à oìlla
gratos oìdos; pero no creencia,
que esta dama que vès, aun no sè el resto:
escuchala, que yo lo sabrè presto.

Entra en el theatro Angelica con los salvages, y la Dueña, acompañada de Reynaldos, Roldàn, y Galalòn: viene Angelica embozada.

Ang. Prospere el alto Cielo,
poderoso señor, tu Real estado,
y seas en el suelo
por uno, y otro siglo prolongado
de tan rara ventura,
que del tiempo mudable estè segura.
Puesto que tu presciencia
de un sì cortès me tiene assegurada,
no osarè sin licencia
decirte, ò gran señor, una embaxada,
que aumentarà la fama,
que à tanto prez, y à tanto honor te llama.
Emp. Decid lo que os pluguiere.
Ang. Hizo verdad tu sì mi pensamiento:
presta à lo que dixere,
sagrado Emperador, oìdo atento,
y prestenmele aquellos,
à quien la gola señalò sus cuellos.
Soy unica heredera
del gran Rey Galafron, cuyo ancho Imperio,
de este mar la ribera,
ni aun casi la mitad del emisferio,
sus limites describe,
que en otros mares, y otros cielos vive.
A su grandeza iguala
su saber, en el qual tuvo noticia

ser mi ventura mala,
si asi como el estado Real codicia,
à varon me entregasse,
que en sangre, y en grandeza me igualasse.
Hallò por cierto, y llano,
que el que venciesse en singular batalla
à un mi pequeño hermano,
que viste honrosa, aunque temprana malla,
este cierto serìa
bien de su Reyno, y la ventura mia.
Por Provincias diversas
he venido con èl, donde he tenido,
ya prosperas, ya adversas
venturas, y à la fin me he conducido
à este Reyno de Francia
donde tengo por cierta mi ganancia.
De Ardenia en las umbrosas
selvas queda mi hermano, alli esperando
quien ya por codiciosas
prendas, ò esta belleza deseando,

Desembozase.

su fuerte brazo pruebe,
y es lo que he de decir lo que hacer debe.
Quien fuere derribado
del golpe de la lanza, ha de ser preso,
porque le està vedado
poner mano à la espada, y es expresso
del Rey este mandato,
ò por mejor decir concierto, y pacto,
Y si tocàre el suelo
mi hermano, quedarà quien le venciere
levantado à mi cielo,
ò noble sea, ò sea el que se fuere,
y no de otra manera.
Malg. Què bien que lo relata la hechicera.
Ang. Ea pues, Cavalleros,

quien

quien Reynos apetece, y gentileza,
aprestad los azeros,
que à poco precio venden la belleza
que veis, venid en vuelo.
Rold. Por Dios que encanta.
Reyn. Admira, vive el Cielo.
Ang. Ya te he dicho mi intento:
convieneme que dè la vuelta luego.

Entrase la sombra.

Emp. Deteneos un momento,
si es que puede con vos mi mando, ò ruego;
porque seais servida,
segun vuestra grandeza conocida.
Ang. Lo impossible me pides:
dame licencia, y queda en paz.
Emp. Pues veo,
que à tu gusto te mides,
en buen hora te vuelve, y el deseo
de servirte recibe.
Malg. El mismo engaño en esta falsa vive.

Vase Angelica, y su compañia.

Reyn. Para què vàs tras ella,
Roldàn?
Rold. Son escusadas tus demandas.
Reyn. Yo solo he de ir con ella.
Rold. Què impertinente, y què sobervio andas.
Reyn. Detente, no la sigas.
Rold. Reynaldos, bueno està, no me persigas.
Malg. Detenlos, no los dexes.
Haz, señor, que se prenda aquella Maga.
Reyn. Como de aqui te alejes,
daréte de tu intento justa paga.
Emp. Què desverguenza es esta?
Malg. Manda prender aquella deshonesta,

que

que serà, à lo que veo,
la ruina de Francia en cierto modo.
Rold. Cumplirè mi deseo
à tu pesar, y aun al del mundo todo.
Reyn. Camina, pues, y guarte.
Emp. Acaba, Malgesi, de declararte.
Malg. Esta que has visto, es hija
del Galafron, qual dixo, mas su intento
que el Cielo le corrija,
es diferente del fingido cuento,
porque su padre ordena
tener tus doce pares en cadena:
y si los prende, piensa
venir sobre tu Reyno, y conquistalle;
y trazase esta ofensa
con embiar su hijo, y adornalle
con una hermosa lanza,
con que de todos la vitoria alcanza.
La lanza es encantada,
y tiene tal virtud, que aquel que toca,
le atierra; y es dorada:
por esso pide aquella infame, y loca,
que la espada no prueben
los que à la empressa con valor se atreven.
Por añagaza pone
aquella incomparable hermosura,
que el corazon dispone
aun de la mas cobarde criatura,
para que el hecho intente,
do aunque se pierda, nunca se arrepiente.
Seràn tus doce Pares
presos, si no lo estorvas, señor mio,
y otros muchos millares
de los tuyos, que tienen fuerza, y brio
para mayores cosas.
Emp. Las que has contado son bien espantosas;
mas no sè remediallas,
y es porque no las creo: à tì te queda
cree-

creellas, y estorvallas.

Malg. Harè quanto mi industria, y ciencia pueda.

Gal. No son muy verdaderos,
à decirte verdad, tus Consejeros.

Entrase el Emperador, y Galalòn.

Malg. Mi hermano và enojado
con Roldàn: estorvar quiero su daño:
en laberinto he entrado,
que apenas saldrè de èl. O ciego engaño!
ò fuerza poderosa
de la muger! que es sobre falsa hermosa.

Entrase Malgesi, y entra Bernardo del Carpio armado, y traele la celada un Vizcaìno su escudero, con botas, y fieltro, y su espada.

Bern. Aqui, fuera de camino,
podrè reposar un poco.

Viz. Señor sabio, que estàs loco,
tino vuelves desatino.
Vizcaìno, que Escudero
llevas contigo, te avisa
camines no tanta prisa,
passo lleves de harriero.
Tierra buscas, tierra dexas,
tanta parece hazaña,
pues metiendo en tierra estraña,
por Dios de propria te alejas.
Bien q̃ en España hay que hacer,
Moros tienes en fronteras,
tambores, pitos, vanderas
hay allà, ya puedes vèr.

Ber. Ya no te he dicho el intento
que à esta tierra me ha traìdo?

Viz. Curioso mucho atrevido,
goza nunca pensamiento.
Bien podràs, bien podràs
dexar mala tanto hazaña,
à las de guerra, y España
llama.

Ber. Ya te entiendo, Blàs.

Viz. Bien es que sepas de yo,
buenos que consejos doy,
que por Juan Gaycoa soy
Vizcaìno, burro no.
Señor, mira, si es que vèr
poder quieres del Francès,
camino aqueste no es
derecho, puedes volver.

Ber. Dicen, que estas selvas son
donde se hallan de contino,
por qualquier senda, o camino,
venturas de admiracion:
y que en la mitad, ò al fin,
ò al principio, o no sè donde,
entre unos bosques se esconde

el

el gran padron de Merlin,
aquel grande encantador,
que fue su padre el demonio.
Viz. Echado està testimonio,
y levantanle, señor.
Ber. Héle de buscar, y hallar,
si mil veces rodeasse
estas selvas.
Viz. Tiempo vase:
duerme, ò vuelve à caminar.
Ber. Vuelve, y vè si Ferraguto
viene, que se quedò atràs,
y à do quédo le diràs.
Viz. Escudero siempre puto.
Ber. Dura, y detestable guerra,
por solo aquesto eres buena,
que en pluma vuelves la arena,
y en blanda cama la tierra.
Tù ofreces, dò quier que estàs,
anchos, y estendidos lechos,
si no es q̃ hay campos estrechos,
por donde los passos dàs.
Eres un cierto veleño,
que entre cuidados, y enojos,
ofreces siempre à los ojos,
blando, aunque forzoso sueño.
Eres de su calidad,
segun muestra la experiencia,
madre de la diligencia,
madrastra de ociosidad.
Venid acà, vos cimera,
rica, y estremada pieza,
y pues sois de la cabeza,
servidme de cabecera,
que ya el sueño de rondòn
và ocupando mis sentidos:
bien dicen, que los dormidos
imagen de muerte son.

Echase à dormir Bernardo junto al padron de Merlin, que ha de ser un marmol jaspeado, que se pueda abrir, y cerrar, y à este instante parece encima de la montaña el mancebo Argalia, hermano de Angelica la bella, armado, y con una lanza dorada.

Arg. Mucha tierra se descubre
de encima de esta montaña:
de aquesta parte es campaña,
de estotra el bosque la cubre.
Alli el camino blanquèa,
y hasta Parìs và derecho:
si mi hermana huviesse hecho
el gran caso que desea:
mas si no me miente acaso
la vista, aquella es sin duda,
que el camino trueca, y muda,
y àcia aqui endereza el passo.
Los palafrenes embia
por el camino real:
en quanto hace no hace mal:
recibirla es cortesìa.

Entrase Argalia, y sale Angelica con los salvages, y la Dueña.

Ang. Cierto que es esta la senda,
ò no acierto bien las señas,
y à la vuelta de estas peñas
sin duda està nuestra tienda.
Due. Quándo, señora, verèmos
el fin de nuestros caminos?
Quándo de estos desatinos
à buen acuerdo saldrémos?
Quándo me verè (ay de mì!)
con

con mi almohadilla sentada
en estrado, y descansada,
como algun tiempo me vì?
Quándo dexarè de andar?
quando el Sol salga, ò tramonte
de este monte en aquel monte,
de un lugar à otro lugar?
Quándo de mis redomillas
verè los blancos afeytes,
las unturas, los aceytes,
las adobadas passillas?
Quándo me darè un buen rato
en reposo, y sin sospecha?
que traygo esta cara hecha
una suela de zapato.
Los crudos ayres de Francia
me tienen de aqueste modo.
Ang. Calla, que bien se harà todo.
Due. No te arriendo la ganancia,
que segun yo vì el denuedo
de aquellos dos Paladines,
de tus caminos, y fines
esperar buen fin no puedo.
Ang. No atinas con la verdad:
calla, que mi hermano viene.

Entra Argalia.

Arg. O rico archivo, do tiene
sus thesoros la beldad,
cómo vienes, y en què modo
has salido con tu intento?
Ang Midióse à mi pensamiento
la ventura casi en todo.
Vamonos al pavellon,
que alli despacio, y sentada
contarè de mi embaxada
el principio, y conclusion.
Arg. Bien dices, hermana, vèn,
que bien cerca de aqui està.
Due. La triste, que qual yo và,
yo sè que no và muy bien,
que de la madre me aprieta
un gran dolor en verdad;
todo aquesto es frialdad
de este andar à la gineta.

Entranse todos, sino Bernardo, que aùn duerme: suene musica de flautas tristes, despierta Bernardo, abrese el padron, pare una figura de muerto, y dice.

Espir. Valeroso Español, cuyo alto intento
de tu patria, y amigos te destierra,
vuelve à tu amado padre el pensamiento,
à quien larga prision, y escura encierra:
à tal hazaña es gran razon que atento
estès, y no en buscar inutil guerra,
por tan remotas partes, y escusadas,
à donde son las dichas desdichadas.
Tiempo vendrà, que del Francès valiente,

al

al margen de los montes Pyrenèos,
baxes la altiva, y generoſa frente,
y goces de honroſiſsimos trofeos:
ſigue de tu ventura la corriente,
que iguala al gran valor de tus deſeos,
veràs como te ſube tu fortuna
ſobre la faz convexa de la Luna.
Por tì tu patria ſe verà en ſoſsiego,
libre de ageno mando, y ſeñorìo:
tù ſeràs agua al encendido fuego,
que arde en el pecho, que de caſto es frio:
dexa eſtas ſelvas, do caminas ciego,
llevado de un curioſo deſvarìo:
¡Vuelve, vuelve, Bernardo, à do te llama
un immortal renombre, y clara fama.
De Merlin el eſpiritu encantado
ſoy, que aqui yago en eſta ſelva eſcura,
del Cielo para bien, y mal guardado,
aunque en mis males ſiempre ſe conjura,
y no ſerè de eſte lugar llevado
à la negra region, do el llanto dura,
haſta que crucen eſtas ſelvas fieras
muchas, y Chriſtianiſsimas vanderas.
Mil coſas ſe me quedan por contarte,
que otra vez te dirè, porque aora importa
detràs de aqueſtas ramas ocultarte,
donde ſerà tu eſtada breve, y corta:
à dos, que cada qual por sì es un Marte,
pondràs en paz, ò moſtraràs que corta
tu eſpada, y ſin hablar haz lo que digo,
y entiende que te ſoy, y ſerè amigo.

Cierraſe el padron: entraſe en èl Bernardo ſin hablar palabra, y luego ſale Reynaldos.

Reyn. En vano mis paſſos muevo,
pues entre eſtas flores tantas,
no hay ſeñales de las plantas,
que por guia, y norte llevo:
que ſi aqui huvieran piſado,
claro eſtaba, que eſte ſuelo

fue-

fuera un traslado del cielo,
de varias lumbres pintado.
Què flor tocára la bella
planta, à mì tan dulce, y cara,
que luego no se tornára,
ò ya en Sol, ò en clara Estrella?
Lejos estoy del camino,
que à dò està mi cielo guia,
pues este suelo no embia
ò luz clara, ò olor divino;
mas ya no tendrè pereza
en buscar este Sol bello,
pues me han de guiar à vello,
ya su luz, ya su belleza.
Pero què es esto, que el sueño
assi me acosa, y aprieta?
O fuerza libre, sujeta
à fuerzas de tan vil dueño!
Aqui me havrè de acostar
al pie de este risco yerto,
haciendo imagen de un muerto,
pues estoy para espirar.

Recuestase Reynaldos, pone el escudo por cabecera, y entra luego Roldàn embrazado del suyo.

Rold. Tantas vueltas sin provecho:
donde, ò Sol, te tramontaste,
despues que tu luz dexaste
en lo mejor de mi pecho?
Descubrete, Sol hermoso,
que voy buscando tu lumbre
por el llano, y por la cumbre,
desalentado, y ansioso.
O Angelica, luz divina,
de mi humana ceguedad!
norte, cuya claridad
à nuevo sèr me encamina!
Quándo te veràn mis ojos?
ò quando, si no he de verte,
vendrà la espantosa muerte
à triunfar de mis despojos?
Mas quién es este holgazàn,
que duerme con tal remanso?
No hay quiē no viva en descāso,
sino el mísero Roldàn.
Què es esto? Reynaldos es
el que yace aqui dormido.
O primo, al mundo nacido
para grillos de mis pies,
para esposas de mis manos,
para infierno de mis glorias,
para opuesto à mis vitorias,
para hacer mis triunfos vanos,
para acibar de mi gusto;
mas yo harè que no lo seas,
sin que el mundo, ni tù veas,
que passo el termino justo.
Quitarle quiero la vida;
mas ay, Roldàn, cómo es esto?
ansi os arrojais tan presto
à ser traydor, y homicida?
Què decis, mal pensamiento?
Decisme, que es mi Ribal,
y que consiste en su mal
todo el bien de mi tormento?
Sì, decìs, mas yo sè al fin,
que el que es buen enamorado,
tiene màs de pecho honrado,
que de traydor, y de ruin.
Yo fui Roldan sin amor,
y serè Roldàn con èl,
en todo tiempo fiel,
pues en todo busco honor.
Duerme, pues, primo, en sazon,
que

que arrimo te sea mi escudo,
q̃ aunque amor vencerme pudo,
no me vence la traycion:
el tuyo quiero tomar,
porque adviertas, si despiertas,
que amistades que son ciertas,
nadie las puede turbar.

Echase Roldàn junto à Reynaldos, y pone à su cabecera el escudo de Reynaldos, y luego despierta Reynaldos.

Rey. Angelica::: ò estraña vista!
no es Roldàn este que veo,
y el que del bien que deseo
procura hacer la conquista?
El es, pero quièn me puso
su escudo para mi arrimo?
tu cortès bondad, ò primo;
sin duda que esto dispuso.
Bien me pudieras matar,
pues durmiendo me hallaste;
por quitar aquel contraste,
que en mi vida has de hallar.
Empero tu cortesìa,
màs q̃ amor pudo en tu pecho,
por la costumbre que has hecho
de hacer actos de hidalguìa.
Mas si fue por menosprecio
el dexarme con la vida,
no por ser cosa sabida,
que yo soy hombre de precio;
y tù mismo lo has probado
una, y otra vez, y ciento,
no atino qual pensamiento
tenga por mas acertado.
Si me dexa de arrogante,
ò si fue por amistad?
que tal vez la deslealtad
vive en el zeloso amante.
O si aqueste me dexasse
señero en mi pretension!
con el alma, y corazon,
vive Dios, que le adorasse;
pero si no, no imagines,
primo, que por tu bondad
dexarà mi voluntad
de seguir sus dulces fines:
y de aquesta intencion mia
nó me debes de culpar,
porque el amor, y el reynar
nunca admiten compañia.
Seguramente à mi lado
pudiste echarte à dormir,
pues no se puede herir
un hombre, que es encantado;
y asi la ocasion quitaste,
que tu sueño me ofrecia,
para usar la cortesìa
de que tù conmigo usaste;
pero despierto verèmos
tu intencion à do se inclina;
y si donde yo, camina,
pondrè medio en sus extremos.
Irà el parentesco afuera:
la cortesìa à una parte,
si baxasse el mismo Marte
à impedirlo de su esfera.
A Roldàn, Roldàn despierta;
q̃ es gran descuido el q̃ tienes;
y mas si por dicha vienes
donde mi sospecha acierta.
Toma tu escudo, y el mio
me vuelve: despierta agora.
Rol. Ay Angelica, señora *soñando.*
de

de mi vida, y mi alvedrio!
A do se esconde tu faz,
que todo mi bien encierra.
Rey. Declarada es nuestra guerra,
y perdida nuestra paz.
Roldàn, acaba, levanta,
destroquèmos los escudos.
Rol. Con què dulces, ciegos nudos
me añudaste la garganta?
La voluntad decir quiero,
y el alma que te entreguè.
Rey. Si no despiertas, à fè
que te despierte este azero,
y aun te mate, pues me matas,
aora duermas, aora veles:
estos intentos crueles
nacen de entrañas ingratas.
Estoy por dexar de ser
quien soy: acudid al punto,
respetos, que està difunto
mi acertado proceder.
Ansias, què me consumìs?
sospechas, què me cansais?
recelos, què me acabais?
zelos, què me pervertìs?

Roldàn despierta.

Rol. Reynaldos, què quies hacer?
Rey. Deshacerme, ò deshacerte.
Rol. Quieres, primo, darme muerte?
Rey. Tu vida està en mi querer.
Rol. Cómo en tu querer?
Rey. Dirèlo:
no mas de en querer decirme,
si vienes à perseguirme
en la busca de mi cielo.
Si es tu venida à buscar
à Angelica: no me entiendes?
Rol. De saber lo que pretendes,
Rey. Acabarte, ò acabar.
Rol. Tanto el vivir te embaraza,
que tras tu muerte caminas?
Rey. Profeta falso adivinas
el mal que asi te amenaza.
Rol. Contigo las cortesìas
siempre fueron por demàs.
Rey. Dáme mi escudo, y veràs
como siempre desvarìas.
Si à Parìs no te vuelves,
veràs tambien en un punto
tu culpa, y castigo junto.
Rol. Facilmente te resuelves.
Ni à Parìs he de llegar,
ni à Angelica he de dexar,
mira què quieres?
Rey. Cortar
tu insolente proceder.
Desharéte entre mis brazos,
aunque seas encantado.
Rol. Eres villano atestado,
y quieres luchar à brazos.
Rey. Mientes, y vèn con la espada,
que aunque seas de diamante,
veràs, infame arrogante,
mi verdad averiguada.

Vanse à herir con las espadas, salen del hueco del theatro llamas de fuego, que no los dexa llegar.

Rol. Bien sè que anda por aqui,
temeroso de su muerte,
mas no ha de poder valerte,
tu hechicero Malgesi,

que passarè de Aqueronte
la barca, por castigarte.
Rey. Yo pondrè, por alcanzarte,
un monte sobre otro monte.
Arrojaréme en el fuego,
como vès que aqui lo hago.
Rol. No te dexa dàr tu pago
tu hermano?
Rey. Pues de èl reniego.

Dice el espiritu de Merlin.

Esp. Fuerte Bernardo, sal fuera,
y à los dos en paz pondràs.

Sale Bernardo.

Ber. Cavalleros, no haya mas:
guerreros fuertes, afuera.
Rey. Hàte el Cielo aqui llovido?
què quieres, ò què nos mandas?
Ber. Son tan justas mis demandas,
que he de ser obedecido;
y es, que dexeis la dudosa
lid de tan esquivo trance.
Rey. Tù has echado muy buẽ lance,
y la demanda es donosa.
Eres Español à dicha?
Ber. Por dicha soy Español.
Rey. Vete, porque solo el Sol
ha de vèr nuestra desdicha,
que no queremos testigos,
mas que el Sol en la lid nuestra.
Ber. No me he de ir, sin q̃ la diestra
os deis de buenos amigos.
Rol. Pesado estàs.
Ber. Mas pesados
estais los dos, si advertìs.
Rey. Español, cómo no os is?
Ber. Por corteses, ò rogados,
vuestra quistion, por aora,
no ha de passar adelante.
Rol. Yo soy el señor de Aglante.
Rey. Yo Reynaldos.
Ber. Sea en buen hora,
que ser quien sois os obliga
à conceder con mi ruego.
Rol. Essa razon no la niego.
Rey. Este Español me atosiga,
que siempre aquesta Nacion
fue arrogante, y porfiada.
Rol. Señor, pues que no os và nada,
no impidais nuestra quistion.
Dexadnos llevar al fin
nuestro deseo, que es justo.
Ber. Aquesse fuera mi gusto,
à serlo asi el de Merlin.
Rol. O cuerpo de San Dionìs
con el Español marrano.
Bern. Mientes, infame villano.
Rey. A plomo cayò el mentìs.
A fuera, Roldàn, no mas.
Rol. Dexa, que me abraso en ira:
què es esto? quièn me retira?
el pie de Roldàn atràs?
Roldàn el pie atràs? què es esto?
ni huyo, ni me retiro.
Rey. De Merlin es este tiro.
Ber. Pues yo harè q̃ huyais presto.

Váse retirando Roldàn ácia atràs, y sube por la montaña, como por fuerza de oculta virtud.

Rey. Por cierto à gentiles manos
te ha traìdo tu fortuna.

Ber. Manos yo no veo ninguna,
pies sì, ligeros, y sanos;
y que os importa tenellos
para huìr de mi presencia.
Rey. Sin igual es tu insolencia.

Sube Bernardo por la peña arriba, siguiendo à Roldàn, y và tras èl Reynaldos. Sale Marfisa armada ricamente: trae por tymbre una Ave Fenix, y una Aguila blanca pintada en el escudo; y mirando subir à los tres de la montaña con las espadas desnudas, y que se acaban de desparecer, dice.

Mar. Si se combaten aquellos?
Sì hacen: ponerlos quiero
en paz, si fuere possible.
O què montaña terrible!
subir por ella no espero;
ni podrè à cavallo ir,
aunque le vuelva à tomar;
mas con todo he de probar
el trabajo del subir.
Bien se queda en la espesura
mi cavallo, hasta que vuelva:
nunca falta en esta selva,
ò buena, ò mala ventura.

Sube Marfisa por la montaña, y vuelven à salir al theatro riñendo Roldàn, Bernardo, y Reynaldos.

Rol. No sè yo como sea,
que contra tì no tengo alguna saña,
ni puedo en tal pelea
mover la espada: cosa es esta estraña.
Ber. La razon que me ayuda
pone tus fuerzas, y tu esfuerzo en duda.
Rey. De Merlin es el hecho,
que no hay razon que valga con su ençanto;
que aunque fuera su pecho
Leon en furia, y en dureza un canto,
si hechiceros no huviera,
nunca mi primo atràs el pie volviera.

Entra Angelica llorando, y con ella el Vizcaìno escudero de Bernardo.

Viz. Pardios, echóte al rio,
tienes, Granada, bravo Ferraguto.
Ang. Ay triste hermano mio!
Rol. Por què esse cielo al suelo dà tributo

 de

de lagrimas tan bellas,
si el mismo Cielo se le debe à ellas?

Ang. Un Español ha muerto
à mi querido hermano, y es un Moro,
que no guardò el concierto
debido à la milicia, y su decoro,
y arrojóle en un rio.

Rol. Quièn es el Moro?

Ber. Es un amigo mio.

Rol. Amigo tuyo? ò perro,
tù llevaràs de su maldad la pena?

Reyn. Roldàn, no hagas tal yerro,
dexa à mì el castigo.

Ang. Aqui se ordena
mi muerte, y mas desdicha,
si de los dos me coge alguno à dicha:
A esta selva escura
quiero entregar, y à mis ligeras plantas,
mi guarda, y mi ventura.

Ber. Cómo, Reynaldos, dì, no te adelantas
à herirme con tu primo?
Por la honra, la vida en poco estimo.

Sale Marfisa poniendo paz, y poniendo mano à la espada: entrase buyendo Angelica.

Marf. Què es esto? afuera, afuera,
afuera, Cavalleros, que os lo pide
quien mandarlo pudiera,
que si no es que mi luz la vista impide,
mirando esta divisa,
vereis que soy la sin igual Marfisa.

Vizc. La puta, la doncella
se es ida.

Rol. O nunca vista desventura!
forzoso he de ir tras ella.

Rey. Yo sì, tù no.

Rol. Notable es tu locura.

Rey.

Rey. No muevas de aqui el passo.
Rol. No hago yo de tus locuras caso.
Rey. Por Dios, que si te mueves,
que te haga pedazos al instante.
Rol. Que à estorvarme te atreves,
fanfarròn, pordiosero, y arrogante?
Cómo te estàs tan quedo?
Que no me tenga este cobarde miedo?

Entrase Roldàn.

Vizc. Señor, dexale, vaya,
que pues no por alli, que por la senda
quedan arriz en playa,
poned à la dama.
Marf. Por què fue la contienda?
Ber. Por zelos sè que ha sido.
Dime, Ferraguto quedò herido?
Vizc. Bueno, puto, y què sano.
Ber. Con quien tuvo batalla?
Vizc. Ya no oiste?
Batalla con hermano
de bella huidora, y pobre, y muerto, y triste,
de Moro enojo, brio
teniendo, diò con èl todo en el rio,
y queda aqui aguardando
espaldas de montaña.
Marf. Iréte acompañando,
que quiero saber mas de tu hazaña,
que descubro en tì muestras,
que muestran que eres mas de lo que muestras;
y advierte, que contigo
llevas à la sin par sola Marfisa,
que en señas, y testigo,
que es unica en el mundo, la divisa
trae de aquella ave nueva,
que en el fuego la vida se renueva.
Ber. Haréte compañia,

ſubas al Cielo, ò baxes al abyſmo.
Marf. Tan grande corteſia,
no puede parecer ſino à tì miſmo,
y uſando de eſte guſto,
yo he de ſeguir el tuyo, que es muy juſto.

JORNADA SEGUNDA.

Sale Lauſo, Paſtor, por una parte de la montaña, con ſu guitarra, y Corinto por la otra, con otra.

Lau. A Corinto? Corinto?
Cor. Quièn me llama?
Lau. Lauſo tu amigo.
Cor. A donde eſtàs?
Lau. No miras?
Cor. Algun arbol te encubre, alguna rama,
ò eſtàs en el lugar donde ſuſpiras,
quando Clori te mueſtra el roſtro ayrado,
y en ſolitaria parte te retiras.
Baxa, ſi quieres, Lauſo, al verde prado,
en tanto que de Febo la carrera
declina de eſta cumbre al otro lado:
cantarémos de Clori liſongera,
al pie de un verde ſauce, ò murto umbroſo,
que paſſa el penſamiento en ſer ligera.
Lau. Yà abaxo; pero no à buſcar repoſo,
ſino à cumplir lo que amiſtad me obliga,
y à paſſar à la ſombra el Sol fogoſo:
que en tanto que la dulce mi enemiga
ſe eſtè fortalecida en ſu dureza,
no hay mal que huya, ni placèr que ſiga.

Baxan los dos de la montaña.

Cor. Peſado contrapeſo es la pobreza
para volar de amor, ò Lauſo, al Cielo,
aunque tengas cien alas de firmeza.

No

No hay amor, que se abata ya al señuelo
de un ingenio sutil, de un tierno pecho,
de un raro proceder, de un casto zelo.
Grangeria comun amor se ha hecho,
y de èl hay feria franca donde quiera,
do cada qual atiende à su provecho.

Lau. O Clori, para mì serpiente fiera,
por mi estrecheza, aunque paloma mansa,
para un alma de piedra verdadera.
Que es posible, cruel, que no te cansa
de Rustico el ingenio, que es de robre,
y que el tuyo estimado en èl descansa?

Cor. Vuelvese el oro mas cendrado en cobre,
y el ingenio mas claro en tonta ciencia,
si le toca, ò le tiene el hombre pobre:
Y de esto es buen testigo la experiencia;
pero escucha, que cantan en la sierra,
y aun es la voz bien para dalle audiencia.

Canta Clori en la montaña, y sale cogiendo flores.

Derramastes el agua la niña,
y no dixistes, agua và:
la justicia os prenderà.

Lau. De aquella, que el placèr de mì destierra,
es el suave, y regalado acento,
y aun quien sus gustos el amor encierra.

Cor. Escuchemosla pues.

Lau. Ya estoy atento.

Clo. Derramastesla à deshora,
y fue con tan poca cuenta,
que mojastes con afrenta
al que os sirve, y os adora.
Pero llegada la hora,
donde el daño se sabrà,
la justicia os prenderà.

Lau. Bien es que la ayudemos:
acuerda con el mio tu instrumento.

Cor. Yo creo que està bien; mas què dirèmos?

Lau. Su mismo villancico trastrocado,
qual tù sabràs hacer.

Cor. Los dos lo harèmos.

Canta Corinto.

Cautivaſteſme el alma la niña,
y teneisla ſiempre allà:
el amor me vengarà.
Vueſtros ojos ſalteadores,
ſin ſer de nadie impedidos,
ſe entraron por mis ſentidos,
y ſe hicieron ſalteadores:
llevaronme los mejores,
y teneislos ſiempre allà:
el amor me vengarà.

Lau. Aſsi, Clori gentil, te ofrezca el prado
en mitad del Invierno flores bellas,
y quando el campo eſtè mas agoſtado;
y que ſiempre te halles al cogellas
con el júbilo alegre, que nos mueſtra
la voz con que ſe ahuyentan mis querellas;
que eſſa rara beldad, que nos adieſtra
à conocer al hacedor del Cielo,
en eſte ſitio haga alegre mueſtra:
volveràs paraiſo aqueſte ſuelo;
y eſte calor, que nos abraſa ardiente,
en aura blanda, y regalado yelo.
Clor. Porque no es tu demanda impertinente,
qual otras veces ſuele, harè tu guſto,
que es en todo del mio diferente.
Cor. Dìme, Clori gentil, do eſtà el robuſto,
el bronce, el robre, el marmol, leño, ò tronco,
que aſsi à tu guſto le ha venido al juſto?
Por aquel digo, deſarmado, y bronco,
calzado de la frente, y de pies ancho,
corto de zancas, y de pecho ronco,
cuyo Dios es el eſtendido pancho;
y à do tiene la crapula ſu eſtancia,
èl tiene ſiempre ſu manida, y rancho.
Clor. Con èl tengo, Corinto, mas ganancia,
que contigo, con Lauſo, y con Riſelo,
que vendeis diſcrecion con arrogancia.
Ruſtica el alma, y ruſtico es el velo,
que al alma cubre, y Ruſtico es el nombre
del Paſtor, que me tiene por ſu cielo;
mas por ruſtico que es, en fin es hombre,

que

que de ſus manos llueve plata, y oro,
Jupiter nuevo, y con mejor renombre:
èl guarda de mis guſtos el decoro,
ora le embie al blanco Cita frio,
ò al toſtado engañoſo Libio Moro.
Tiene por juſta ley el guſto mio;
y el levantado cuello humilde indigna
al yugo que le pone mi alvedrio.
No tiene el rico Oriente otra tal mina,
como es la que yo ſaco de ſus manos,
ora cruel me mueſtre, ora benigna.
Quedenſe los Paſtores corteſanos
con la melifluidad de ſus razones,
y dichos, aunque agudos, ſiempre vanos.
No ſe ſuſtenta el cuerpo de intenciones,
ni de conceptos traſnochados hace
ſus muchas, y forzoſas proviſiones.
El ruſtico, ſi es rico, ſatisface
aun à los ojos del entendimiento;
y el mas ſabio, ſi es pobre, en nada aplace:
Diràn Corinto, y Lauſo, que yo miento,
y mueſtra la experiencia lo contrario,
y Ruſtico lo ſabe, y yo lo ſiento.
Lau. Es guſto de mugeres ordinario,
en lo que es opinion, tener la parte
que mas deſcubra ſer ſu ingenio vario.
Quiſiera de eſſe error, Clori, ſacarte;
mas ya eſtàs pertinàz en tu locura,
y en vano ſerà agora predicarte.
Cor. Aſsi, Paſtora, goces tu hermoſura,
que me dexes hacer una experiencia:
quizà te harà volver à tu locura.
Veràs, Paſtora, al vivo la inocencia
de Ruſtico, el Paſtor por quien nos dexas.
Clor. Para què es el pedirme à mì licencia?
Lau. Pareceme, que llega à mis orejas
de Ruſtico la voz.
Cor. El es ſin duda,

que

que à sestear recoge sus ovejas.

Rustico parece por la montaña.

Rust. Mirad si se cayò en aquella azuda
una oveja, Pastores, corred luego,
y cada qual à su remedio acuda.
Dexad, mal hora, del herron el juego:
aguija, Coridon: ò cómo corre:
quièn quitàra à Damon de su sosiego.
Llegò: ya se arrojò: ya la socorre,
y la saca en los brazos medio muerta,
y parece que un rio de ambos corre.
Esta noche tù, ola, està alerta,
no venga, como hizo en la passada,
el lobo, que la cabra dexò muerta.
Tù acudiràs, Cloanto, à la majada
del Valle de la Enceña, y daràs orden,
que estèn todos aqui de madrugada.
O Compo, tù haràs que se concorden
en el pasto, Corbato con Francenio,
que me dà pesadumbre su desorden.
Clor. Mirad si tiene Rustico el ingenio
para mandar acomodado, y presto.
Rust. Tù acude à las colmenas, buen Partenio.
Llevese de las bacas todo el resto
al padron de Merlin, y de las cabras
al monte, ò soto de ciprès funesto.
Clor. Parecen os de pobre las palabras
que dice?
Cor. Pues aqui en esta espesura
te has de esconder, y mira que no abras
la boca, porque importa à la aventura,
que queremos probar de nuestro intento,
por vèr si es suya, ò nuestra la locura.
Clo. Yo enmudezco, y me escondo, y vuestro cuento
sea, si puede ser, breve, y ligero,
que si es pesado, y grande da tormento.

Es-

Escondese Clori.

Lau. Corinto, què has de hacer?
Cor. Estame atento.
Rustico amigo, al llano abaxa, aguija,
que es cosa que te importa, corre, corre.
Rust. Ya voy, Corinto amigo, espera, espera,
mientras que cuento un centenar de bueyes,
y tres hatos de ovejas, y otros cinco
de cabras desde encima de este pico
do estoy sentado, no me vès?
Cor. Acaba:
haces burla de mì?
Rust. Por Dios no hago;
mas yo lo dexo todo por servirte:
vesme aqui, què me mandas?
Cor. Que me ayudes
à alcanzar de este ramo un papagayo,
que viene del camino de las Indias,
y esta noche hizo venta en aquel hueco
de este arbol, y alcanzalle me conviene.
Rust Què llamas papagayo? es un pintado,
que al barquero da voces, y à la barca,
y se llama Real por fantasìa?
Cor. De essa ralea es este, pero entiendo,
que es bachillèr, y sabe muchas lenguas,
principal la que llaman Bergamasca.
Rust. Pues què se ha de hacer para alcanzalle?
Cor. Conviene, que te pongas de esta suerte.
Daca este brazo, y ligale tù, Lauso,
y atale bien, que yo le atarè essotro.
Rust. Pues yo no estarè quedo sin atarme?
Cor Si te meneas, espantarse ha el pajaro;
y asi conviene, que aun los pies te atèmos.
Rust. Atad quanto quisieredes, que à trueco
de tener essa joya entre mis manos,
para que luego estè en las de mi Clori,

de-

dexarè que me ateis dentro de un saco:
Ya bien atado estoy, què falta agora?
Cor. Que yo me suba encima de tus hombros,
y que Lauso, passito, y con silencio,
me ayude à levantar las verdes hojas,
que cubren, segun pienso, el dulce nido.
Rust. Sube, pues, à què esperas?
Cor. Tèn paciencia,
que no soy tan pesado como piensas.
Rust. Vive Dios, que me brumas las costillas;
has llegado à la cumbre?
Cor. Ya estoy cerca.
Rust. Avisa à Lauso, que las ramas mueva
passito, no se vaya el pajarote.
Lau. No se nos puede ir, que ya le he visto.
Rust. Preguntale, Corinto, lo que suelen
preguntar à los otros papagayos,
por vèr si entiende bien nuestro lenguage.
Cor. Cómo estàs, loro? dì. Como cautivo.
Rust. Hi de puta, què pieza: dì otra cosa.
Cor. Daca la barca, hao: daca la barca.
Rust. Y aquesso quien lo dixo?
Cor. El papagayo.
Rust. O Clori, què presente que te hago.
Cor. Clori, Clori, Clori, Clori, Clori.
Rust. Es todavia el papagayo aquesse?
Cor. Pues quièn havia de ser?
Rust. Hasle ya asido?
Cor. Dentro en mi caperuza està ya preso.
Rust. Deciende, pues, y vendemele, amigo;
que te darè por èl quatro novillos,
que aun no ha llegado el yugo à sus cervices;
no mas de porque de èl mi Clori goce.
Lau. No se darà por treinta mil florines.
Rust. Hà, por amor de Dios, yo darè ciento;
desatadme de aqui, porque à mi gusto
le vea, y le contemple.
Cor. Es ceremonia,

que

que en semejantes cazas suele usarse,
que tan sola una mano se desate,
del que las dos tuviere, y pies atados:
con esta suelta, puedes blandamente
alzar mi caperuza venturosa,
que tal thesoro encubre: despavìla
los ojos para vèr belleza tanta:
passito, no le ajes; mas espera,
que està la mano sucia: con saliba
te la puedes limpiar.
Rust. Ya està bien limpia.
Cor. Agora sì: dichoso aquel que llegà
à descubrir tan codiciosa prenda.
Rust. Donosa està la burla: dì, Corinto,
es esse el papagayo?
Cor. Este es el pico,
las alas estas, estas las orejas
del asno de mi Rustico, y amigo.
Rust. Desatame, que à fé que yo me vengue.

Sale Clori.

Clor. Ha simple, ha simple.
Rust. Y haslo visto, Clori?
por tì la burla siento, y no por otrie.
Clor. Calla, que para aquello que me sirves,
mas sabes que trecientos Salomones.
Dì que se vista Lauso de esta burla,
ò que compre Corinto algun tributo,
ò me embie mañana una patena,
y unos ricos corales, como espero,
que podràs, y querràs con tu simpleza
embiarmelos luego.
Rust. Y cómo, Clori,
y aun dos sartas de perlas hermosissimas.
Clor. Comparase con esto algun soneto,
Lauso? Y dime, Corinto, havrà sonada,
aunque se cante à tres, ni aun à trecientos,
que

que à la patena, y ſartas ſe compáre?
Lau. Eres muger, y ſigues tu coſtumbre.
Clor. Sigo lo que es razon.
Lau. Serà milagro
hallarla en las mugeres.
Clor. Què razones
puede decir la lengua que ſe mueve,
guiada del deſdèn, y de los zelos?
tù eres la cauſa.

Entra Angelica alborotada.

Ang. Socorredme, Cielos:
ſi en vueſtros pechos mora
miſericordia alguna,
hermoſa, y agradable compañia,
en mì os ofrece agora
el Cielo, y la fortuna
ſugeto igual à vueſtra corteſìa,
que la deſdicha mia,
ſabida, me aſſegura,
que podrà enterneceros,
y al remedio moveros,
ſi es que le tiene tanta deſventura.
Clor. Señora, dì què tienes?
Ang. Sin taſſa males, y ningunos bienes;
pero no eſtoy en tiempo
en que pueda contaros
de mi dolor la parte mas pequeña,
ni vueſtro paſſatiempo
ſerà bien eſtorvaros,
contando el mal, que ablandarà eſta peña:
No hay por aqui una breña,
donde me eſconda, amigos?
Lau. Luego quies eſconderte?
Quièn podrà aqui ofenderte?
Ang. Perſiguenme dos bravos enemigos:
Cor. No ſomos tres noſotros?

Ang. Ni aun à tres mil no temeràn los otros.
Llevadme à vuestras chozas:
mudadme este vestido:
amigos, escondedme.
Lau. No te espantes:
para què te alborozas,
si has à parte venido
do se estiman en poco los Gigantes?
Montalvanes, y Aglantes
se tienen aqui en nada;
porque por Dios, si quiero,
que los compre à dinero.
Ang. Oy acaba mi vida su jornada.
Cor. Quieres que te escondamos?
Rust. Dice que sì.
Lau. Pues sus, en què tardamos?
Vèn mudaràs de trage,
y de lugar, y todo.
Ang. De mis contrarios casi veo la sombra.
Cor. Parece de linage,
y su habla, y su modo
à mì me admira.
Rust. Pues à mì me assombra.

Entrase Angelica, y Lauso.

Sabeis cómo se nombra?
Cor. Pues cómo he de sabello?
Rust. Busca algun nuevo ensayo.
Cor. Buscarè un papagayo,
que me lo diga.
Clor. Ganaràs en ello.
Cor. Ganaràs tù patenas.
Clor. Siempre tus burlas para mì son buenas.

Entranse todos, y sale Reynaldos.

Rey. Eres Daphne por ventura,
que de Apolo và huyendo?
ò eres Juno, que procura
librarse del monstruo horrendo;

cerra-

cerrada en la nube obſcura?
O ſelvas de encantos llenas,
do jamàs ſe ha viſto apenas
coſa en ſu sèr verdadero!
contar de voſotras quiero
aun las menudas arenas.
Quizà eſta fiera homicida,
que qual ſombra deſparece,
porque padezca mi vida,
à donde menos ſe ofrece
la tendrà amor eſcondida.
De nuevo vuelvan mis plantas
à buſcar entre eſtas plantas
à la bella fugitiva
dura ocaſion, que yo viva
muriendo de muertes tantas.

Crugidos de cadenas, ayes, y ſuſpiros dentro.

¡Valgame Dios, què ruido
es eſte, que ſuena eſtraño?
Eſtoy deſpierto, ò dormido?
Engañome, ò no me engaño?
Otra vez llega al oìdo.
De entre eſtas hojas entiendo,
que ſale el horrible eſtruendo;
mas ay què boca eſpantoſa!
terrible, y eſtraña coſa
es aqueſta que eſtoy viendo.
Mientras mas bomitas llamas,
boca horrenda, ò cueva oſcura:
màs me incitas, y me inflamas
à vèr ſi en eſta aventura
para algun buen fin me llamas.

Deſcubreſe la boca de la ſierpe.

Acogeme allà en tu centro,
porque por tus fuegos entro
à tu eſtómago de azufre.

Malgeſi, veſtido como dirè, ſale por la boca de la ſierpe.

Mal. A donde aqueſto ſe ſufre?
Rey. Eſte sì que es mal encuentro:
Quièn eres?
Mal. Soy el horror,
portero de aqueſta puerta,
à donde vive el temor,
y la ſoſpecha mas cierta,
que engendra el cielo de amor.
Soy miniſtro de los duelos,
embaxador de los zelos,
que habitan en eſta cueva.
Rey. Pues à donde eſtàn me lleva.
Malg. Eſpera, y aviſarèlos:
mas primero has de mirar
las guardas que pueſtas tiene
en eſte triſte lugar,
y eſto es lo que te conviene.
Rey. Comienzalas à moſtrar,
que aũque me mueſtras cifrados
en ellas los condenados
roſtros, que encierra el abyſmo,
ſerè en eſte trance el miſmo
que he ſido en los regalados.

Suena dentro muſica triſte, como la paſſada del padron: ſale el temor veſtido, como dirè, con una tunicela parda, ceñida con culebras.

Mal. Eſta figura que vès,
es el temor ſoſpechoſo,

que

que engendra ageno interès:
impertinente curioso,
que mira siempre al travès;
y asi el mezquino se admira
de cada cosa que mira,
ora sea mala, ò buena:
la verdad le causa pena,
y tiembla con la mentira.

Sale la Sospecha con una tunicela de varias colores.

Esta es la infame sospecha,
de los zelos muy parienta,
toda de contrarios hecha:
siempre de saber sedienta
lo que menos le aprovecha.
Aqui nace, y muere alli,
y torna à nacer aqui:
tiene mil padres à un punto:
este vivo, aquel difunto,
y ella vive, y muere asi.

Sale la Curiosidad.

La vana curiosidad
es esta que vès presente,
hija de la liviandad,
con cien ojos en la frente,
y los mas con ceguedad.
Es en todo entremetida,
y sustentale la vida
estàr contino despierta,
y hace la guarda à una puerta
de mi dificil salida.

Con una soga à la garganta, y una daga desembaynada en la mano, sale la Desesperacion como dirè.

Es la desesperacion
esta espantosa figura,
sobre todas quantas son;
y aunque es mala su hechura,
es peor su condicion.
Esta sigue las pisadas
de los zelos, desdichadas,
y anda tan junto con ellos,
que desde aqui puedes vellos,
si cessan las llamaradas.

Suena la musica triste, y salen los Zelos como dirè, con una tunicela azul, pintada en ella sierpes, y lagartos, con una cabellera blanca, negra, y azul.

Mas veslos salen, advierte,
que quanto con ellos miras,
amenazan triste suerte,
ciertos, y luengos pesares,
y al fin desdichada muerte.
Todos sus sequaces son
puestos en comparacion
de sus males, una sombra,
que puesto que nos assombra,
no desmaya al corazon.
Toca su mano, y veràs
en el estado que quedas,
diferente del que estàs,
y tal quedes, que no puedas,
ni quieras ya querer mas.

Tocan los Zelos la mano à Reynaldos.

Rey. Zelos, q̃ se me abrasa el pecho,

y ſe zela: en duro eſtrecho
me pone el ſeñor de Aglante:
zelos, quitaoſme delante,
baſta el mal q̃ me haveis hecho.

Mal. Como que con la invencion
de quien yo tanto fiè,
no ſe zela el corazon
de mi primo, yo no sè
la cauſa, ni la razon.

Dice de dentro Merlin.

Malgeſi, quan poco ſabes:
mas yo harè que no te alabes
de tu invencion, aunque eſtraña:
partete de eſta montaña,
antes que la vida acabes.

Malg. Ya te conozco, Merlin;
pero yo verè ſi puedo
vèr de mi deſeo el fin,
porque no me pone miedo
de eſſa tu voz el retin.

Merl. A tu primo entre eſſa yerva
pondràs, que à mì ſe reſerva,
y à mi fuente ſu ſalud,
que haſta agora ſu virtud
el Cielo en ella conſerva.

Malg. Volveos por do veniſtes,
figuras feas, y triſtes,
que mi primo quedarà
à donde eſperar podrà
el remedio que no diſtes.

Entranſe las ſombras.

y yo en tanto buſcarè
medio para remedialle,
y creo que lo hallarè.

Deſvia de alli à Reynaldos.

Merl. Calla, y procura dexalle,
Malgeſi.

Malg. Aſsi lo harè.

Entraſe Malgeſi: parece à eſte inſtante el carro fuedo de los leones de la montaña, y en èl la Dioſa Venus.

Ven. De Adonis la compañia
dexo caſi de mi grado,
por ſeguir la fantasìa
de eſte eſpiritu encantado,
que en apremiarme porfia.
Eſperame haſta que vuelva
mi Adonis, y amor reſuelva
tu brio, que no le alabo:
mira que es el puerco bravo
de la Calidonia ſelva.
Pero què puedo hacer
ſin mi hijo en eſte trance,
donde tanto es meneſter?
Merlin ha errado eſte lance,
que à veces yerra el ſaber:
mas yo le quiero llamar,
que à las veces ſuele eſtàr
mezclado entre los paſtores,
y entonces ſon los amores
para mirar, y admirar.
Hijo mio, donde eſtais?
Si acaſo la voz oìs,
y como à madre me amais,
decid, como no venìs?
que ſi venìs ya tardais:
mas los muſicos acentos,
que vàn rompiendo los vientos

su venida manifiestan.
O hijo, y quanto que cuestan
aun tus fingidos contentos!

Suena musica de chirimias: sale la nube, y en ella el Dios Cupido, vestido, y con alas, flecha, y arco desarmado.

Am. Què quieres, madre querida,
que con tal priessa me llamas?
Ven. Està en peligro una vida,
ardiendo en tus vivas llamas,
y en un yelo consumida.
Los zelos, que en opinion
estàn, que tus hijos son
(ciego, y simple desvario!)
le tienen el pecho frio,
y abrasado el corazon.
Conviene que te resuelvas
en su bien, y que le vuelvas
en su antigua libertad.
Am. Remedio à su enfermedad
ha de hallar en estas selvas.
Por tiempo hallarà una fuente,
cuya corriente templada
apaga mi fuego ardiente,
y mi pena enamorada
vuelve en desdèn insolente.
Beberà Reynaldos de ella,
y de Angelica la bella
la hermosura, que assi quiere,
si agora por vella muere,
ha de morir por no vella.
Levanta, guerrero invicto,
y tiende otra vez el passo
cerca de aqueste distrito,
que en èl hallaràs acaso
medio à su mal infinito;
aunque has de passar primero
trances, que callarlos quiero,
pues decillos no conviene.
Rey. Aquel que zelos no tiene,
no tiene amor verdadero.

Entrase Reynaldos.

Ven. Ya aqueste negocio es hecho.
No me diràs, hijo amado,
si es invencion de provecho
andar en trage no usado,
y el arco roto, y deshecho?
Quien te le rompiò? Y quiẽ pudo
cubrir tu cuerpo desnudo,
que su libertad mostraba?
Quien te ha quitado el aljava,
y la venda? Dì estàs mudo?
Am. Has de saber, madre mia,
q̃ en la Corte donde he estado
no hay amor sin grangeria,
y el interès se ha usurpado
mi Reyno, y mi Monarquia.
Yo viendo, que mi poder
poco me podia valer,
usè de astucia, y vestíme,
y con èl entremetíme,
y todo fue menester.
Quitè a mis alas el pelo,
y en su lugar me dispuse
à volar con terciopelo,
y al instante que lo puse
sentì aligerar mi vuelo.
Del carcax hice bolsòn,
y del dorado harpòn,
de cada flecha un escudo,
y con esto, y no ir desnudo

alcancè mi pretension.
Hallè entradas en los pechos,
que à la vista parecian
de azero, ò de marmol hechos;
pero luego se rendian
al golpe de mis provechos.
No valen en nuestros dias
las antiguas bizarrias
de Heros, ni de Leandros;
y valen dos Alexandros
mas que docientos Macìas.

Entra Rustico.

Rust. Lauso, acude, y tù, Corinto,
acude, que à lo que creo,
otro papagayo veo,
ò si no pajaro pinto.
Acude, Clori, y veràs
la verdad de lo que digo,
y trae à essotra contigo,
y mas, si quisieres mas.

Am. Yo sè bien, que estos Pastores
nos han de dar un buen rato.

Entra Lauso, Corinto, y Clori, y Angelica como pastora.

Lau. Tù no miras, insensato,
que aquel es el Dios de amor?

Rust. Como con alas le vì,
entendì que era alcotan.

Cor. Quitate de aqui, pausan.

Rust. Pues yo què te hago aqui?

Cor. No te me pongas delante,
que quiero hacer reverencia
à este niño.

Rust. Què inocencia;
niño es este?

Cor. Y es gigante.

Rust. Niñazo le llamo yo;
pues ya le apunta el vigote:
no os burleis con el cogote,
mal haya quien me vistiò.

Am. No quiero que me hagais,
buena gente, sacrificio,
y tengoos en gran servicio
la voluntad que mostrais;
y en pago quiero deciros
la ventura que os espera.

Ven. Haràs, hijo, de manera,
que dèn vado à sus suspiros.

Am. Tù, Lauso, jamàs seràs
desechado, ni admitido.
Tù, Corinto, dà al olvido
tu pretension desde oy mas.
Rustico, mientras tuviere
riquezas, tendrà contento.
Mudarà cada momento
Clori el bien que posseyere.
La Pastora disfrazada
suplicara à quien la ruega;
y esto dicho, el fin se llega
de dar fin à esta jornada.

Lau. En tanto, Amor, que te vàs,
porque algun contento goces,
de nuestras rusticas voces
el rustico acento oiràs.
Corinto, y Clori, ayudadme,
cantareis lo que dirè.

Clor. Què hemos de cantar?

Cor. No sè.

Lau. Direis despues, y escuchadme.
Venga norabuena
Cupido à nuestras selvas:
norabuena venga.

Sea bien venido
Medico tan grave,
que así curar sabe
de desdèn, y olvido:
hemosle entendido,
y lo que èl ordena:
sea norabuena.
Quedan estas peñas
ricas de ventura,
pues tanta hermosura
oy en ella enseñas:
brotaràn sus breñas
nectar donde quiera,
norabuena.

Mientras cantan se và el carro de Venus, y Cupido en èl, y suenen las chirimias, y luego dice Lauso.

Lau. Vamos à nuestras cabañas
à hacer nuevas alegrias,
pues vemos en nuestros dias
tan ricas estas montañas:
y si aquello que desea
cada qual, no ha sucedido,
pues el amor lo ha querido,
decid: norabuena sea.

Todos, norabuena sea, sea norabuena, y entranse, y sale Bernardo, y su escudero.

Ber. Cómo no viene Marfisa?
Esc. Detràs quedò de aquel monte.
Ber. Pues sobre esse risco ponte,
y mira si se divisa.
Esc. Ella dixo, que al momento
tras nosotros se vendria.
Ber. Estraña es su bizarria.
Esc. Y su valor, segun siento.
Ber. A lo menos su arrogancia;
pues la lleva sin parar,
à solo desafiar
los doce Pares de Francia:
y tengo de acompañalla,
que ya se lo he prometido.
Esc. En negocio te has metido
harto estraño.
Ber. Simple, calla,
que siempre es mi intencion
buscar, y vèr aventuras:
en Parìs estàn seguras,
si se trava esta quistion,
y verè do llegar puede
el valor de aquesta dama.
Esc. Llegarà donde su fama,
que à las mejores excede.
Ber. Que se nos fue Ferraguto?
Es. Siẽpre en quãto hacia aquel Moro,
le vì guardar un decoro
arrojado, y resoluto.
Despues que matò à Argalìa,
y en el rio le arrojò,
al momento se partiò.
Ber. Tiene loca fantasìa;
mas dime, no es el que assoma
aquel gallardo Francès
de la pendencia?
Esc. Si es,
y es Confaloner de Roma.
Ber. No es Roldàn?
Esc. Roldàn es cierto.
Ber. Agora quiero proballo,
pues nadie podrà estorvallo
en este solo desierto.

Què penſativo que viene:
no parece que algo buſca?
Eſc. Todo el ſentido le ofuſca
amor, que en el pecho tiene.
Ber. Cómo lo ſabes?
Eſc. No viſte,
que la pendencia dexò,
y tras la dama corrió,
que alli ſe moſtrò tan triſte?
Ber. Ha Roldan, Roldàn?
Rol. Quièn llama?
Ber. Deciende acà, y lo veràs.
Rol. O Angelica, donde eſtàs?
Eſc. Vès ſi le abraſa ſu llama?
Rol. Què me quieres, Cavallero?
Ber. No me conoces?
Rol. No cierto.
Eſc. Bien en lo que digo acierto:
èl es de amor priſionero.
Harè yo una buena apueſta,
que eſtà pueſto en tal abyſmo,
que no ſabe de sì miſmo.
Ber. Hay coſa que iguale à eſta?
què no me conoces?
Rol. No.
Ber. Pues yo te conozco à tì:
no eres Roldàn?
Rol. Creo que sì.
Eſc. Mirad ſi lo digo yo.
En creo pone, ſi es èl,
qual le tiene amor eſquivo.
Ber. El eſtàr tan penſativo
nos mueſtra ſu mal cruel.
Ha Roldàn, ſeñor, ſeñor.
Rol. Hablais conmigo por dicha?
Ber. Eſta sì que es gran deſdicha.
Eſc. Como deſdicha de amor.
Eſtraño embeleſamiento.
Rol. O Angelica dulce, y cara!
A donde eſcondes la cara,
que es gloria de mi tormento?
El corazon ſe me quema,
ò Angelica, mi repoſo.
Eſc. De eſte ſermon amoroſo
eſta Angelica es el tema.
Parece que eſtà en ſer,
que puedas deſafialle.
Ber. Quiſiera yo remedialle,
ſi lo pudiera hacer.

Parece Angelica, y và tras ella Roldàn: poneſe en la tramoya, y deſparece; y à la vuelta parece la Mala fama, veſtida como dirè, con una tunicela negra, una trompeta negra en la mano, y alas negras, y cabellera negra.

Rol. No es aquel mi cielo, Cielos?
El es; pero ya ſe encubre,
pues quando èl ſe me deſcubre,
es porque me cubran duelos.
Tras tì voy, nueva Atalanta,
que ſi quiere ſocorrerme
amor, puede aqui ponerme
mil alas en cada planta.
Mi ſol, do te tranſmontaſte,
y què ſombra te ſucede?
mas bien es que en noche quede
el que de tu luz privaſte.
Ber. De aventuras eſtan llenas
eſtas ſelvas, ſegun veo.
Eſc. Viendo eſtoy lo que no creo.
Ber. Calla.
Eſc. No reſpiro apenas.

Ma-

Mala fam. Detèn el passo, Senador Romano,
y aun la intencion pudieras detenella,
si tras sì en vuelo presuroso, y vano
no la llevára Angelica la bella:
mas tu consejo, y proceder liviano,
assi la entregas, que cebado en ella
quieres que quede (ò grave desventura!)
tu clara fama para siempre obscura?
La mala fama soy, que tiene cuenta
con las torpezas de excelentes hombres,
para entregallas à perpetua afrenta,
y à viva muerte sus sabidos nombres.
Mi mano en este libro negro assienta,
borrando la altivèz de sus renombres
los hechos malos, que en el tiempo hicieron,
quando de amor la vana ley siguieron.
Aqui està el grande Alcides, no cortando
de la Hydra Lernea las cabezas,
sino à los pies de Deyamia hilando,
con mugeriles paños, y ternezas.
Està el Rey Salomòn, mas no juzgando
las diferencias, faltas de certezas,
sino dando ocasion por mil razones,
que estè su salvacion en opiniones.
Uno de aquel famoso Triumvirato,
aqui le tengo escrito, y señalado,
quando à su patria, y à su honor ingrato,
cegò en la luz del rostro delicado:
en mitad de la pompa, y aparato
del bélico furor, de miedo armado,
los ojos vuelve, y animo à la nueva
Angelica Egypciana, que le lleva.
Es infinito el numero que encierran
aquestas negras hojas, de los hechos
de aquellos, que su nombre, y fama atierran,
porque amor sujetò sus duros pechos.
Y si tù quieres ser de los que yerran,
aunque estàn los renglones tan estrechos,

ancho lugar harè para que escriva
tu nombre, y en infamia eterna viva;

Vuelvese la tramoya.

Rol. Yo mudarè parecer,
à pesar de lo que quiero.
Ber. Conoceisme, Cavallero?
Rol. Pues no os he de conocer?
Bien sè que sois Español,
y que Bernardo os llamais.
Bern. Gracias à Dios, que mirais
ya sin nublados el Sol.
Rol. Haveis estado presente
al caso de admiracion?
Ber. Sì he estado.
Rol. Y no es gran razon,
que yo vuelva diferente,
siendo una joya la honra,
que no se puede estimar?
Ber. Verdad es; mas por amar
no se adquiere la deshonra.
Rol. No hay amador, que no haga
mil disparates, si es fino:
mas ya que he cobrado el tino,
y sanado de mi llaga,
mis passos caminaràn
por diferente sendero.

Entra Marfisa.

Mar. Bernardo, no es el guerrero
este, à quien llaman Roldàn?
Ber. El es, mas por què lo dices?
Mar. Porque su fama me fuerza
à probar con èl mi fuerza,
porque tù la solenices,
y veas què compañero
te ha dado en mì la fortuna.
Rol. No hay qual Angelica alguna
en todo nuestro emisfero.
Esc. Por Dios q̃ se ha vuelto al tema;
Rol. Falsa fue aquella vision,
y de nuevo el corazon
parece que se me quema.

Aparece otra vez Angelica, y huye à la tramoya, y vuelvese, y parece la Buena fama, vestida de blanco, con una corona en la cabeza, alas pintadas de varias colores, y una trompeta.

Has tornado à amanecer,
sol mio, pues ya te sigo.
Esc. Poco ha durado el amigo
en su honroso parecer.
Mar. Bernardo, què es lo que veo?
Ber. Calla, y escucha, y veràs
mysterios.
Esc. No digas mas,
que quiere hablar, segun creo.

Buena fam. Pues temor de la infamia no ha podido
tus deseos volver à mejor parte,
vuelvalos el amor de ser tenido
en todo el orbe por segundo Marte.

En

En este libro de oro està esculpido,
como en marmol, ò en bronce, en esta parte
tu nombre, y el de aquellos esforzados,
que dieron à las armas sus cuidados.
Aqui con immortal, alto trofeo,
notado tengo en la verdad que sigo,
aquel gran Cavallero Macabeo,
guia del Pueblo, que de Dios fue amigo;
casi à su lado el nombre escrito veo
de aquel batallador, que fue enemigo
de la pereza infame, del que en suma
puso en igual balanza lanza, y pluma.
Tengo otros mil, que no puedo contarte,
porque el tiempo, y lugar no lo concede,
y porque yo le tenga de avisarte,
lo que mi voz con mis escritos puede:
De ella veràs, y de ellos levantarte
sobre el altura, que aun al Cielo excede,
si dexas de seguir del niño ciego
la blandura, y regalo, y dulce fuego.
Huye, Roldàn, de Angelica, y advierte,
que en seguir la belleza que te inflama,
la vida pierdes, y grangeas la muerte,
perdiendo à mì, que soy la Buena fama.
Deben estas razones convencerte,
pues Marte à nombre sin igual te llama,
amor à un abatido, en paz te queda,
y lo que te deseo te suceda.

Vuelvese la tramoya.

Rol. Bien sè que de Malgesi
son todas estas visiones.
Ber. Pues dime, à què te dispones?
Mar. De espanto no estoy en mì.
Mal dixe: de admiracion,
que espanto, jamàs le tuve.
Rol. Corto de manos anduve
con una, y otra vision.
Si pedazos las hiciera,
no me dexáran confuso;
mas volveràn, que es su uso
assaltarme donde quiera.
Respondiendo, pues, Bernardo,
à lo que me preguntaste,

di-

digo, que no hay mar que baſte
templar el fuego en que ardo:
y quedaos en paz los dos,
porque ir de aqui me conviene.
Mar. Extremado brio tiene.
Ber. Dios vaya, Roldàn, con vos.
Mar. Vilo, y no puedo creello:
tal es lo que viſto havemos.
Ber. Por el camino podrèmos
hacer diſcurſo ſobre ello.
Eſc. En fin, vamos à Parìs?
Ber. Ya no te he dicho que sì?
Mar. Yo à lo menos.
Eſc. Por alli
hay camino, ſi advertìs.
Ber. Los cavallos donde eſtàn?
Eſc. Aqui junto.
Ber. Vè por ellos.
Eſc. Allà ſubireis en ellos.
Mar. Penſativo iba Roldàn.

JORNADA TERCERA.

Salen Lauſo, y Corinto, Paſtores.

Lauſ. En el ſilencio de la noche, quando
ocupa el dulce ſueño à los mortales,
la pobre cuenta de mis ricos males
eſtoy al Cielo, y à mi Clori dando:
y al tiempo, quando el Sol ſe và moſtrando
por las roſadas puertas orientales,
con gemidos, y acentos deſiguales,
voy la antigua querella renovando.
Y quando el Sol, de ſu eſtrellado aſsiento
derechos rayos à la tierra embia,
el llanto crece, y doblo los gemidos.
Vuelve la noche, y vuelvo al triſte cuento;
y ſiempre hállo en mi mortal porfia,
al Cielo ſordo, à Clori ſin oìdos.

Cor. Para què tantas endechas?
Lauſo amigo, dexalas,
pues mientras mas dices mas,
ſiempre menos te aprovechas.
Yo tengo el corazon negro
por Clori, y por ſus deſdenes,
mas pues no me vienen bienes,
ya con los males me alegro.
Clori, y la nueva Paſtora,
agenas de nueſtros males,
con voces claras, è iguales
venian cantando agora.
Al encuentro les ſalgamos,
y ayudèmos ſu canticio,
que tanto llorar es vicio,
ſi bien lo conſideramos.

Lau.

Lau. Viene Rustico con ellas?
Cor. No se les quita del lado.
Lau. Ha Pastor afortunado!
ni quiero oìllas, ni vellas.
Cor. Esso ya no puede ser,
que veslas vienen alli:
canta por amor de mì.
Lau. Procuralas de entender.
Entra Clori cantando, y Rustico con ellas, y Angelica.
Bien haya quien hizo
cadenitas cadenas:
bien haya quien hizo
cadenas de amor.
Bien haya el azero
de que se formaron,
y los que inventaron
amor verdadero.
Bien haya el dinero
de metal mejor:
bien haya quien hizo
cadenas de amor.
Lau. Bien haya el amante,
que à tantos bayvenes,
iras, y desdenes,
firme està, y constante:
este se adelante
al rico mayor.
Bien haya quien hizo
cadenas de amor.
Rust. O quien supiera cantar!
Cor. Que no lo sabes, pastor?
Rust. Ni contralto, ni tenor,
que estoy para rebentar.
Cor. Mas và que tienes agallas?
muestra, abre bien la boca,
que esta cura à mì me toca:
abre mas, si he de curallas.
Vèn acà, mal hayas tù,
y el padre que te engendrò.
Rust. Pues què culpa tengo yo?
Cor. Ofrezcote à Bercebù.
Y no has caìdo en la quenta
de que tenias agallas?
Rust. Pues hay mas sino sacallas?
Clor. Esta burla me contenta:
que puesto que bien le quiero,
que le burlen me dà gusto.
Cor. Yo te sacarè à tu gusto,
ò cant r, ò pregonero.
Tienes algun senogìl?
Rust. Una ligapierna tengo,
y buena.
Cor. Ya me prevengo
à hacerte cantor sutil.
Aquesta poco aprovecha,
que para este menester
izquierda tiene de ser,
que no vale la derecha.
Què me daràs, y te harè
cantor subido, y notable?
Rust. En la paga no se hable,
que un novillo te darè.
La liga izquierda es aquesta:
tomala, y pon diligencia
en mostrar aqui tu ciencia.
Cor. Dios sabe quanto me cuesta:
mas con esta liga, y lazo
saldrè muy bien con mi intento.
Rust. Acia esta parte las siento.
Cor. Dexame atar, quita el brazo.
Con què voz quieres quedar?
tiple, contralto, ò tenor?
Rust. Contrabajo es muy mejor.
Cor. Esse no te ha de faltar.
Mientras tratares conmigo

tèn

tèn paciencia, ſufre, y calla:
ya ſe ha quebrado una agalla.

Ruſt. Que me ahogas, enemigo.

Cor. Contralto quedas ſin duda,
que la voz lo manifieſta,
pues aun aora eſtà en muda.
A otro eſtiròn que le dè
eſtarà como ha de eſtàr.

Ruſt. Ladron, quiereſme ahogar?

Cor. No lo sè, mas probarè.

Clor. Acaba, la burla baſte.

Ruſt. A mì ſemejantes burlas?

Cor. Ruſtico, de mì te burlas?
què no me pagas, y vaſte?
Pues à fé que has de llevar
comida, y ſobrecomida:
todo, amigo, ſe comida
à ayudarme à eſte cantar.
Corrido và el Abad
por el cañaveral.
Corrido và el Abad,
corrido và, y muy mohino,
porque por ſu deſatino
cierto deſaſtre le vino,
que le hizo caminar
por el cañaveral.
Confiado en que es muy rico,
no ha caìdo en que es borrico;
y por aqueſto me aplico
à decirle eſte cantar:
Por el cañaveral.

Parece Reynaldos por la montaña.

Lau. La burla ha eſtado à lo menos
como al ſugeto conviene.

Ang. Otra vez mi muerte viene:
abrid, tierra, vueſtros ſenos,
y encerradme en ellos luego.

Lau. De què, Paſtora, te eſpantas?

Ang. A voſotras, tiernas plantas,
mi vida, ò mi muerte entrego.

Entraſe Angelica huyendo.

Clor. Lauſo, vamonos tras ella
à vèr què le ha ſucedido.

Lau. A tu voluntad rendido
eſtoy ſiempre, ingrata bella.

Entranſe todos, y quedaſe Corinto.

Cor. Quedar quiero à vèr quien es
eſte penſativo, y bravo:
el ademàn yo le alabo;
mas ſi es Paladin Francès.

Rey. O le falta al amor conocimiento,
ò le ſobra crueldad, ò no es mi pena
igual à la ocaſion, que me condena
al genero mas duro de tormento.
Pero ſi amor es Dios, es argumento,
que nada ignora, y es razon muy buena,
que un Dios no ſea cruel: pues quien ordena
el terrible dolor que adoro, y ſiento?
Si digo que es Angelica, no acierto,

que

que tanto mal en tanto bien no cabe;
ni me viene del Cielo esta ruina.
Presto havrè de morir, que es lo mas cierto;
que al mal de, quien la causa no se sabe,
milagro es acertar la medicina.

Cor. Ta, ta, de amor viene herido:
bien tenemos que hacer,
Rey. Que no quieres parecer
ò bien, por mi mal perdido?
Has visto, Pastor, acaso,
por entre aquesta espesura,
un milagro de hermosura,
por quien yo mil muertes passo?
Has visto unos ojos bellos,
que dos estrellas semejan,
y unos cabellos, que dexan,
por ser oro, ser cabellos?
Has visto, à dicha, una frente,
como espaciosa ribera,
y una hilera, y otra hilera
de ricas perlas de Oriente?
Dime si has visto una boca,
que respira olor Sabeo,
y unos labios, por quien creo,
que el fino coral se apoca?
Dì si has visto una garganta,
que es coluna de este cielo,
y un blanco pecho de yelo,
do su fuego amor quebranta?
Y unas manos, que son hechas
à torno de marfil blanco,
y un compuesto, que es el blanco
do amor despunta sus flechas?
Cor. Tiene, por dicha, señor,
ombligo aquessa quimera,
ò pies de barro, como era
la de aquel Rey Donosor?
porque à decirte verdad,
no he visto en estas montañas
cosas tan ricas, y esttañas,
y de tanta calidad.
Y fuera muy facil cosa,
si ellas por aqui anduvieran,
por invisibles que fueran,
verlas mi vista curiosa:
que una espaciosa ribera,
dos estrellas, y un thesoro
de cabellos, que son oro,
donde esconderse pudiera?
Y el Sabeo olor que dices,
no me llevára tras sì?
porque en mi vida sentì
romadizo en mis narices.
Mas en fin decirte quiero
lo que he hallado, y no ser terco;
Rey. Què son? habla.
Cor. Tres pies de puerco,
y unas manos de carnero.
Rey. O hi de puta, bellaco,
pues con Reynaldos te burlas?
Cor. De mis donayres, y burlas
siempre tales premios saco.
Entrase huyendo Corinto.

Suena dentro esta voz de Angelica.
Ang. Socorredme, Reynaldos, que me matan;

mi-

mira que ſoy la ſin ventura Angelica.
Rey. La voz es eſta de mi amada dioſa:
A donde eſtàs, theſoro de mi alma,
unica al mundo en hermoſura, y gracia?
La triſte barca del barquero horrendo
paſſarè por hallarte, y al abyſmo,
qual nuevo Orfeo, baxarè llorando,
y romperè las puertas de diamante.
Ang. Morirè ſi te tardas, date priſa.
Rey. Què camino he de hacer, amada mia?
eſtàs en las entrañas de la tierra,
ò encierrante eſtas peñas en ſu centro?
do quier que eſtas te buſcarè, viviendo,
ò ya deſnudo eſpiritu ſin carne.

Salen dos Satiros, que traen à Angelica como arraſtrando, con un cordel à la garganta.

Ang. Socorredme, Reynaldos, que me matan.
Rey. No corrais mas, volved ligeras plantas
que no os và menos que la vida en eſto.
Miſerable de mì; quien me detiene?
quien mis pies ha clavado con la tierra?
Verdugos infernales, deteneos,
no añudeis el cordel à la garganta,
que es baſa donde aſsienta, y donde eſtriva
el cielo de hermoſura ſobre humana.
Miſerable de mì cien mil vegadas,
que no puedo moverme, ni dàr paſſo.
Canalla infame, para què os dais priſa
à acabar eſſa vida de mi vida,
à eſcurecer el Sol, que alumbra el mundo?
Tate, traydores, que apretais un cuello,
à donde el amor forma tales voces,
que el mal deſmenguan, y la gloria aumentan
del venturoſo, que eſcucharlas puede.
O! que la ahogan, ſocorredla, Cielos,
pues yo no puedo, ò Satiros laſcivos,

có-

cómo tanta belleza no os ablanda?

Vanse los Satiros.

Yà dieron fin à su cruel empressa:
muerta queda mi vida, muerta queda
la esperanza que en pie la sostenia:
aora os moverè, pies, sin provecho:
otra vez, y otras mil soy miserable.
Aora, pies, me llevareis do vea
la imagen de la muerte mas hermosa,
que vieron, ni veràn ojos humanos.
O pies, al bien enfermos, y al mal sanos!

Llegase Reynaldos à Angelica.

Es posible, que ante mì
te mataron, dulce amiga?
Y es posible que se diga,
que yo no te socorrì?
Que es posible que la muerte
ha sido tan atrevida,
que acabò tu dulce vida
con trance amargo, y tan fuerte?
Y que mi ventura encierra
tanta desventura, y duelo,
que oy tengo de ver mi cielo
puesto debaxo la tierra?
Què Antropofagos, què Scitas
contra tì se conjuraron?
y què manos te acabaron,
sacrilegas, y malditas?
Sin duda el infierno todo
fue en tan desdichada empressa,
que assi lo afirma, y confiessa
de tu muerte el triste modo:
mas yo le moverè guerra,
si es que me alcanza la vida
en tu triste despedida,
para vivir en la tierra.
Yo vivirè démoste agora
sepultura, ò Angel bello,
y despues me verè en ello
quando se llegue la hora.
Serà de azada esta daga,
que abrirà la estrecha fuessa,
y daràle en ello priessa,
porque ha de hacer otra llaga.
Brazo, en valor sin segundo,
trabajad con entereza,
para enterrar la riqueza
mayor que ha tenido el mundo.
Vuestro afán, y no mi zelo,
parece que en esto yerra,
si he de sacar tanta tierra,
que venga à cubrir el cielo.
La tierra te sea liviana,
extremo de la beldad,
que criò en qualquier edad
la naturaleza humana.

El

El thesoro desentierra
el que halla algun thesoro,
mas yo sigo otro decoro,
que cubro el mio con tierra.
Esta parte es concluìda,
otra falta, y concluiráse,
si bien el alma costasse,
como ha de costar la vida.
Otra sepultura esquiva
abrireis, daga, en mi pecho,
con que dareis fin à un hecho,
que por luengos siglos viva.
Mi cuerpo, mi dulce, y bella
quede en esta tierra dura,
qual piedra de sepultura,
que dice quien yace en ella.
Ea, cobarde Francès,
morid con brios ufanos,
pues no os ataron las manos,
como os ligaron los pies.

Váse à dàr Reynaldos con la daga: sale Malgesi en su misma figura, y detienele el brazo, diciendo.

Ma. No hagas tal, hermano amado,
porque en este desconcierto,
antes que no verte muerto,
quiero verte enamorado.
Aquessa enterrada, y muerta
no es Angelica la bella,
sino sombra, ò imagen de ella,
que su vista desconcierta.
Para volverte en tu sèr
hice aquesta semejanza,
que el amor sin esperanza
no suele permanecer:
mas pues es tal tu locura,
que aun sin ella perseveras,
mira, para que no mueras,
vacìa la sepultura.

Rey. Que estos sobresaltos dàs
al que tienes por hermano?
hechicero, mal Christiano;
mas tù me lo pagaràs.
Pues lo sabes, por què gustas
de tratarme de este modo?

Mal. Porque te extremas en todo;
y à ningun medio te ajustas.
Vèn, y pondréte en la mano
à Angelica, y no fingida.

Rey. Seréte toda mi vida
humilde obediente hermano.

Entranse todos.

Suena una trompeta bastarda lejos, y entran en el theatro Carlo Magno, y Galalòn.

Car. Què trompeta es la que suena?
Si es acaso otra aventura,
que nos ponga en desventura?
que la otra no fue buena.
Bien lo dixo Malgesi;
mas yo incrédulo, y Christiano,
tuve su aviso por vano,
y credito no le dì.
Otra vez suena: no havrà
quien nos avise què es esto?

Gal. Yo te lo dirè bien presto.

Car. Mejor este lo dirà.

Entra un Paje.

Paj. Por San Dionìs han entrado

dos

dos apuestos Cavalleros,
que parecen forasteros;
pero de esfuerzo sobrado:
uno mayor, y robusto,
otro mancebo, y galàn.
Gal. Donde llegan?
Paj. Llegaràn;
mas miradlos, si os dà gusto,
que veis do assoman alli.

Entra Marfisa, y Bernardo à cavallo.

Car. Bravo ademàn, y valiente.
Gal. Què gran numero de gente,
que traen los dos tras de sì.
Car. Pondrè yo que es desafio.
Gal. El continente asi muestra.
Car. Donde està agora la diestra
de Roldàn?
Gal. Ha señor mio,
faltan en tu Corte iguales
à Roldàn?
Car. Yo no lo sè:
calla, que hablan.
Gal. Si harè.
Car. Si dixeras desiguales.
Mar. Escuchame, Carlo Magno,
que yo hablarè como alcance
mi voz hasta tus orejas,
por mas que estèmos distantes:
y denme tambien oìdos
tus famosos doce Pares,
que yo les darè mis manos
cada, y quando que gustaren.
Una muger soy, que encierra
deseos en sì tan grandes,
que compiten con el Cielo,
porque en la tierra no caben.
Soy mas varon en las obras,
que muger en el semblante:
ciño espada, y traygo escudo:
huygo à Venus, sigo à Marte.
Poco me curo de Christo:
de Mahoma no hay hablarme:
Es mi Dios mi brazo solo,
y mis obras mis penates.
Fama quiero, y honra busco,
no entre bayles, ni cantares,
sino entre azerados petos,
entre lanzas, y entre alfanges:
y es fama, que las que vibran,
y las que ciñen tus Pares,
vuelan, y cortan mas que otras,
regidas de brazos tales.
Por probar si esto es verdad,
vivos deseos me traen,
y à todos los desafio;
pero à singular certamen:
y para que no se afrenten
de una muger que esto hace,
mi nombre quiero decilles:
soy Marfisa, y esto baste.
Ber. En el padron de Merlin
và Marfisa à aposentarse,
donde esperarà tres dias
el deseado combate.
Y si tantos acudieren,
que no puedan despacharse,
ella desde aqui me escoge,
y elige por su ayudante.
Soy Cavallero Español,
de prendas, y de linage,
y quizà el mismo deseo
de Marfisa aqui me trae:
y entended, que el desafio

ha de ser à todo trance,
porque grandes honras, deben
comprarse à peligros grandes.

Mar. Decid, que dexe Roldàn
amorosos disparates,
que con Venus, y Cupido
se aviene mal el Dios Marte.
Lo que el Español ha dicho,
lo confirmo; y porque es tarde,
y el padròn no està muy cerca,
el Dios que adorais os guarde.

Car. Hay por dicha, Galalòn,
en Parìs otros Roldanes?
Hay otro alguno, que pueda
con Reynaldos igualarse?
Si los hay, cómo han callado,
oyendo desafiarse?
O mal huviesses Angelica,
que tantos males me haces.
Colgados de tu hermosura
todos mis valientes traes:
solo han dexado à Parìs,
solo por ir à buscarte.

Gal. Mientras vive Galalòn,
ninguno podrà agraviarte;
y mañana con las obras
harè mis dichos verdades.
Dáme licencia, señor,
porq̃ al punto vaya à armarme.

Car. No hay para què me la pida
quien es de los doce pares.

Entranse.

Entran Ferraguto, y Roldàn riñendo, con las espadas desnudas.

Rol. Tù le mataste, y fue alevosamente,
Moro Español, sin Fè, y sin Dios nacido.

Ferr. Tu falsa lengua, como falso, miente,
y mentirà mil veces, y ha mentido.

Rol. No fue maldad echarle en la corriente
del rio?

Ferr. Muy bien puede del vencido
hacer el vencedor lo que quisiere.

Rol. De tu fallo arguìr esso se infiere.
No te retires, barbaro arrogante,
que quiero castigar tu alevosìa.

Ferr. Si me retiro, fanfarròn de Aglante,
el passo sì, la voluntad nó es mia:
por Mahoma te juro, y Trivigante,
que no sè quien me impele, y me desvia
de tu presencia, ò Paladin gallardo.

Rol. Con esta acabaràs, que ya me tardo.

Reti-

Retirase Ferraguto, y puesto en la tramoya, al tirarle Roldàn una estocada, se vuelve la tramoya, y parece en ella Angelica; y Roldàn echandose à los pies de ella, al punto que se inclina se vuelve la tramoya, y parece uno de los Satyros, y hallase Roldàn abrazado con sus pies.

Rold. Què milagros son estos, Dios immenso?
Es piedad del amor esta que veo?
Arrojome à tus pies, y en este pienso,
que satisfago en todo à mi deseo:
coge, amada enemiga, el fruto, y censo,
que estos labios te dàn, y por trofeo
ponga Amor en su Templo, que un Orlando
està tus bellas plantas adorando.
De ambar pensè, mas no es sino de azufre
el olor que despiden estas plantas.
A donde tanto engaño, amor, se sufre,
ò quien puede formar visiones tantas?
Esta verè si esta estocada sufre.

Vuelvese la tramoya, y parece Malgesi en su forma.

Mal. Primo, que no te emmiendas, ni te espantas?
Rold. O Malgesi, hazaña ha sido aquesta,
que mi amor, y tu ciencia manifiesta.
Mas dime de què sirven tantas pruebas,
para vèr que estoy loco, y que me pierdo,
sabiendo, que el estilo que tù llevas,
ni le cree, ni le admite el hombre cuerdo?
Mal. Vèn conmigo, Roldàn, darete nuevas
de tu bien, por tu mal.
Rold. O sabio acuerdo:
llevame, primo, en presuroso vuelo
de este infierno de ausencia, à vèr mi cielo.
Mal. Arrima las espaldas à essa caña,
los ojos cierra, y de Jesus te olvida.
Rold. Grave cosa me pides.

Mal. Dàte maña,
que importa à tu contento esta venida;
Rold. Estoy bien puesto?
Mal. Bien.
Rold. Jesus me valga,
aunque jamàs con esta empressa salga.

Vuelvese la tramoya con Roldàn : salen Bernardo , y Marfisa , y suena dentro una trompeta.

Ber. Trompeta , y cavallos siento;
y segun mi parecer,
Paladin debe de ser,
que viene al padron contento,
y seguro de alcanzar
de tì , Marfisa , el trofeo.
Mar. A pie viene , à lo que veo.
Ber. Pues quien le hizo apear?
Mar. Lo que à nosotros : no vès,
que aqui cavallo no llega?
Ber. Sin duda es de la refriega,
que me parece Francès.

Entra Galalòn armado de peto , y espaldar.

Gal. Salveos Dios , copia dichosa,
tan bella , como valiente.
Ber. Dios te salve, y te contente.
Mar. Salutacion enfadosa.
Salveme mi brazo à mì,
y contenteme mi fuerza.
Gal. Vuestro desafio me fuerza,
y mueve à venir aqui.
Mar. Dime si eres Paladin?
Gal. Paladin digo que soy,
Ber. Partiste de Parìs oy?
Gal. Anoche.
Ber. Pues à què fin?
Gal. No mas de à vèr, si hay que vèr
en tì , y la bella Marfisa.
Ber. Tù te has dado buena prisa.
Gal. Conviene, porq̃ hay que hacer.
Mar. Què tienes que hacer?
Gal. Venceros.
y dàr à Parìs la vuelta.
Ber. Si qual tienes lengua suelta,
tienes agudos azeros,
bien saldràs con tu intencion:
mas dime como es tu nombre?
Gal. Direoslo, porque os assombre:
es mi nombre Galalòn,
el gran señor de Maganza:
de los doce el escogido.
Ber. Dias hà que yo he sabido,
que eres una buena lanza,
un crisol de la verdad,
un abysmo de eloquencia,
un imposible de ciencia,
un archivo de lealtad.
Mar. Contra la razon te pones,
Bernardo , porque la fama
por todo el mundo derrama,
que este es saco de trayciones:
y aun enemigo mortal
de todos los Paladines,

malsin sobre los malsines,
mentiroso, y desleal,
y sobre todo cobarde.
Gal. A la prueba me remito,
y vengamos al conflito,
que se và haciendo tarde:
empero si quereis iros
sin comenzar esta empressa,
yo os juro, y hago promessa
de eternamente serviros,
y de no desembaynar
en contra vuestra mi espada.
Ber. Promessa calificada,
y muy digna de estimar.
Mar. Dame la mano, que quiero
aceptarte por amigo.
Gal. Doyla, porque siempre sigo
proceder de Cavallero.
Cuerpo de quien me pariò,
que los huessos me quebrantas.
Mar. Pues de esto poco te espantas?
Gal. De menos me espanto yo.
De modo vàs apretando,
que se acerca ya mi fin.
Ber. Un famoso Paladin
ansi se ha de estàr quexando,
porque le dè una doncella
la mano por gran favor?
Gal. Esta es doncella? es furor,
es rayo que me atropella:
es de mi vida el contraste,
pues que ya me la ha quitado.
Mar. Por Dios q̃ se ha desmayado.
Ber. Cómo, y tanto le apretaste?
Mar. La mano le hice pedazos.
Ber. O desdichado Francès!
Mar. Quitarle quiero el arnès,
pues viene sin guardabrazos;
y ponerle por trofeo,
colgado de alguna rama,
con un mote, que su fama
descubra, como deseo:
pero faltanme instrumentos
con que ponello en efecto.

Malgesi dice dentro.

Mal. No faltaràn, te prometo,
pues sè tus buenos intentos.
Essos ministros que embìo
cumpliràn tu voluntad.
Ber. O què estraña novedad!
Mar. Quien sabe el intento mio?
Los versos dicen lo mismo,
que imaginè en mi intencion;
si llevan à Galalòn
estos diablos al abysmo?
Gal. Ya yo entiendo q̃ aqui andas:
à tì digo, Malgesi:
dì, no hallaste para mì
otro coche, ni otras andas?

Llevanle los Satyros en brazos a Galalòn.

Mar. Dì como dice el trofeo,
quizà yo no lo he entendido.
Ber. Agudo està, y escogido.
Mar. Leelo en voz.
Ber. En voz lo leo.

Estàr tan limpio, y terso aqueste azero,
con la entereza que por todo alcanza,

nos dice que es, y es dicho verdadero
del ſeñor de la Caſa de Maganza.

Eſtas ſelvas, eſtà cierto,
que eſtàn llenas de aventuras.
Mar. Quedado havemos à eſcuras,
por el Sol, que ſe ha encubierto:
y entre tanto que èl viſita
los Antipodas de abaxo,
démos al ſueño el trabajo,
que el repoſo ſolicita.
A eſta parte dormirè:
tù, Bernardo, duerme à aquella,
haſta que ſalga la eſtrella,
que à Febo guarda la fé:
y ſi en aqueſtos tres dias
no vinieren Paladines,
buſcarémos otros fines
de mas altas bizarrias.
Ber. Bien dices, aunque el ſoſsiego
pocas veces le procuro:
con todo, à eſte peñón duro
el ſueño, y cabeza entrego.

Echaſe à dormir: ſale por lo hueco del theatro Caſtilla con un Leon en la una mano, y en la otra un Caſtillo.

Caſt. Duermes, Bernardo amigo,
y aun de peſado ſueño,
como el que de cuidados no procede:
huyes de ſer teſtigo,
de que un eſtraño dueño,
tu amada patria ſin razon herede:
eſto ſufrirſe puede?
Advierte, que tu tio,
contra todo derecho,
forma en el caſto pecho
una opinion, un miedo, un deſvarìo,
que le mueve à hacer coſa,
ingrata à tì, infame à mì, y dañoſa.
Quiere entregarme à Francia,
temeroſo, que èl muerto,
en mis deſpojos no ſe entregue el Moro;
y eſtà en eſſa ignorancia,
de mi valor incierto,
y de eſſe tuyo ſin igual, que adoro.
No mira, que el decoro

de animosa, y valiente,
sin cansancio, ò desmayo,
que me infundiò Pelayo,
he guardado en mi pecho eternamente,
y he de guardar contino,
sin que pavor le tuerza su camino.
Vèn, y con tu presencia
infundiràs un nuevo
corazon en los pechos desmayados:
curaràs la dolencia
del Rey, que cegò al cebo
de pensamientos en temor fundados.
Sigue vanos cuidados,
tan en deshonra mia,
que si tù no me acorres,
y luego me socorres,
huirè la luz del Sol, huirè del dia,
y en noche eterna obscura
llorarè, sin cessar, mi desventura.
Por oculto camino,
del centro de la tierra
te llevarè, Bernardo, al patrio suelo:
vèn luego, que el destino
propicio tuyo encierra,
tù en tu brazo tu honra, y mi consuelo.
Vèn, que el benigno Cielo
à tu favor se inclina:
llevarè à tu escudero
por el mismo sendero.
Y tù, sin par, que aspiras à divina,
procura otras empressas,
que es poco lo que en estas interessas.
Nadie en esta querella
batallarà contigo,
que tras sì se los lleva la hermosura
de Angelica la bella,
comun fiero enemigo
de los que en este ponen su ventura.

Y està cierta, y segura,
que dentro en pocos años
veràs estrañas cosas,
amargas, y gustosas:
engaños falsos, ciertos desengaños;
y en tanto en paz te queda,
y assi qual lo deseo te suceda.

Entrase Castilla con Bernardo por lo hueco del theatro.

Mar. Selvas de encantos llenas,
què es aquesto que veo?
què figuras son estas que se ofrecen?
son malas, ò son buenas?
Entre creo, y no creo
me tienen estas sombras, que parecen,
admiraciones crecen:
en mì no ningun miedo:
llevaronme à Bernardo,
y aqui sin causa aguardo:
ir quiero à do mostrar mi esfuerzo puedo;
vuelto me he en un instante,
derecha voy al campo de Agramante.

Corinto, pastor, y Angelica como pastora.

Cor. Digo que te llevarè,
si fuesse à cabo del mundo.
Ang. En tu valor sin segundo
sè bien que bien me fiè.
Cor. Haya guelte, y tù veràs
si te llevo do quisieres.
Ang. Mira tù quanto pudieres,
que esso mismo gastaràs:
que tengo joyas, que son
de valor, y parecer.
Cor. Y à donde se han de vender?
Ang. Aì està la confusion.
Cor. No reparar en el precio,
que quando hay necessidad,
es punto de habilidad
dàr la cosa à menos precio:
y mas que todo lo allana
un buen ingenio cursado:
y quando has determinado
que partamos?
Ang. Yo, mañana.
Cor. Darémos de aqui en Marsella,
y

y alli nos embarcarémos,
y el camino tomarémos
para España, rica, y bella:
y en saliendo del estrecho,
tomar el rumbo à esta mano,
por el mar profundo, y cano,
que tantas burlas me ha hecho.
Digo, que si naves hay,
y en el viento no hay reveses,
en menos de trece meses
yo te pondrè en el Catay.
Quieres mas?
Ang. Esso me basta,
si asi lo ordenasse el Cielo.
Cor. Aunque me vès de este pelo,
soy marinero en de casta,
y nádo como un atun,
y descubro como un lince,
y trabajo mas que quince,
y mas que veinte, y aùn.
Pues en el guardar secreto,
haz cuenta que mudo soy:
quieres que nos vamos oy?

Entra Reynaldos.

Ang. O nuevo, y terrible aprieto!
Si este me conoce, es cierta
mi muerte, y mi sepultura.
Cor. Pues encubre tu hermosura,
si es que puede estàr cubierta.
Pero dime, què este es
el Francès del otro dia?
A Dios, Pastoraza mia,
que està mi vida en mis pies.

Huye Corinto.

Ang. No es acertado esperalle:
muy mejor serà huìr.
Rey. Sabrasme, amiga, decir
de un rostro, donayre, y talle,
que es mas que humano, divino?
Alza el rostro: à què te encubres?
que parece que descubres
un no sè què peregrino.
Alza à vèr. O santos Cielos!
què es esto que vèn mis ojos?
O gloria de mis enojos!
O quietud de mis rezelos!
Quièn os puso en este trage?
Huìsos? Pues vive Dios,
ingrata, que he de ir tras vos,
hasta que al infierno baxe,
ò hasta q̃ al Cielo me encumbre;
si allà os pensais esconder,
que el tino no he de perder,
pues và delante tal lumbre.

Corre Angelica, y entra por una puerta, y Reynaldos tras ella; y al salir por otra haya entrado Roldàn, y encuentra con ella.

Rol. De mi dolor commovido
te ha puesto el Cielo en mis bra- [zos.
Re. Suelta, q̃ te harè pedazos,
amante descomedido.
Suelta digo, y considera
la groserìa que haces.
Rol. Para què turbas mis paces,
sombra despiadada, y fiera?
No vès que esta prenda es mia,
de razon, y de derecho?
Rey. Por Dios q̃ te passe el pecho.
Ang. Suerte ayrada, estrella impìa.

Rey. Fiaste en ser encantado,
que no quieres defenderte?
Rol. No fio, sino en tenerte
por un simple enamorado.
Rey. Mataréte, vive el Cielo.
Rol. Si puedes, luego me acaba.
Rey. Hay desverguenza tan brava?
Rol. Hay tan necio, y simple zelo?
Ang. Hay hembra tan sin ventura
como yo? dudolo cierto;
suelta, cruel, que me has muerto
à manos de tu locura.
Rey. Suéltala digo.
Rol. No quiero.
Rey. Defiendete pues.
Rol. Ni aquesso.
Rey. Loco estàs.
Rol. Yo lo confiesso,
aunque de estàr cuerdo espero.
Ang. Divididme en dos pedazos,
y repartid por mitad.
Rol. No parto yo la beldad,
que tengo puesta en mis brazos.
Rey. Dexarla tienes entera,
ò la vida en estas manos.
Ang. O hambrientos lobos tiranos,
qual teneis esta cordera.
El Cielo se viene abaxo,
de mi angustia condolido.
Rol. O salteador atrevido,
quan sin fruto es tu trabajo.

Descuelgase la nube, y cubre à todos tres, que se esconden por lo hueco del theatro, y salen luego el Emperador Carlo Magno, y Galalòn la mano en una vanda, lastimada quando se la apretò Marfisa.

Car. Que vencistes à Marfisa?
Gal. Lleguè, y vencì, todo junto,
porque yo no pierdo punto,
si acaso importa la prisa.
Maltratóme aquesta mano
de un bravo golpe de espada,
de que quedò magullada,
porque fue el golpe de llano.
Car. Què se hizo el Español?
Ga. Como viò en mì à toda Francia,
se deshizo su arrogancia,
como las nubes al Sol.
Tambien le dexè vencido.
Car. Brava hazaña, Galalòn.
Gal. Hazaña de un corazon,
que es de tì favorecido.
Car. Quièn es este?
Gal. Malgesi.
Car. O à què buen tiempo q̃ viene.
Parece que se detiene:
viene armado?
Gal. Creo que sì.

Entra Malgesi con el escudo de Galalòn, donde vienen escritos los quatro versos de antes.

Car. Estraña armadura es esta,
ò Malgesi, caro amigo.
Gal. La ciencia de este enemigo,
honra, y vida, y mas me cuesta.
Mal. Señor, pues sabeis leer,
leed aquesta escritura.
Gal. Mi cobardìa se apura,
si mas quiero aqui atender.
Irme quiero à procurar
venganza de este embaydor.
Entra Galalòn.

Mal.

Mál. Despues os dirè, señor,
cosas, que os han de admirar.
Car. A donde queda Roldàn,
y à donde queda Reynaldos?
Mal. Sacro Emperador, miraldos
de la manera que estàn.

Vuelven à salir Roldàn, Reynaldos, y Angelica, de la misma manera, como se entraron quando les cubriò la nube.

Rey. Mi trabajo doy al viento,
por mas que mi fuerza empleo.
Rol. Reynaldos, no soy Antèo,
que me ha de faltar aliento.
Ang. Cobardes, como arrogantes,
de tal modo me tratais,
que no es posible seais,
ni cavalleros, ni amantes.

Mal. Vuelve la vista, Emperador supremo,
veràs el genio de Parìs, rompiendo
los ayres, y las nubes, Paraninfo
despachado del Cielo en favor tuyo.
Car. Hermosa vista, y novedad es esta.

Parece un Angel en una nube volante.

Ang. Prestame, Carlo, atento, y grato oìdo,
y escucha del divino acuerdo quanto
tiene en tu daño, y gusto estatuìdo
allà en las aulas del Alcazar Santo.
Presto estos campos, con Marcial ruido,
retumbaràn, y con horror, y espanto
volverà las espaldas la Christiana
à la gente Agarena, y Africana.
En honor de Macon, y Trivigante,
con torcida, y errada fantasìa
viste las duras armas Agramante,
y dexa Ferragut à Andalucia.
Rodamonte feròz viene delante:
sus fuertes Moros Zaragoza embia
con Marsilio su Rey, y el Rey sobrino,
tan prudente, que casi es adivino.
Queda Libia desierta sin un Moro:
de Africa quedan solas las Mezquitas;
y todos à una voz tus Lirios de oro
afrentan con palabras inauditas:

mas

mas tũ, guardando el ſin igual decoro,
que guardas en empreſſas exquiſitas,
ſal al encuentro luego à eſta canalla,
pueſto que perderàs en la batalla.
Pero deſpues la poderoſa mano
ayudarte de modo determina,
que del Moro Eſpañol, y el Africano
ſeas el miedo, y la total ruina,
Vuelvo con eſto al trono ſoberano,
à vèr ſi en tu favor ſe determina
de nuevo alguna coſa, y en un punto
tendràs mi viſta, y el aviſo junto. *Vaſe.*

Car. Gracias te doy, Dios immenſo,
por el aviſo, y merced.
Rol. Pues ella cayò en mi red,
gozalla ſin duda pienſo.
Rey. Todavia eſtàs en eſſo?
Rol. Y tù en eſſo todavia?
Car. De vueſtra loca porfia
he de ſacar buen ſuceſſo;
y ha de ſer de eſta manera:
Aqueſta dama llevad,
y al momento la entregad
al Gran Duque de Baviera;
y el que mas daño hiciere
en el contrario eſquadròn,
llevarà por galardòn
la prenda que tanto quiere.
Rol. Soy contento.
Rey. Soy contento.
Rol. Moriràn luego à mis manos
Andaluces, y Africanos.
Mal. Vano ſaldrà vueſtro intento.
Rol. Deſpedazarè à Agramante,
y à ſu exercito en un punto:
cuentenle ya por difunto.
Mal. No te alargues, arrogante,
que Dios diſpone otra coſa,
como en efecto veràs.
Rol. O Agramante, donde eſtàs?
Rey. Por mia cuento eſta dioſa.
Quando con victoria vuelvas
crecerà tu guſto, y fama,
que por aora nos llama
ſin ſuſpenſo à nueſtras ſelvas.

***

Suenan chirimias, y daſe fin à la Comedia.

C O-